

KARIM ZULOAGA

El Amor que deseas



Aguja Literaria

1^{er} LUGAR
NOVELA

II CONCURSO LITERARIO
CEMENTERIO
METROPOLITANO

2017

EL AMOR QUE DESEAS

Karim Zuloaga





PRIMERA EDICIÓN

Septiembre 2017

Editado por Aguja Literaria

Valdepeñas 752

Las Condes - Santiago - Chile

Fono fijo: +56 227896753

E-Mail: agujaliteraria@gmail.com

Sitio web: www.agujaliteraria.com

Página facebook: [Aguja Literaria](https://www.facebook.com/AgujaLiteraria)

ISBN: 9781549741807

DERECHOS RESERVADOS

Nº INSCRIPCIÓN: 286.199

Karim Zuloaga Soto

El amor que deseas

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

TAPAS

Imagen de portada: Valentina Monserrat Rodríguez Catalán

Diseño: Josefina Gaete Silva

DEDICATORIA

A Vale, quien con esas conversaciones cortas de regreso de entrenar, me llenaba el corazón con ideas, permitiéndome soñar.

A Jacque, quien amó tanto este manuscrito que constantemente confundía la ficción con la realidad.

AGRADECIMIENTOS

Agradecer es una forma de amar.

Gracias a quienes me leyeron cuando no era necesario que lo hicieran, a quienes amaron tanto o más que yo a mis personajes y fantasearon con un amor así debido a lo que yo creé.

Debo dar las gracias al equipo de Aguja Literaria por la oportunidad de participar en el concurso, por su paciencia para trabajar conmigo y acompañarme en este proceso de parir mi primer libro.

Por último, agradecer a mi yo del pasado por no rendirse, luchar a ciegas y construirme este presente... lograste ser feliz, cariño.

CAPÍTULO 1

Marzo

Me despertó la intensa luz del día, haciéndome arder los párpados. A pesar de que odiaba despertar así, estaba de buen humor. Sabía que sería un buen día, así que no me molestó escuchar el chillido del despertador. “Mi velador está muy pegado a la cabecera”, pensé.

Sí, ese día prometía. Había conseguido mi primera ayudantía en la Universidad. Para aquel suceso, había tenido que vencer mi baja autoestima, que me decía a toda hora que no merecía el cargo, por lo incapaz e ignorante que era. Todo esto, sumado a mi pesimismo genéticamente heredado, ladrándome que no me molestara en postular, ya que, no conseguiría el puesto por las razones mencionadas.

Contra todo pronóstico interno, lo había logrado. Expuesto objetivamente, creo que hasta era obvio, ya estaba en cuarto año de mi carrera, con el mejor promedio de mi generación y con la mejor nota en la materia en que había solicitado la ayudantía. Maldije mi cobardía, pues había desperdiciado los años anteriores al no haber postulado a otros puestos, que se hubieran visto bonitos y, sobretodo, útiles en mi currículum.

Soy una persona simple, me conformo con triunfos pequeños y mundanos. Aquella mañana tenía la primera reunión de ayudantía con mi profesora, estaba algo nerviosa, pero ella era cálida y delicada en sus relaciones profesionales, eso me daba confianza.

Mientras me vestía, iba organizando mi día: iría a clases toda la primera jornada, almorzaría en el casino de la universidad y, en la tarde, como a eso de las tres, tendría mi esperada jornada de trabajo con miss Hellen.

Mientras desayunaba, me fijé en el reloj de la pared: 8:30 de la mañana... tenía clases a las 9:20, me tomaba una hora y media llegar al campus... “¡Mierda!” Estaba atrasada. El viaje en autobús se me hizo eterno. Los quince minutos de caminata hasta el campus, fue más bien un trote poco digno. Mi retraso no era excusa para gastar más en un bus de acercamiento, además, correr en la mañana es saludable; y ya me repondría con el chocolate, relleno de coco rallado, que compraría con ese dinero ahorrado en el pasaje.

Llegué al campus, corrí dentro del edificio donde tenía mi clase sin ver nada más que mi camino, focalizada únicamente en llegar rápido a mi sala. “¿Cómo es posible que en estos días, un edificio de seis pisos no tenga ascensor?”, pensé mientras subía las escaleras corriendo a una velocidad

peligrosa. Llegando al tercer piso, me afirmé del pasamanos para aprovechar la fuerza centrífuga, obtenida de mi velocidad más la vuelta en la escalera, y así darme el impulso para mi último tramo de subida, al menos en teoría. Estaba en esta maniobra cuando noté que alguien bajaba justo por los escalones por donde yo, desesperadamente, tenía que subir... El resultado fue desastroso: papeles, carpetas, lápices y cuerpos salieron volando en diferentes direcciones. Cuando me repuse y logré levantar mi dolorido trasero, corrí a recoger los papeles de mi víctima, balbuceando una disculpa y otra. Cuando levanté la vista para tendérselos, me encontré con los ojos más impactantemente celestes de este mundo, que me miraban de la manera más despectiva que podría haberles provocado mi existencia. Jamás me había sentido tan insignificante y tonta en toda mi vida, sin mencionar todo lo cohibida que una persona promedio pudiera sentirse ante una belleza como la de aquel muchacho. Nunca antes lo había visto, por tanto, supuse que era uno de esos estudiantes extranjeros de intercambio, o bien, un estudiante nuevo, trasladado de otra universidad... Como fuera, no se molestó en responder a mis disculpas y, mucho menos, en recibir de mis manos los papeles que le tendía, simplemente siguió su rumbo escalera abajo, dándome la espalda. Unas risitas me sacaron de aquel extraño estado de hipnosis; eran mis compañeros.

—Eso fue tan de comedia romántica adolescente —se rio Josefina.

—¿Vieron cómo salió disparada? ¡Fue como en un anime shojo! La menos popular se encuentra con el más popular por azares del destino —se carcajeó Esteban con su risa burlona, mientras actuaba su discurso.

—Toma. —Daniel me tendió una carpeta lila que reconocí como mía. Fue en ese momento cuando me quise tirar por la ventana más próxima, pero temí tropezar en el camino y hacer un ridículo peor.

Me gustaba Daniel desde el primer año de universidad. El semestre anterior habíamos trabajado juntos en un proyecto, y al finalizarlo, decidí declararme... pero él me rechazó argumentando que no me conocía bien, argumento válido, ya que hasta ese momento, con suerte, nos saludábamos.

—¿...Qué hacen aquí? Vamos atrasados —dije, fingiendo una sonrisa para disimular la vergüenza. Todos me miraron de arriba a abajo.

—¿No recibiste el mail? —preguntó Josefina, incrédula—. La profe suspendió la clase de hoy porque tuvo problemas con su retina otra vez.

—No, no lo recibí... creo, más bien, que aún no lo he leído —pude

sentir las miradas lastimeras de mis compañeros, ya que, de un modo u otro, sabían sobre mi penosa situación: no tenía un computador propio, ¡ni hablar de internet!, mi correo lo revisaba en los computadores disponibles del campus, por lo que siempre era la última en enterarme de todo. Yo no formaba parte de esa maravillosa era de interconectividad. Por eso la lástima en sus ojos.

—Viv, ¿desayunaste? —preguntó Jo—, yo afirmé con la cabeza.

—Creo que iré a pasar el tiempo a la biblioteca. Nos vemos en la siguiente clase —me despedí rápidamente y bajé las escaleras, con cuidado esta vez, dado que Daniel seguía allí y podía percibir su mirada a mis espaldas. Esteban me alcanzó, me acompañó hasta la entrada del edificio de la biblioteca, donde paró de hablar tonterías y se despidió. Él me caía bien, cuando me sentía miserable, siempre aparecía con una situación o experiencia testimonial aún más patética que la mía, y me hacía sentir menos triste. Esteban estudiaba en esta ciudad, pero su familia era de un lugar diferente (Júpiter podría estar entre las opciones, dado lo extraño de su carácter), por lo que había tenido que vivir de allegado en varios sitios, pues a sus padres apenas les alcanzaba para pagarle la mensualidad de la carrera, por lo que el lujo de una pensión, por muy mínima que fuera la pieza, estaba descartada. Lo último que supe sobre su situación, era que había estado viviendo un tiempo con su hermano mayor y su esposa, pero que las relaciones con su cuñada se habían tornado tan tensas y angustiosas, que detonaban en discusiones y peleas en las que su hermano quedaba en medio. Esteban prefirió hacerse a un lado y terminó viviendo en el cuartel de Bomberos de la Segunda compañía de la ciudad, donde trabajaba como voluntario. Creo que el cambio le hizo bien, pues no lo veía así de feliz desde hacía mucho. Realmente le apasionaba el fuego...o apagarlo, no sé.

Una vez en la biblioteca, me ubiqué en una cabina individual, dispuesta a estudiar. Abrí mis libros, pero algo me molestaba, era una sensación extraña, como si tuviera clavada una espina. Sin poder identificar qué era, levanté la vista por sobre el cubículo... Me encontré con aquellos ojos celestes otra vez. El muchacho de la escalera iba pasando frente a mí, camino a la salida, fue solo un segundo, pero nuestras miradas coincidieron y, ahí estaba de nuevo, esa expresión de dureza. Obviamente no advirtió la coincidencia y siguió su camino como un príncipe que recorre la parte menos favorita de su reino. Eso fue lo último que pensé, antes de hundir la nariz en

mi desgastada versión de “Orgullo y Prejuicio” que siempre llevaba conmigo para animarme en situaciones así. Me pregunté si Elizabeth se habría sentido igual de despreciada por Mr. Darcy y, hasta fantaseé con la idea de un amor como ese. Pero aquel pensamiento me sacó una carcajada amarga: yo estaba lejos de ser pura, inteligente y virtuosa, como la heroína de Austen. Me pregunté si de alguna manera podría expiar mi pasado si vivía una vida de trabajo duro y esfuerzo. Me pregunté también si podría perdonarme a mí misma, y soñé con que existiera un Mr. Darcy que me aceptara con mis cargas.

Con placer volví a mi lectura y perdí la noción del tiempo. Cuando revisé la hora, eran las 11: 00, hora de mi siguiente clase. Mascullé un garabato y guardé mis cosas aprisa, corrí hacia mi sala. “Mierda”, pensé, la primera clase del semestre y llegaba atrasada. Di con el aula, la puerta estaba cerrada sin seguro, pues Miss Emily nos dejaba entrar unos minutos tarde, así que giré la manilla y entré, agaché la cabeza y pedí disculpas, busqué con la vista una silla vacía y me lancé hacia ella con tanta ansiedad de pasar el mal momento que, si el pobre objeto hubiera tenido conciencia, su instinto de supervivencia le habría hecho correr. En fin, cuando me concentro en algo, lo demás se vuelve difuso y no veo con claridad, por lo que me costó trabajo percatarme de las miradas de terror de mis compañeros. Cuando lo hice, miré a Miss Emily, dispuesta a suplicar por mi vida. La cara que debí poner debió ser de lo más cómica, ya que una ceja se levantó divertida por sobre uno de aquellos ojos celestes, que me miraban desde la mesa del profesor, donde se suponía que debía estar ella...

—Buen día, señorita... ¿...? —dijo una voz educada y profunda, mientras recorría con la vista la hoja de asistencia— ¿Zuroan? —levantó la vista para dejarme aún más inmóvil, petrificada en la entrada.

—Sí... profe —respondí—, sonreí para alivianar la situación, pero no funcionó. Él volvió a hablar, mirando a mis compañeros.

—Como les decía, soy muy estricto con los horarios, por lo que no dejaré pasar ni un atraso — Comprendí que era la víctima y serviría de ejemplo.

—Entonces —continuó él—, ¿he de permitir la entrada a la señorita Zuroan, considerando que llegó tarde, faltándole el respeto a quienes lo hicimos a tiempo? —finalizó, mirándome de frente con una expresión tan gélida, que parecía pasar a través de mí, como si no existiera, cosa que habría

agradecido en ese momento. Podía sentir cómo ardían mis mejillas. Oí unos: “¡Nooooo!”, como respuesta, cosa que me sorprendió, pues no pensé que podría haberme granjeado tanta antipatía; pero tampoco era una santa, así que, miré al público para identificarlos y planear una venganza posterior. No logré identificar a ninguno, sin embargo, sí me percaté que entre ellos estaba Daniel, quien miraba muy concentrado su cuaderno. Josefina tenía la cara blanca y sus ojos enormes me miraban con expresión de disculpa. Por último, divisé a Esteban, que miraba por la ventana.

—Creo que no —una voz profunda me devolvió a la realidad—. Así que voy a pedirle que se retire de mi clase, señorita Zuroan —dijo esto último mirándome con petulancia.

—Sí, señor —respondí en voz baja, agaché la cabeza y, como buena cobarde, volví sobre mis pasos y salí lo más silenciosa y dignamente que pude.

En el casino compré un moka gigante con tres de azúcar y una barra extra grande de chocolate... era eso o golpear las estructuras del edificio, lo cual no hubiera aminorado mi ira y me hubiera dejado uno que otro hueso roto.

Un profesor. Ni un estudiante de intercambio, ni un novato. Un profesor. Dios, este semestre iba a ser muy largo. ¿Cómo era posible? Él no parecía tener un par de años más que yo misma... pero no era eso lo que me molestaba. No, definitivamente era otra cosa, aparte de la obvia humillación pública. Me molestaba su mirada despectiva, su manera de hablar, su altanería... hasta en la forma en que se movía, y me molestaba aún más, que esa actitud me atemorizara como lo hacía.

No iba a resistir el semestre completo con él, no. “Quizás aún estoy a tiempo para cambiar de sección...”. Aún cavilaba, cuando otro moka gigante aterrizó frente a mí.

—Lo siento tanto —se disculpó Jo.

—No te preocupes, el tipo es intimidante, lo entiendo —la tranquilicé.

—Ella se disculpa porque le gustó el profe, no porque “Mr. Príncipe Azul Estreñido” te haya tratado como un perro —aclaró Esteban, mirando severamente a Jo, mientras mascaba su sándwich de jamón y queso, acomodándose a nuestro lado.

—¡No es cierto! —protestó ella—. Bueno... es cierto, ¡pero también

me siento mal por ti, amiga! —se quejó—. Tienes que admitir que es un sueño... el hombre más guapo e increíble que haya pisado este campus... el país... ¡no!, ¡este hemisferio! Escuché que es finlandés... ¡Amo su acento!

—Lo que hacen un par de ojos claros... a eso se le llama “complejo del indio” ¿sabías? —informó Esteban, tragando su último bocado de sándwich y preparándose para ingerir su hot-dog.

—¿No es muy temprano para eso? —pregunté por lo bajo, aludiendo a la monstruosidad de ketchup y mayonesa que iba a morder. Se encogió de hombros y feliz abrió la boca a la medida del pan. Desvié la vista, me había quitado el apetito, pero me sentía mucho mejor de saberlo un aliado en nuestra campaña contra “Mr. Príncipe Azul Estreñado”.

—No son solo sus ojos celestes, piel perfecta, cabello claro y sedoso... —Jo estaba haciendo un poema del hombre—, Su rostro simétrico, sus labios sensuales, nariz perfecta, largas pestañas, sus cejas impecables, su elegante metro ochenta y cinco, cuerpo de deportista, su voz suave, grave... y esa forma de mirar, como si...

—¿Fuéramos mierda en su zapato? terminé diciendo por Jo, queriendo cortarle la inspiración, pero la chica era tenaz.

—Bien podría ser gay —apuntó Esteban con la boca llena.

—¿Eso importa? —respondió como evidenciando algo absolutamente indiscutible, mientras miraba con lástima a Esteban que, a esas alturas, estaba todo salpicado de salsas y engullía su último pedazo de pan. —No es como si alguna chica aquí tuviera alguna esperanza con él, gay o no. —Hizo un puchero dramático.

—¿Quieres el resto de mi chocolate? —ofrecí, solícita. Me propuse cambiar el tema de una vez.

&

El almuerzo estuvo bien, más que por la comida del casino, que ese día era tallarines con salsa “misterio” (el misterio era si era salsa o no), lo fue porque Jo se quedó conmigo. Ella vivía en un costoso departamento, a cinco minutos de la universidad, que era costado por sus padres, residentes en el sur del país. Vivían del trabajo de la tierra, que tanto amaban, construyendo su unida familia y una pequeña fortuna gracias al manejo de las lecherías que abastecían la demanda de las grandes empresas lácteas del país. Josefina

jamás lo admitía, pero su familia era considerada parte de la elite de terratenientes de la zona, de posición acomodada. Pero el trabajo duro había forjado en su espíritu la humildad suficiente para respetar el esfuerzo y saber que todo lo que se obtiene no es más que un préstamo y, lo importante para ella, eran quienes la esperaban para las vacaciones con sus platos favoritos servidos en la mesa.

Así era Jo, podría haber ido a comer a su departamento, cómodamente servida, pero se había quedado a acompañarme. Lo agradecí profundamente, aunque pronto reveló sus verdaderos motivos.

—¡Oh!... él no vino a comer... —se quejó, haciendo un puchero.

—¿Él? —repetí, tragando mi último sorbo de jugo.

—El profe ... —me regañó.

Había estado tan ocupada organizando mi tiempo para la semana, que ya había olvidado el asunto, así que recordarlo me amargó el sabor del químico que incluían para beber con el almuerzo. Guardé un silencio testarudo.

—¿Pudiste cambiar de sección? —preguntó mi linda amiga de pronto.

—No, las otras estaban llenas. Todos pensaron que miss Emily tomaría nuestra sección... y, bueno, tú conoces sus antecedentes... así que nadie quería clases con ella —me quejé.

—Pero si las chicas saben que el profesor es Erian Aibreán, más de alguna querrá cambiarse—, propuso Jo, animada.

—¿Estarían dispuestas a cambiar su horario entero? —pregunté, desesperanzada.

—Yo lo haría —afirmó—, y continuó su propio hilo de pensamientos que, se suponía, yo debía entender.

—Viene de Finlandia, estudió idiomas, y tiene una maestría en literatura medieval.

—Ese hombre sabe cómo divertirse —completé bajito, Jo no pareció notarlo, y continuó.

—Con esos ojos almendrados...

—Para verte mejor. —Me reí.

—¡Eres imposible cuando te pones así —estalló.

—Lo siento —agaché la cabeza—. Gracias por acompañarme, me voy a ayudantía.

Tomamos nuestras cosas, fuimos al baño a lavarnos los dientes e intentar sacarnos el olor a comida de la ropa, cosa que conseguíamos a medias usando demasiado perfume, al punto de parecer zorrillos florales; aunque era preferible eso al espantoso olor a cebolla (aunque no cocinaran cebolla) que se nos impregnaba cada vez que íbamos al casino.

Mi ayudantía. Había esperado por ella mucho tiempo y era lo que me había mantenido de buen humor pese a todo, así que respiré hondo varias veces intentando calmar los latidos de mi corazón y desatar el nudo de mi estómago.

Subí al tercer piso del edificio administrativo y me paré frente a la puerta de miss Hellen, curiosamente, no tenía su nombre en ella. Yo ya la conocía, pues había estado ahí muchas veces el semestre anterior. Intenté oír algo, pero no pude, así que golpeé despacio y esperé. La puerta se abrió un poco, pero nadie se asomó, así que la empujé y entré.

—¿Miss Hellen? —pregunté mientras cerraba la puerta. Cuando me volteé, sufrí un deja vu que casi me hizo vomitar los tallarines; unos ojos celestes me miraban tras un par de cristales al aire—. Lo... lo siento —tartamudeé. El deja vu terminaba y se volvía pesadilla.

—Creo que me confundí de oficina —me excusé— y le di la espalda para salir. Ya había puesto un pie fuera de la sala para sacarme de encima esos arrogantes ojos, cuando una voz suave y profunda me clavó en el suelo.

—Así que tú eres la ayudante de Hellen en la materia que imparte a los de primer año, ¿no?

—S... sí —volví a mirarlo, odiando mi voz, por traicionarme y sonar temblorosa.

—Hellen ha sido becada en Finlandia, estoy aquí en su lugar, por ende, seré yo quien imparta esa materia —aclaró, con tono de estar leyendo algo aburrido.

Con la mente en blanco, en un intento por asimilar todo, pregunté:

—¿Y qué pasará conmigo? Es decir, fue ella quien me eligió para trabajar a su lado... Las palabras me supieron amargas, y la voz se me quebró al pensar en que perdería ese trabajo que tanto necesitaba. Me mordí el labio.

—Hellen te recomendó mucho. Me pidió, a modo de favor personal, que te conservara en el puesto —explicó él.

Casi lloré de agradecimiento... pero... ¿favor personal?... ¿qué clase de relación tenían ellos?

—Dijo que eras muy buena en lo que hacías y, “responsable” —Noté cierto énfasis en la última palabra y recordé la escena de la mañana.

—Lo soy, señor... lo sucedido hoy solo fue... un... una... irresponsabilidad.

Mi excusa se diluyó poco a poco al reconocer mi falta. Ya no me miraba, eran más interesantes los papeles que distribuía y leía mientras me escuchaba.

—Señorita Zuroan, seré claro. No necesito ayudante —dijo por fin.

El piso se abrió y succionó mis tripas... Desgraciado, sádico... ¿Se divertía? ¿Me daba esperanzas y luego me daba el golpe de gracia?... ¿Era un maldito gato jugando con un miserable ratón?... No, él jamás sería algo tan inofensivo como un gato, no con esa forma de mirar... era más como una pantera.

—Sin embargo, debido a la insistencia de Hellen y las recomendaciones de otros profesores, creo que la conservaré en el puesto. —Este hombre disfrutaba ser dios, decidiendo sobre el destino de otros, destruyéndolo o favoreciéndolo según su capricho—, pero solo de palabra —aclaró finalmente—. Recibirás tu paga y el crédito correspondiente, pero no será necesario que vengas a mi oficina, ni a mis clases y, obviamente, no tocarás mi material de trabajo. ¿Entendido? —levantó una ceja, al terminar de hojear unos documentos.

¿Ni clases, ni material? Yo anhelaba el trabajo para aprender, quería participar activamente. El dinero ayudaba, pero yo ambicionaba más.

—Deme una oportunidad, por favor.

El silencio que siguió fue tan tenso, que creí que el tiempo se había congelado. Levantó la vista y su mirada se clavó en la mía de una forma extraña, felina... me atemorizaba. Pude advertir destellos plateados en sus iris. Su mandíbula se apretó, unos mechones de cabello cayeron en su frente. Yo tenía razón, era perfecto. Y cadenciosamente, con la gracia de un bailarín, rodeó su escritorio y se sentó en un lado. Era el primer gesto casual y humano que le veía. Se quitó los anteojos y cruzó los brazos. La oficina era espaciosa, tenía un escritorio, un living con mesita de centro y todo, y algunas otras cosas. Él estaba al otro lado de la habitación y, sin embargo, pude sentir la fragancia de su dulce perfume. Quise hablar, pero mi garganta estaba seca. Me encontraba perdida en esa tensión, como cuando se avecina una tormenta... Aquella mirada me tenía en trance.

—¿Una oportunidad? —El suave acento de su voz me llegó como de lejos, me tomó unos segundos entender que se dirigía a mí.

—Soy inteligente, aprendo rápido. No me gusta que me regalen las cosas. No puedo recibir la paga sin hacer el trabajo —expuse desafiante, aunque me sentía como gato patas arriba. —Prometo que no seré una molestia, me llevaré el trabajo a casa, no invadiré sus espacios, cumpliré al pie de la letra lo que me pida, pero, déjeme ayudar de verdad, profe, ¡por favor! —supliqué.

—Así que, realmente quieres el trabajo. —Dirigió la vista a la alfombra, su ceño se había alisado. Descruzó los brazos y se afirmó en el escritorio, acción con la cual se marcaron sus hombros y los músculos bajo la camisa blanca. Miró hacia la lámpara del techo, parecía estar tomando una importante decisión, pero mis pensamientos volaron hacia la suavidad de la piel de su cuello, la firmeza de su musculatura y lo sexy de la curva de su nuez de Adán. Su cabello se había desordenado, otorgándole un aire mucho más juvenil. Cuando volví a mirarlo a la cara, me percaté de que estaba observándome. Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo entero y encendió mi cara. Miré mis zapatillas, noté lo usadas que estaban y me propuse comprar unas nuevas con mi primer sueldo. Esto me distrajo hasta que le oí moverse, ya no me atrevía a mirarlo. —Está bien, aceptaré que trabajes conmigo. —Comenzó a caminar y pasearse por la habitación—. Pero no será fácil. Soy estricto y perfeccionista. Irás a mis clases solo cuando te autorice. Vendrás a mi oficina cuando y a la hora que te lo pida, cumplirás los plazos que yo establezca y las normas que yo diseñe serán tu filosofía de vida. ¿Entendido?

Me había dado la espalda, miraba por una ventana. A contraluz se veía aún más alto, actuaba como un dios... y se veía como uno.

—Sí, señor —respondí con tono marcial, ignoró la broma.

—Envíame tus horarios, te daré los míos y adjuntaré mi cronograma a tu correo.

Asentí, aunque noté lo estúpido de aquel gesto, pues él no podía verme.

—Déjame tu número de teléfono, lo necesitaré para poder ubicarte cuando te necesite.

—¡Claro! —respondí sin pensar. Tenía el puesto, y el profe me había aprobado. Este era mi triunfo y lo estaba paladeando.

—Eso es todo, puedes retirarte —ordenó, mientras volvía a sentarse tras su escritorio.

—Gracias, profe —sonreí, buscando su cara.

—Profesor... —corrigió.

—¿Cómo? —chillé, la adrenalina aún estaba en mi sistema y mi mente, hecha polvo.

—Llámame profesor Erian, o Sir Aibreán, pero no abrevies mi cargo de forma tan coloquial, por favor, me molesta —Usó un tono monocorde que también me molestaba.

—Sí, profe... —Gané una mirada gélida tras mi venganza verbal—. Profesor Aibreán.

CAPÍTULO 2

La fotocopidora estaba colapsada, incluso el área designada a los profesores. Los estudiantes tenían que sacar número de atención en un ala de la central de fotocopias, pero los profesores no, puesto que tenían asignada un área exclusiva, y yo, había sido enviada ahí por el torturador número uno, Erian Aibreán, a retirar el material para la clase que daría en cinco minutos más.

—Disculpe... señorita —intenté hacerme notar detrás del mesón de atención, y por tercera vez, la chica que atendía me ignoró.

—¡Es urgente! —grité, mientras pasaba rauda frente a mí, como un torbellino, ignorándome nuevamente. Decidí utilizar mi arma secreta.

—Son copias para el profesor Erian... —Dejé que su nombre surtiera efecto. Había notado que, cada vez que lo invocaba, las puertas se abrían, aparecían sonrisas y todo funcionaba a un ritmo solemne... su ritmo. Esta vez, la chica sí me prestó atención; sin embargo, la multitud se agolpaba en el mesón de estudiantes.

—Un minuto, por favor —me gritó, perdiéndose tras una máquina que escupía hojas a toda velocidad con un zumbido continuo.

—Ella no tiene un minuto —dijo una voz sobre mi hombro, y supe que era ayudante muerta.

—Disculpa... —Sonrió Erian, de la forma más encantadora que sabía y, de la nada, aparecieron las tres chicas que atendían la central de fotocopias con una radiante sonrisa y un dispuesto: ¿“Sí, profe? Noté que su mandíbula se apretaba un poco ante la abreviación de su cargo, pero la sonrisa no se borró.

—Necesito mis copias con urgencia, por favor —se inclinó sobre el mesón, casualmente, y miró a las chicas desde un ángulo bajo, como hacían los actores en los dramas coreanos que yo veía. Las tres muchachas se desvanecieron en busca del pedido. “Maldito jugador”, pensé, “sabe lo guapo que es, el efecto que tiene sobre los demás y lo utiliza a su conveniencia”. Sentí lástima por las muchachas de la fotocopidora, no tenían idea de lo tirano, dictador y déspota que era.

—¿Para qué tienes un móvil si no lo contestas?

La sonrisa se había borrado de su cara y apenas movía los labios para hablar. Miré en todas direcciones, porque no entendí de inmediato que

esas palabras eran para mí, pues el gran semidiós no se dignó a mirarme mientras hablaba. ¡¿Mi teléfono?! Lo había dejado en silencio durante mi clase anterior y olvidé ponerlo en normal otra vez. Automáticamente lo busqué en mi mochila y vi, horrorizada, las quince llamadas perdidas que tenía, todas del profesor Aibreán, realizadas en menos de cinco minutos. Me sentí honrada, el tirano había gastado cinco minutos de su tiempo en llamarme tres veces por minuto. Debía estar muy, muy, muy molesto.

—Lo siento —intenté disculparme, pero me interrumpió la llegada de las ansiadas copias. La cara de la chica estaba roja y Aibreán cerró su actuación con broche de oro.

—Gracias, Mile —le dijo, y sonrió al tiempo que tomaba las copias para llevárselas. Salí trotando tras él, ambos advertimos el chillido de felicidad de “Mile”, antes de que la puerta se cerrara tras nosotros.

Caminaba en silencio tras él, intentando cargar las carpetas, las copias, el data y el notebook que utilizaba en sus clases, cuando oí una voz que me llamaba.

—¡Vivianne!, ¿te ayudo con eso? —Era Daniel, me había alcanzado y caminaba a mi lado. Tomó las carpetas y el data, lo miré agradecida. A decir verdad, el chico era amable y agradable una vez que lograbas traspasar esa careta de intelectual, de filósofo amargado y desencantado de la vida. Además, era guapo en su estilo: alto, pálido y de cabello corto, castaño y unos rizos de bebé que le tapaban las orejas. Siempre iba vestido con ropa oscura, daba la impresión de ser un Rimbaud perdido en esta época. Era la imagen de un poeta maldito, hasta que sonreía. Cuando lo hacía, perdía su postura de rebelde depresivo, pues la sonrisa le hacía parecer un niño de ocho, con un par de hoyuelos y perfectos dientes pequeños que, hasta hacía poco, me hacían temblar de solo recordarlos.

—¿Cómo va tu ayudantía? —preguntó amablemente.

—Corro de arriba a abajo todo el día —bromeé—, pero estoy aprendiendo mucho.

—No te debe quedar mucho tiempo libre —sonrió, y agregó más bajito—, creo que el profe no soportaría que lo tuvieras.

Reí bajito también.

—No es que mi vida social sea muy movida —respondí. Era cierto, todos estos años en la universidad, había evitado cuidadosamente las fiestas o eventos que se organizaban. Prefería quedarme en casa, lejos de los excesos. No porque fuera puritana, sino porque eran una tentación muy grande como para exponerme.

Así que me había ganado una fama de aburrída y nerdy, lo cual era perfecto para esta nueva etapa de mi vida. Prefería evitar cualquier cosa del pasado, uno que nadie en la universidad conocía.

—Aquí está bien —indiqué a Daniel—, estaré bien, gracias.

—De nada, nos vemos. —Me devolvió las cosas, y se fue.

Las clases de aquel día estuvieron densas, el profe era un maestro excelente, pero muy exigente, por ende, teníamos un montón de trabajos que revisar. Dada la situación, me autorizó a quedarme en su oficina para avanzar más rápido.

Estábamos trabajando, cada uno concentrado en lo suyo, silenciosos, hasta que oí su tos insistente. Era una tos fea, de bronquios

enfermos, lo cual yo conocía bien, pues cada vez que me resfriaba, aunque fuera el virus más insignificante y debilucho que me atacara, el cuadro se complicaba hasta hacerme pasar tres días en cama sin poder respirar adecuadamente. Así que, cuando oí aquella tos, me pregunté cuánto llevaría enfermo sin que lo hubiera notado. Cuando volvió a toser, oí un silbido proveniente de su pecho. Me alarmé, pues sabía lo doloroso que es toser cuando los bronquios están afectados, lo miré con preocupación; con una mano se tapaba la boca y con la otra oprimía su pecho en busca de aliviar la dolencia.

—Profesor, debería descansar. ¿Ha visto un médico? ¿Hace cuánto que tiene esa tos?

Me levanté automáticamente, acercándome más de lo que permitía mi instinto de supervivencia. Me paré frente a su escritorio, esperando un “métete en tus cosas”, pero un nuevo acceso de tos lo dobló en su silla, haciéndole perder el aliento hasta ponerse morado. Instintivamente, me acerqué y lo sostuve, dándole masajes en la espalda, aunque sabía que eran inútiles contra el dolor, pero a mí me hubiera gustado que alguien lo hiciera cuando estuve enferma. La tos seca retumbaba en su caja torácica haciendo vibrar su espalda, así que di un paso más allá y tomé las riendas de la situación.

—Siéntese en el sofá —dije, pero negó con la cabeza mientras intentaba, inútilmente, meter aire en sus pulmones. Lo tomé firmemente de los hombros y lo puse en pie, se resistió al principio, pero en ese estado no era mucho lo que podía hacer, así que me permitió guiarlo hasta el sofá, donde se dejó caer y pudo respirar un poco. Mientras tanto, yo hurgaba en mi mochila.

Soy una farmacia ambulante. Píldoras para el dolor de cabeza, para el estrés, para la alergia, para el dolor de estómago, vitaminas, suplementos, gotas para los oídos, los ojos y obviamente, antigripales, inhalador y una crema mentolada ideal para estos casos.

—Use el inhalador —le ofrecí mientras lo ponía en su mano. Me rechazó.

—Continúa trabajando —ladró.

Esta vez fui yo quien lo ignoró.

—Señor Aibreán, si se muere yo pierdo mi trabajo, y realmente necesito el dinero. Así que, acepte mi ayuda, ya me regañará cuando

logremos abrir sus vías respiratorias —Hizo un gesto que podría haber sido una sonrisa fugaz, pero no duró lo suficiente—. Aplique el bálsamo en su pecho.

—¿Frente a ti? ¿Ahora? —logró protestar entre tos y tos.

—Solo debe abrir un poco su camisa... No es como que le vaya a quitar el honor y no se pueda casar —repliqué con sarcasmo.

—Te estás pasando —dijo mientras se quitaba la corbata y desabrochaba hasta el cuarto botón de la camisa. Ahora era yo la que estaba sin aire. Los huesos de su clavícula se marcaban perfectamente, evidenciando el hueco entre ellos en la base de la garganta. Escenas pervertidas se me vinieron a la cabeza.

El ruido que hizo cuando comenzó a toser otra vez, me sacó de mis lujuriosos pensamientos; nuevamente se estremecía completo debido a la tos. Cuando logró sentarse de nuevo, sus ojos estaban anegados de lágrimas. Se puso la mano en el pecho. Le acerqué el inhalador, lo aceptó. Mientras lo utilizaba, le abrí la camisa un poco más y apliqué bálsamo mentolado. Tenía fiebre y sudaba frío, pero su respiración se hizo más normal. Mientras masajeaba su pecho, echó la cabeza hacia atrás poniéndose a mi disposición. Apliqué más bálsamo, aunque mi imaginación me tentaba a abalanzarme sobre él y quitarle el honor, después de todo.

—Creo que ya es suficiente —susurró de pronto, salté como gato—, puedo respirar otra vez, gracias. —Esta vez, su voz sonó más firme.

—Claro. Descanse un poco más.

Me alejé. Activé el hervidor y le preparé una limonada caliente; cuando se la serví, los botones estaban de nuevo en su lugar, pero yo aún tenía el corazón en la garganta.

—Le haré una cita con un broncopulmonar —ofrecí, y volé hacia el teléfono—, atiende hasta las 8:00 y son las 6:30, creo que...

—No es necesario... ya has hecho suficiente, puedes irte —me avisó. El sillón en el que estaba sentado se encontraba de espaldas al escritorio donde yo me ubicaba, por lo que no pude ver su expresión.

En silencio, ordené mis cosas, recogí el trabajo pendiente y ordené el suyo. Al estar nuevamente frente a él, noté que Erian no había movido ni una pestaña. Se encontraba con los ojos cerrados. Me quedé mirándolo, deseando que tuviera a alguien en su casa, esperándolo con comida caliente y una cama tibia, que le diera golpecitos en la espalda cuando le vinieran

ataques de tos, y le tomara la mano hasta dormirse. Se veía tan solo que, por un momento, me quise echar a llorar, no por él, sino por mis propias noches de soledad. Enfermo y solo, lejos de todo lo que quería, en un lugar extraño, sumado todo esto a esa actitud suya arrogante y de autosuficiencia que impedía que los demás se le acercaran. El altar de un dios es solitario.

—Cambia esa expresión, realmente me molesta. ¿Te doy lástima?
—me azotó su voz, con una nota grave que evidenciaba su enojo.

—No es lástima, señor. —Sonreí—. Estoy preocupada. Sé lo dolorosa que es esta enfermedad... —Un gruñido me interrumpió—. Lo siento, lo siento... nos vemos... ¡Vaya al doctor! —grité antes de cerrar la puerta tras de mí, creí oír una palabrota, pero no entendí el idioma.

&

El hecho de llegar a casa, no me hacía ilusión alguna. Vivía en el tercer piso de un edificio de departamentos bastante lujoso por fuera, pero con paredes de cartón. Por suerte, mis vecinos no eran escandalosos o hubiera sido testigo de varios intentos de concepción fallidos. Se mostraban bastante decentes, poniendo la música baja, y casi nunca oía su televisión. Por mi parte, hacía otro tanto por conservar la paz, aunque mi esfuerzo era el mínimo, puesto que solo llegaba en la noche y a dormir.

Mi hermano adoptivo, Eric, y su novio, me habían dejado el departamento pues se habían ido a vivir a otra ciudad; me lo ofrecieron una vez que se enteraron de que había entrado a la universidad. No pagaba arriendo, solo electricidad y agua que, era lo mínimo. La decoración era sencilla y más bien funcional, lo único que el inmueble contenía era una cama, un closet, una estantería, una radio, una mesa con butacas y mi velador, por lo que me quedaba bastante espacio, el cual llenaba con cajas de mis libros y trabajos de años anteriores. Sin embargo, me esforzaba en tener todo lo más ordenado posible, por eso mi refugio lucía siempre espacioso; “al estilo japonés”, bromeó Daniel, una vez que le comenté acerca de mi hogar. Pero mi guarida tenía una gran ventaja, era relativamente espaciosa para una persona: con una habitación gigante que era cocina, living, comedor, más una sala de estudio, baño y dormitorio. Además, y para completar mi felicidad en aquel lugar, todos los departamentos tenían un pequeño balcón en la parte de atrás, cuya vista era maravillosa, pues colindaba con un terreno sin construir que dejaba al descubierto un paisaje que, en primavera y verano, se llenaba de margaritas que lucían como pintadas sobre un enorme cerro verde cerca de un bosque de castaños, por el que saldría a pasear... cuando tuviera tiempo.

Me estiré sobre la cama, sin hambre y preocupada aún por mi jefe. Busqué en mi teléfono alguna señal suya: nada. Tuve la tentación de llamarlo, pero no me atreví, así que probé con un mensaje: “Vaya al doctor, por favor. No se muera, que necesito mi paga”. Titubeé durante cinco minutos hasta que presioné el botón “enviar”. Obviamente, no esperaba respuesta, así que me sorprendí enormemente cuando sonó mi aviso de mensaje. Cuando lo leí, sentí una alegría irracional: “Tengo hora para mañana a las 9:00. Tendrás que reemplazarme en las clases. Gracias”.

La sonrisa se me quedó pegada en la cara, y la emoción fue tanta, que no solo preparé la clase, la energía que desbordaba me empujó a ordenar

y limpiar el departamento hasta dejarlo de nuevo como la habitación decente de siempre, no como la trinchera que aparentaba.

Seguía barriendo, cuando oí unos golpes en mi puerta. No los había notado antes, debido a que mientras limpiaba, había subido el volumen de mi reproductor de CD (mi mp3 había fallecido hacía un mes), y ahora notaba que la voz de Monserrat Caballé reverberaba en todo el lugar con los acordes de “O mio babino caro”. Al parecer, mis vecinos no compartían conmigo el gusto por las obras de Puccini y venían a manifestar su molestia. Pero, como estaba de buen humor, resistiría un par de improperios alabando mis gustos musicales; aun así, bajé el volumen antes de abrir la puerta, escoba en mano, mejillas arboladas y cabello revuelto.

La figura de la puerta abrió unos ojos enormes y me examinó de arriba a abajo, abrió la boca, pero fui yo quien habló primero.

—¿Qué hace aquí, profesor? —Creí que los ojos se me saldrían de las cuencas.

—¿Vives aquí...? ¿Es posible? —Cerró los ojos y se presionó las sienes—. Baja la música, por favor, intento dormir —pidió y se alejó. Lo seguí con la vista. Se metió al departamento de al lado. Yo no asimilaba el contenido. Erian Aibreán, por alguna razón desconocida, vivía en el departamento vecino.

Volvió a mirarme desde la puerta, un escalofrío me puso la piel de gallina, temblé un poco.

—No te atrevas a decir a nadie donde vivo —advirtió y se devolvió sobre sus pasos.

“¿Cómo es posible que no haya notado que vive ahí? ¿Desde hace cuánto...?”, me pregunté agarrándome el cabello. Lo seguí y me detuve frente a su puerta antes de que la cerrara.

—¿Qué intentas? —preguntó mirándome de reojo, sosteniendo la manilla.

—Profesor... Esto nos hace más fácil el trabajo — expresé de manera práctica—. De todas formas, usted es un trabajólico. Además, tiene razón; será un problema si alguien se entera. Mis compañeras querrán venir a molestar... —Comencé a racionalizar la situación. Vivir al lado de Erian Aibreán, era como vivir al lado de un rock star. Implicaría un par de fans medio locas y un acoso constante. Nadie debía averiguarlo, reflexioné.

—Anne —me paró en seco, cortando mi nombre. Quedé muda.

Nunca me habían llamado así—, no le digas a nadie...

La repentina alegría que me produjo el que me tratara por mi nombre de pila, se apagó inmediatamente cuando un ataque de tos lo dobló hacia delante, haciéndolo caer de rodillas dentro del apartamento. Lo sostuve hasta que la crisis pasó, le costaba un gran esfuerzo respirar por lo que lo ayudé a caminar hasta su habitación —que quedaba paralela a la mía, separada solo por una pared, por ende, nuestras camas se ubicaban juntas, exactamente una al lado de la otra—. Se dejó caer sobre el lecho. Acomodé algunas almohadas en su espalda, de modo que quedara erguido. Sabía por experiencia que, si se tendía, sus vías respiratorias se obstruirían de tal forma que sería víctima fácil de un ataque respiratorio.

—Tranquilo, todo va a estar bien... se lo prometo, esto pasará. Solo tiene que resistir ahora. —No estaba segura si me estaba escuchando, pues tenía los ojos cerrados, así que tomé su mano buscándole pulso, mientras su pecho subía y bajaba con un silbido, intentando retener el aire desesperadamente. Mantuvo esa postura con los ojos cerrados.

Transcurrió un rato, sus dedos seguían inertes y fríos entre los míos, pero su respiración ya había regresado a la normalidad. Hice el ademán de apartarme, pero su mano atrapó la mía con fuerza, sus ojos permanecieron cerrados. Me quedé un momento sentada en su cama acariciando sus dedos, como una madre que intenta consolar a su pequeño. Recordé mi propia niñez, enferma, en cama, sin nadie que tomara mi mano para apaciguar mi dolor. Y me entristecí.

—Voy por los medicamentos. Regreso enseguida. —susurré. En ese instante abrió los ojos, se percató de que me tenía sujeta y me soltó como si fuera una papa caliente. Aquello realmente me trajo de vuelta a la realidad y lo agradecí. Tenía el mal hábito de compadecerme a mí misma cada vez que me ponía triste.

—Esto no es parte de tu trabajo como asistente —aclaró, intentando sentarse.

—Lo sé... pero ahora soy su vecina entrometida —bromeé—, ya vuelvo.

Corrí a mi departamento en busca de las medicinas. Cuando regresé, me percaté de que su casa estaba muy bien decorada: sillones de cuero negro, muebles modernos y prácticos de madera en color oscuro, que hacían juego con la alfombra; paredes blancas con cuadros de pinturas

abstractas en blanco y negro. No parecía que ese departamento fuera gemelo del mío, incluso en la decoración me percataba de nuestras abismales diferencias. Al entrar en su habitación lo miré y me pareció tan indefenso, tan solo, que me sentí pequeña e inútil, tan impotente al no poder ayudarlo. Jamás lo habría imaginado débil, pues siempre mostraba estar en control de sí mismo y del mundo a su alrededor. Quizás, después de todo, Erian Aibreán sí era un semidiós con debilidades como Sigfrid en las leyendas nórdicas.

Y ahí estaba yo, llena de sentimientos que me abrumaban y no podía reconocer, con el hombre más deseado de mi universidad, en la misma habitación (su habitación), con su vida en mis manos (bueno, al menos con un remedio para que respirara mejor, en mis manos); de seguro la idea no le parecía nada simpática, su orgullo no soportaba depender de alguien, estaba segura. Y yo no parecía caerle bien.

—Ya estás de nuevo —dijo y tosió, pestañeé para despertar de mi ensueño.

—¿Eh? —respondí, aún atontada.

—Esa expresión, lástima —habló bajito. Me acerqué para facilitarle los medicamentos y oírle mejor—, me desagrada esa expresión tuya.

—Lo sie... lo siento, profesor —me disculpé.

Sabía que no le simpatizaba, pero no esperaba que me lo dijera tan francamente. Le tendí el inhalador, lo tomó.

—Le dejo esto. Mañana me haré cargo de la clase. No pondré música ahora y no volveré a mirarlo de la forma en que le desagrada... —dije todo de una vez, sin pausas y sin mirarlo, pero mi voz se apagó cuando me topé con sus ojos, que me observaban fijos. Me sonrojé hasta las orejas.

—No puedes evitarlo —dijo de pronto. Algo en su mirada había cambiado, se dulcificó, como si hubiera recordado algo hermoso, pero triste, mi rubor se intensificó, quedé muda—. No puedes cambiar quien eres ¿verdad? —Comenzó a toser—. Automáticamente me acerqué y lo sostuve, acariciando su espalda. Cuando se repuso, me senté frente a él y puse el inhalador a la altura de su boca, me lo arrancó de la mano y, volviendo a ser el de antes, gruñó: —Ya tengo una madre, no necesito otra...

Lo miré divertida, era la primera vez que bromeaba, así que respondí con un tono maternal:

—Entonces, deje de comportarse como un niño. —Abrí el bálsamo mentolado y se lo ofrecí.

Se desabotonó la camisa y utilizó el inhalador, sin hacer gesto de usar la crema. Nuevamente fui yo quien la aplicó en su pecho, mientras él contenía la respiración y mantenía los ojos cerrados con el ceño fruncido. Se fue relajando de a poco.

—Profesor... tengo que aplicar también en la espalda.

Se incorporó, dándome la espalda. Se quitó la camisa completamente; aunque llevaba una camiseta sin mangas debajo, mi corazón pegó un brinco hasta el techo cuando vi sus hombros anchos y fuertes, su espalda firme y marcada. “Alguien va al gimnasio bastante seguido”, silbó una vocecita en mi cabeza. Continué aplicando el mentol, suavemente, masajeando su cuello y la línea de su columna. Tragué saliva, se me apetecía lamerlo y morderle hasta hacerlo gemir.

—¿Se siente mejor? —Intenté sonar tranquila. En ese momento, todo sucedió demasiado rápido: me distraje cerrando el bálsamo mentolado, él se giró para quedar frente a mí, parecía querer decirme algo, pero se congeló. Quedamos a una distancia tan mínima, que pude sentir su cálida respiración sobre mi rostro. La boca se me hizo agua, entreabrí los labios para tomar aire, hizo lo mismo. Por unos segundos respiramos el aire del otro en perfecta sincronía, hasta que noté que nuestro respirar se había hecho pesado; ya no era respirar, sino aspirar la esencia del otro. Me había mareado y temblaba de la pura anticipación, pero ¿anticipación de qué? Él no me iba a besar. Nop. Never. Nup. Non. Jamás, pero el calor de mi cuerpo se intensificaba y las mejillas me ardían. Él se movió ligeramente hacia mí y pude sentir el roce de sus labios en mi mejilla, recorriéndola y susurrando algo que no entendí, mientras bajaba hasta la comisura de mi boca, buscándola hasta encontrarla. Fue un roce mínimo, como por casualidad, nuestros labios, aún entreabiertos, preparados y ansiosos, a punto de cambiar el rumbo de todo... Unos golpes en la puerta nos hicieron dar un violento respingo.

Caí bajo la cama, golpeándome fuertemente la dignidad. Intenté coordinar mis movimientos. Me puse en pie y aclaré mi garganta que estaba seca.

—Iré a... —Intenté terminar la frase, pero una orden me heló.

—Vete —susurró con la mandíbula apretada—. Vete y no vuelvas a poner un pie aquí otra vez.

Lo miré confundida. Busqué sus ojos como buscando una respuesta, pero él mantuvo la vista fija en su cobertor de plumas. Era la

primera vez que escondía la mirada, parecía otra persona... Quizás, solo quizás, estaba tan confundido como yo. No pude responder, así que me dirigí hasta la puerta de salida. Al abrir, una hermosa chica me miró con curiosidad. Era menuda, con una hermosa cascada de cabello oscuro y suaves ondulaciones, piel de porcelana y unos ojos verdes de muñeca, que se abrieron desmesuradamente al verme.

—¡Oh!... ¿Erian...? —preguntó con acento extranjero—. Me llamó —aclaró.

Así que eso era, Sir Aibreán tenía novia y casi nos había encontrado juntos en la cama.

—Adentro... —indicué—. Me voy —dije al fin, y salí escapando como si me hubieran descubierto robando algo.

No volví a ver a Erian durante esa semana.

CAPÍTULO 3

Mayo

Mayo pasó como una exhalación. La ciudad se cubría de hojas, creando una alfombra de tonos naranjas, amarillos y cafés. Las mañanas estaban cada vez más frías y me costaba trabajo levantarme, no por los fríos, sino por la falta de ganas. Mi corazón había ido perdiendo luminosidad junto con la estación, y la rutina que antes me causaba alegría, ahora me resultaba aburrida.

Mis estudios se hicieron cada vez más estresantes, con informes, portafolios, proyectos, análisis y todo aquello. De todas formas, lo agradecí, pues me adormecía lo suficiente como para no pensar en “otras cosas”. El problema, era que esas “otras cosas”, se hacían presentes cada vez que tenía que entregar el material impreso o los talleres revisados a la secretaria de la facultad, quien se los hacía llegar al profesor Aibreán. Con esta nueva modalidad de trabajo me recordaba cuánto deseaba tenerme lejos de su vista. ¿Sería que le había causado problemas con su novia?

De no ser así, me habría hecho trabajar como lo hacíamos normalmente, mi presencia no le hubiera incomodado; sin embargo, dejaba claro que prefería que no tuviéramos contacto alguno.

Había pensado demasiado, me dolía la cabeza. Había dejado que un hombre comprometido me desviara de mis objetivos de vida y tenía que revertir la situación. El problema era que no podía evitar más sus clases, había faltado dos semanas e iba a reprobar el ramo por inasistencia... así que ahí estaba yo, intentando decidir.

—¿Por qué no has ido a la clase de Aibreán? —preguntó Daniel en un recreo en que coincidimos afuera del edificio donde teníamos clases.

—Dejaré ese ramo —informé, sin prestarle mucha atención.

—¿E... estás segura? —insistió. Lo que llamó mi atención, fue la cuota de preocupación en su voz. Busqué sus ojos y vi que estaba genuinamente sorprendido. Por alguna razón, esto me molestó.

—¿Qué tiene? ¡Oh, ya veo! Es tan extraño que una nerd como yo quiera perder un ramo? Búrlate si quieres.

Sabía que me estaba desquitando con él, pero no me importó.

—No lo haría. Estás en tu derecho, imagino que ya es difícil soportarlo en las horas de ayudantía, así que es obvio que optes por deshacerte de él si tienes la opción.

Lo miré con culpabilidad.

—Cambia la cara, te pregunté si estabas segura porque, de alguna

manera... te estás apagando. Siempre he pensado en ti como... el verano: intensa, vital, energética, optimista, alegre... y de un tiempo a esta parte... pareces más otoño... —De pronto dejó de hablar y se revolvió algo incómodo—. No me mires así.

Me recordó algo que me dolió un poco. Pero no era su culpa, e injustamente lo estaba atacando.

—Lo siento.

—No importa.

—Lo siento de verdad.

—¡No te disculpes por cada cosa que hagas! —me regañó, con falso enojo.

—Lo siento —respondí automáticamente.

—Ya estás... —Me dio un golpe en la frente.

—Espérame un momento —dijo y salió volando hecho un bólido.

Me quedé con la sonrisa bailando en la boca, pensando en lo perceptivo que era.

—Borra esa sonrisa estúpida o todo el mundo se va a dar cuenta de que aún sigues enamorada de ese chico —la voz de Jo, que venía acercándose desde atrás, llegó con un volumen tan alto a mis oídos que me sonrojé ante la idea de que Daniel pudiera haberla oído.

—Supongo que, si mi estúpida sonrisa no me delató, gracias a ti ya todo el mundo lo sabe, ¿no? —me volteé a regañarla, pero antes de encontrar su mirada, me topé con un par de ojos celestes de hielo que pasaron a través de mí, como si no existiera.

—Jo... —balbuceé, al verla junto a Erian.

—Soy asistente temporal del profesor Aibreán en nuestra materia —dijo, haciendo una mueca, mientras me mostraba el material con el que trabajaríamos en clases—. ¡Vamos! —me invitó.

Enmudecí de nuevo. Al parecer, nadie es irremplazable. Había dejado que mi ego me engañara respecto a creer que no había nadie que hiciera el trabajo mejor que yo. Reconocí mi inmadurez y me avergoncé.

—¿Vivi... estás bien? —Jo cambió el tono despreocupado por uno más serio—. Estás pálida.

—Me... me tengo que ir... no puedo ir a clases —mentí, para escapar del hielo que tenía clavado en el cuerpo.

Es de valientes enfrentar las dificultades, pero también es de sabios

retroceder ante el peligro. Y podía presentir que Erian Aibreán era enormemente peligroso para mí.

&

—Toma... —Daniel me detuvo cuando deambulaba por los pasillos, sin rumbo, poniendo una barra de chocolate rellena de coco frente a mí. Miré la golosina, luego a él, y luego la barra de chocolate otra vez. Casi me saltaron las lágrimas.

—No debiste molestarte —agradecí—, te devuelvo el dinero mañana... hoy ando con el dinero justo para el bus...

Sonó un golpe seco contra mi frente.

—Re-ga-lo —remarcó las sílabas—. Es solo un dulce.

—Volvió a golpearme con el chocolate.

—Cómetelo rápido, que tu cara está cada vez peor. Parece que llevas el peso del mundo sobre ti... todo te lo tomas tan a pecho, como el año pasado. Te me declaraste el primer semestre y, a pesar de que te dije que podíamos ser amigos, no volviste a hablarme... Me tomó todo el segundo semestre que volvieras a mirarme... y dirigirme la palabra.

—Oh... no sabía que te importaba tanto... —bromeé intentando bajarle el perfil a aquel momento tan vergonzoso de mi historia—. ¿No entras a clases? —pregunté, al fin, refiriéndome a la clase de Erian.

—Ya estoy atrasado, así que prefiero no entrar... no seré su sacrificio de hoy. Desde que regresó de su licencia, está más insoportable que nunca.

—¿Los regaña mucho? —pregunté, ni siquiera intenté imaginarlo enojado.

—No es eso, es diferente... es como si quisiera dejar muy claro que no estamos al mismo nivel... ¿Cómo decirlo?... está más distante y frío que nunca, no se quiere mezclar con el mundo.

—Hablas de él como si se tratara de un...

—¿Dios? —terminó por mí. Ambos sonreímos.

—¿Un café? —ofrecí.

—Claro, ¿por qué no?

&

Durante la siguiente semana tuve la cabeza puesta únicamente en los exámenes de mitad de semestre.

—Chicos... ¡jornada de estudio en tu casa, Vivi! —gritó Jo desde

lejos mientras corría hacia donde estábamos Esteban y yo, Daniel la seguía—. ¡Se vienen los exámenes de mitad de semestre!

—¿Por qué mi casa? —regañé más por ser odiosa, que porque me molestara la idea.

—Te toca. Mi departamento, la... mmm... lo que sea ese sucucho donde Esteban duerme, y el living de Daniel, ya fueron estrenados por nuestros cuadernos y cafés levanta muertos —declaró finalmente mi amiga, pagada de sí misma debido a su lógica incuestionable e irrefutable.

—Por mí está bien, si no les importa viajar una hora hasta allá. Lleven comida, que no tengo para mantenernos a todos durante dos días y sus noches —advertí.

—¡OK!, entonces nos vemos el viernes, salimos todos juntos de acá —finalizó Jo, se despidió con un gesto y corrió hacia la biblioteca.

—También me voy —avisó Daniel—, nos vemos.

—Adiós —me despedí automáticamente.

—Oye... ¿qué prefieres, dulce o salado? —preguntó de pronto.

—Dulce —respondí sin meditarlo mucho.

—Bien... nos vemos —dijo y yo agité una mano en su dirección.

&

—Pónganse cómodos, chicos —dije, mientras lanzaba mi mochila sobre la alfombra deshilachada de la habitación principal.

—Y Jo se atrevió a llamar sucucho a mi cuartel... —exclamó Esteban, mirando a su alrededor, sin ningún pudor.

—Si no te gusta, te largas —ofrecí, fulminándolo con la mirada.

—Supongo que no tenemos la culpa de ser pobres, y este lugar tiene potencial... así que te perdono —suspiró el idiota. Un cojín pasó volando por el lado de su cabeza, maldije mi mala puntería.

—¿Dónde ponemos la comida? —preguntó Jo, levantando las bolsas de supermercado como para una tropa, más los dulces y pastelitos que Daniel había llevado. Eran tantos, que por un momento temí que me quisiera matar de un coma diabético. Apunté hacia la despensa, que no era más que un cajón dentro de un mueble, que dividía la habitación en cocina y living-comedor.

—Fue buena idea traer los sacos de dormir —comentó Daniel.

—¿Te estás quejando? —amenacé.

—¡Jamás!... Aunque he tocado en basureros más grandes que este —soltó.

Lo miré sin poder dar crédito, pero él sonreía, atento a mi expresión.

—Espera que libere a mis ratas guardianes, acabarán contigo... músico sin talento —me vengué.

—¡Oye!... ¡te traje pie de maracuyá! —alegó.

—Mis ratas lo recordarán cuando te estén devorando —no me rendí.

—Está bien... lo siento, lo siento... —Rio y levantó las manos en gesto de rendición.

De pronto, comenzó a sonar el CD que había dejado puesto en la mañana: “On my own”. Imaginé a Eponine caminando por las calles de Paris, sabiendo que Marius seguirá su vida sin ella y que no existe esperanza para ese amor.

—Tus gustos en música son bien raros —opinó Esteban.

—Un cerebro poco desarrollado es inmune a la belleza de una obra como Les Misérables —soltó Daniel.

—Ay sí, ay sí... soy un superintelectual que escucha música de franceses —se burló Esteban, mientras conectaba su teléfono a su parlante portátil. Una voz gutural comenzó a sonar: al chico le gustaba el metal.

Cuando todo a nuestro alrededor retumbaba con los bajos y creíamos que algo se rompería, oímos unos golpes en la puerta. No creí que los chicos hubieran invitado a alguien más... luego recordé que quizás mi vecino... Un pinchazo de alarma sonó en mi cabeza, pero no fui lo suficientemente rápida, Jo ya había abierto.

—¡Profesor...! ¿Qué hace aquí? —exclamó abriendo la puerta para que todos pudieran ver. Ahí estaba Erian Aibreán, en todo su esplendor: el ceño fruncido, parado muy derecho, evidenciando su estatura. Todos se miraron con genuino estupor, incluido él. Su expresión de sorpresa mostraba que no esperaba vernos a todos ahí. Seguramente creyó que estaría sola y había decidido regañarme, pero el que otros estudiantes le vieran, no estaba entre sus planes.

—¿A qué viene este escándalo? Intento planificar mis clases y su fiesta no me deja oír ni mis pensamientos —finalizó, mirándonos con reprobación.

—Vivi... ¿es tu vecino? —preguntó Jo, sacando conclusiones

rápidas, enfatizando sus últimas palabras. Me clavó una mirada significativa.

—Creí que serías más responsable, Zuroan —criticó el profesor, sin mirarme.

—Perdón —Agaché la cabeza, avergonzada.

—Fue culpa nuestra —intervino Daniel, poniéndose entre la puerta y yo, de modo protector.

—Oh... Erian, eres tan exagerado —dijo una vocecita suave, con acento extranjero, detrás de él. Erian cerró los ojos y juntó las cejas.

—Creí haberte dicho que te quedaras adentro Luain —Miró hacia atrás, una cabecita se asomaba por detrás de su brazo, reconocí a la chica de aquella noche.

—¡Parecían estar pasándola bien!... —Ella sonreía—. ¡Oh, eres tú! —Me apuntó. Todas las miradas se dirigieron en la dirección que señalaba su pequeño dedo—. Gracias por ayudar a Erian. —Sonrió y tomó del brazo al profesor.

—¿Lo ayudó? —preguntó Jo, con cara de querer torturarme y sacarme los detalles del asunto.

—Claro, cuando Erian estuvo enfermo —explicó con calma—, ella lo cuidó toda una noche.

¿Estaba siendo educada o sarcástica? Esa chica con apariencia de hada, era de temer.

—Luain, suficiente. Volvamos a casa —Erian se mostró fastidiado.

—No seas aburrido —le hizo un encantador puchero y, volviéndose hacia mí, preguntó directamente—: ¿Te molesta si me quedo?

Me sentí entre la espada y la pared. Por un lado, esa chica y su presión para quedarse, Esteban y Daniel mirándola impresionados, Jo con una amenaza grabada en la cara, y el profesor con un velo de molestia contenida en sus ojos celestes.

—No —me rendí por fin, mirándome los zapatos—. Adelante, por favor.

—Gracias —respondió ella, con sus hoyuelos encantadores.

—Gracias —me susurró Esteban, al borde de las lágrimas, viéndola pasar por su lado.

Luain entró y se acomodó en un rincón con cojines en el suelo. Los demás la siguieron, Jo y el profesor se quedaron en la puerta.

—Adelante, profesor —invitó mi amiga.

El aludido se quedó parado, dudando.

Ambos habíamos quedado atrapados en aquella embarazosa situación y sabíamos que no había forma de escapar directamente, sin levantar sospechas acerca de nuestro comportamiento. Pero, para nuestro mal, Jo era demasiado perspicaz.

—¿Ocurre algo? —preguntó directamente.

—Tengo que disculparme por el comportamiento de Luain, estamos interrumpiendo sus planes —aclaró su garganta y dio un paso hacia dentro.

Se había dado cuenta de que no podía evidenciar nuestra tensa relación, así que optó por ceder a los caprichos de su pequeña novia.

—Tome asiento. —Ofrecí un taburete.

—Gracias —contestó educadamente, mientras se acomodaba cerca del mesón de la mini cocina americana.

El silencio que siguió entre él, Luain y yo, fue pesado. Noté que Jo no me iba a dejar salir de esta sin cobrarse, y que comenzaba el ataque.

—¿Por qué no nos dijiste que el profesor Aibreán vivía justo al lado tuyo, Vivianne? —disparó, llamándome por mi nombre completo... no era una buena señal.

—No... no estaba autorizada para dar información privada —solté, aterrada, esforzándome en ordenar las bolsas y la comida hasta la perfección.

—Aahhh... ¿hace cuánto que vive aquí? —continuó, susurrando con los dientes apretados y una sonrisa asesina.

—Pregúntaselo tú misma... yo no tengo esa información —Fingí estar sumamente ocupada ordenando las bolsas sobrantes del supermercado. Una vez terminada mi tarea, me escapé al lado de Daniel, quien parecía más interesado en sacar acordes a la guitarra que en la muñequita a su lado.

—Mmm... Esta chica ha olvidado dónde está su lealtad —agregó, mirando descaradamente a Erian—. No la culpo. —Sonrió al profesor.

—No sé cuáles son sus lealtades, pero yo le prohibí que hablara de mi vida personal —respondió.

—¿Quiere beber algo, profesor?

—No, no nos quedaremos mucho, gracias.

—Pero Erian —se quejó la chica—, quiero hacer nuevos amigos aquí y tú no me lo estás haciendo fácil... —Hizo un puchero.

El aludido no cambió su expresión, pero le respondió con un tono suave, en su idioma. Luain sonrió, complacida.

—Erian está de acuerdo en que hagamos una fiesta de bienvenida —declaró.

El profesor arrugó la frente y se tomó las sienes en gesto de cansancio.

—Bien... hagámoslo —respondió Jo, entusiasmada.

Todos se pusieron de pie y comenzaron a preparar la pequeña mesa de centro, con comida y bebidas. Todos, excepto el profesor Erian y yo. No me había atrevido a mirarlo en todo ese rato, estaba muerta de miedo; sin embargo, sabía que podía ser mi oportunidad para aclarar las cosas, pero ¿cómo lo haría con tanta gente alrededor?

—Vivi... no tienes suficientes copas... —gritó Jo desde la alacena.

—Eehh... sí, no suelo tener tantas visitas —me disculpé.

—Yo traeré las mías —dijo una voz de pronto—, Zuroan, acompáñame a buscarlas.

Erian se había puesto de pie y ya estaba en la puerta, abierta, esperándome. Agaché la cabeza consciente de que muchos ojos me clavaban la mirada. Pasé junto a él como una exhalación y me planté en la puerta de su apartamento aún con la cabeza gacha. Sabía que era mi oportunidad, quizás la única que tendría y temblaba de nervios. Pasó por mi lado, me estremecí, abrió su puerta e hizo un ademán para que pasara primero. Entré en silencio.

—Están ahí. —Indicó con un gesto.

Le di la espalda y busqué en un mueble, más por intuición que por sus indicaciones (a las que no había prestado atención, pues llevaba la vista clavada en mis zapatillas).

—Ahí no, allá.

Antes de alcanzar a reaccionar, ya me había cubierto con su metro ochenta y cinco. Estaba entre él y el mueble. Me congelé y esperé que se alejara... No sucedió. No se apartó de mí, como había esperado; me tenía prisionera y, aprovechando la ocasión, me habló cerca del cuello, tan bajo que casi no pude oírle.

—¿Por qué dejaste de ir a mis clases?

Me sorprendió que se hubiera fijado en ese detalle, después de todo, mi sección era grande y yo no era de las que sobresalían en participación.

—Sé que no quiere verme —respondí con un hilo de voz—, porque seguramente, se siente mal por lo de aquella noche, pero no se preocupe, todo

está bien... no pasó nada.

Suspiró, sentí el peso de su frente en mi nuca, sus brazos me rodearon afirmándose en el mueble.

—¿Está cansado? —“¡Qué pregunta más idiota dada la situación!”.

—Mi asistente es una entrometida y no logro que mis estudiantes vayan a clase... creo que me desanimó un poco como profesor —bromeó con un tono sombrío que hizo aún más gracioso su comentario, no pude evitar reír.

—Lo de la asistente es fácil, échela. Sobre los estudiantes... bueno, no puede agradarle a todos —continué con el tono cómico de los comentarios. El humor es una buena estrategia para arreglar situaciones incómodas y esta era la madre de aquellas.

—Mi vecina es una entrometida también —su voz era casi un susurro, mi corazón latía tan fuerte que me zumbaban los oídos, y mi respiración estaba descompensada. Sabía que dejarme abrazar por él no era correcto, su novia estaba al lado, además, él había dejado claro que no quería verme... pero sentir su calor y sus brazos a mi alrededor, era una experiencia tan embriagadora que no podía apartarme.

—Cámbiese... de casa —sugerí, con un nudo en la garganta.

—¿Y si mejor le doy una lección... para que aprenda que puede salir herida si se me acerca?

Hundió su cara en mi cuello, respiró profundamente, luego exhaló. Sentí su aliento cálido y un escalofrío me recorrió completamente. Estábamos coqueteando y disfrutando la cercanía física. Definitivamente me iría al infierno, de seguro.

En ese momento se abrió la puerta, Jo se asomó. No supe cómo, pero Erian estaba al otro lado de la habitación. Yo temblaba incontrolablemente.

—¿Qué ocurre con los vasos?

—Van de inmediato —respondí lo más compuesta que pude—. El profesor dice que no confía en mí para llevarlos... cree que los romperé si los cargo —mentí con la facilidad de antaño.

—Oh, está bien, yo los llevo, profesor, no se preocupe, aunque esta chica no es tan tonta como parece. —Entró solícita y comenzó a tomar los vasos. La seguí rápidamente, temiendo por mi salud mental.

Erian no nos siguió y lo agradecí enormemente. Estaba agotada

actuando indiferente frente a los demás, después de haber sido provocada por ese hombre.

CAPÍTULO 4

Mayo aún

—Luain es preciosa —fue la primera declaración que oí al despertarme la mañana siguiente, enredada entre los sacos de dormir de los demás.

—¡Maldita sea, Esteban... estas paredes son de cartón, si el profe te escucha, nos reprueba a todos! —lo calló Jo, que aún no despertaba del todo y, claramente, le pesaba la falta de sueño.

—Pero es que es un sueño de chica... —continuó Esteban, ignorando los gruñidos amenazantes de mi amiga.

—Es tan... —No alcanzó a terminar, pues una botella de jugo, vacía, pasó silbando cerca de su oreja. Esta vez fue Daniel quien, sin advertencia y aún dormido, lanzó sin éxito.

Luain se había ido tarde, de madrugada, y solo porque Erian había insistido en venir a buscarla; por ella, se hubiera quedado a dormir con nosotros. El profesor tuvo compasión y se llevó a su encantadora, pero agotadora novia.

Unos golpes sonaron en la puerta, nadie hizo amago de ir a abrir, ni siquiera Esteban, que había estado tan lúcido hasta ese momento, pues se había ovillado en su saco y se arrastró cual gusano a un rincón oscuro para seguir soñando con su inalcanzable Luain. Por lo tanto, me levanté, aún medio dormida. Al abrir la puerta, la luz de un débil sol invernal me hizo cerrar los ojos completamente.

—Hola, Vivianne —No reconocí la voz, pues susurraba al saludar, aunque el tinte animado me dio una pista, por lo que contesté también susurrando sin saber exactamente por qué.

—¿Qué haces aquí tan temprano, Luain?

—¡Shhhhttt!, acompáñame, por favor...

Me arrastró hasta la puerta contigua, la abrió cuidadosamente, me jaló hacia adentro y nos quedamos paradas mirándonos de frente.

—¿Luain, qué...?

—Quiero preparar el desayuno para Erian... pero no sé cómo usar esa infernal máquina de café que tiene, ¡ayúdame!

Sus ojos suplicantes, me recordaron a un cachorro bajo la lluvia. Definitivamente algo no andaba bien en mí, la razón y sentido común me decían que abandonara ese lugar de inmediato, por seguridad propia; sin embargo, mi voluntad no valía un peso frente a la presión. Me desprecié a mí misma por buscar complacer a todo el mundo. Accedí.

Así, me encontré preparando café de grano, jugo de frutas frescas, jamón y huevos, en la misma cocina que me viera coquetear con su dueño la noche anterior. Un sabor amargo me subió hasta la garganta.

Sabía que estaba en un terreno peligroso, esos pensamientos y sentimientos no eran adecuados, para escapar de ellos, me concentré en mi entorno inmediato. La cocina estaba bien equipada, ordenada e impecable y el aroma de todo aquello ya me había despertado el apetito también, así que me encontré probando el café y haciendo gestos al saborearlo, mientras ordenaba los platos y la bandeja que Luain llevaría a la habitación del profesor. Me encontraba lavando los platos, cuando sentí una presencia en la cocina.

—Está listo Luain, lo cubriré para que no se estropee. Tú decide a qué hora llevárselo. Ahora regreso a ca...

No alcancé a terminar. Me había girado para ver la cara sonriente de la muchacha, pero en su lugar, me encontré con la imponente presencia de mi profesor que vestía la parte de abajo del pijama y una camisa desabotonada que dejaba ver su delineado torso desde el pecho hasta el ombligo. Llevaba el cabello desordenado. No obstante, no pude apreciarlo por mucho tiempo, puesto que sus ojos eran dos imanes atrayéndome directo hacia ellos.

—No deberías estar aquí —murmuró entre dientes. Noté que estaba enojado y me aterró, un miedo irracional me atenazó los músculos.

—Luain me pidió de favor que... ¿Dónde está ella? —pregunté atropelladamente al percatarme de que no estaba.

—No tienes que cumplir todos sus caprichos. No te corresponde —cortó secamente.

—No me molesta hacerlo... —me disculpé, aún temblaba como si fuera a ser golpeada... igual que cuando era niña y mi papá se enojaba.

—¡Pero a mí sí! —Apretó los dientes y avanzó hacia mí. En una reacción condicionada por las palizas de mi papá, me agaché protegiéndome la cabeza.

—Anne... —La voz de Erian era suave y tranquilizadora— Vivianne... escúchame... no te dañaré. Levántate, por favor.

Solo entonces, me di cuenta de mi vergonzosa reacción. Me levanté despacio, sin fuerzas y avergonzada.

—Lo siento —me disculpé, sin poder mirarlo a la cara.

Justo en ese momento la puerta se abrió y Esteban apareció con cara de sueño.

—Vivi... ¿hace cuánto que no repones el gas? Nos quedamos sin agua caliente...

—Lo... lo... sien... to —tartamudeé, tensando todo el cuerpo. Aquello no podía ser más humillante.

—Jo llamó y pidió un cilindro de gas nuevo... solo te venía a avisar. —Se marchó, aún adormecido y con una estúpida sonrisa en la cara.

—Me voy —avisé mirando al piso, pero la voz se me quebró al final y tuve que morderme los labios para tragarme el sollozo que estaba a punto de salir.

—Lo siento, Anne —dijo suavemente Erian—. Es mi culpa que estés en esta situación, Luain es como un huracán, pero es mi responsabilidad y no la he sabido controlar. Lo siento.

—No tiene que disculparse. —Respiré profundo, soltando el aire despacio, hasta calmarme—. Ya estoy bien. Lamento las molestias que le he ocasionado, prometo que desde mañana será como si yo no existiera.

No. —Me detuvo—. Perdóname por asustarte de esa manera. —Estaba mirándome de frente esta vez. Me quedé en silencio. —Estás demasiado pálida, debes comer algo —propuso—. Se pasó la mano por el pelo, alborotándolo más.

—Me tengo que ir —balbuceé.

—No, por favor. Me siento como un idiota y necesito hacer algo para compensarte.

Antes de que pudiera negarme, tomó la bandeja que yo había estado preparando y la dejó sobre la pequeña mesa de la cocina, ordenó todo en dos puestos, se sirvió café, lo bebió. Dio un suspiro y me miró de reojo.

—Me gusta tu café. Siéntate, por favor.

Obedecí en silencio.

—¿Quieres uno dulce y con leche? —Ofreció nuevamente, el nudo que atenazaba mis miembros comenzó a disolverse. Me senté frente a él y obediente comencé a beber, aunque me costaba tragar. Erian se sentó en el otro extremo de la mesa, con su café en la mano. Intentaba consolarme, mientras yo trataba de no ver más allá de sus buenas intenciones.

—Lo siento —volvió a repetir—. Lamento haberte asustado... todas las veces que lo hice. —Supuse que se refería a la noche anterior—. Procuraré

no volverlo a hacer.

La taza de café era sostenida por una de sus manos en un gesto elegante. Su mirada vagaba por la ventana hacia los tejados de los edificios vecinos.

—No debe preocuparse por esas cosas, profesor. No vale la pena.

Era cierto, yo no valía la pena. No podía recibir esa amabilidad, no podía fantasear con que un hombre así sintiera una inclinación por mí, habiendo hecho las cosas que hice en el pasado.

—Me haces falta... —dijo de pronto, mi corazón se detuvo por un instante—. En la oficina... es decir... es incómodo encargarle todo a las secretarias. No me agrada tener mucho contacto con el resto y... creo que sería mejor regresar a la modalidad de trabajo inicial. —Bebió un largo trago de café, luego se aclaró la garganta.

—Cla... claro, como usted diga —las cosas volverían a la normalidad. La segura normalidad que nos protegería a ambos.

—¡Vivianne! —una vocecilla aguda, como de niña, llegó desde la puerta—. ¿Por qué estás desayunando con Erian? —recriminó Luain con una mueca.

Me puse de pie inmediatamente.

—Lo... lo sien...

—Yo la invité. No es justo que la hagas trabajar como tu sirvienta —replicó Erian, quien se había puesto detrás de mí. Podía sentir el calor de su cuerpo.

—¿Por qué no? Tú lo haces todo el tiempo... le ordenas cosas y ella las hace sin replicar... es culpa suya que se aprovechen de ella.

Luain parecía en guardia, se veía como una persona distinta, la mágica hadita se había transformado en alguien malévolo. Bueno, no la culpaba, era comprensible su actitud. Yo haría lo mismo si encontrara a mi novio desayunando con otra chica, ambos en pijama, ¿pi... jamás? Mierda. No me había percatado de que, con la prisa, no había alcanzado a vestirme antes de salir de mi casa. Había estado dando vueltas en una casa ajena, vestida con un polerón rosa que tenía estampado en frente un oso que decía "Honey".

—Creo que... debo irme —Avancé hacia la puerta, a un paso de ella, su voz me detuvo, más por el tono de desprecio que por las palabras.

—Vete... desaparece... aléjate de Erian. ¡No vuelvas a aparecerte

por nuestras vidas!

—Luain...

Sir Aibreán dijo algo en otro idioma, en tono seco. Luain protestó y Erian apretó la mandíbula y habló de nuevo. Esta vez su voz fue más potente, pero Luain no pareció notarlo y continuó hablando, mientras los labios de Erian se fueron transformando en una línea en la medida en que la ira se apoderaba de él, dándole brillo de hielo a sus ojos. No pude entender lo que decían, pero un nombre fue comprensible incluso para mí: “Anne”.

De pronto, la puerta se abrió y Josefina entró sin ninguna ceremonia.

—¿Estás bien? —preguntó directamente.

Los dos de la discusión la miraron sorprendidos

—Si serás idiota, estás aterrada, ¿no? Vámonos de aquí. Con su permiso, señor.

Me tomó de la mano y me jaló en dirección a mi casa. No tenía ánimos para oponerme y Jo tenía razón: estaba muerta de miedo de cargar con la responsabilidad de aquella discusión.

—No es tu culpa —dijo como leyendo mis pensamientos. Tomó mis manos, me miró de frente, revolvió mi cabello y se rio—. No te tomes las cosas tan en serio.

Entramos a la casa.

—Jo, aguafiestas —se quejó Esteban—. Justo cuando venía la parte interesante. —Hizo una mueca. Yo no entendía de qué hablaba el gusano—. Luain tiene razón, esta es realmente tonta... toda confundida y no tiene idea de qué pasa —dijo Esteban, amurrado en una esquina.

—¿De qué? —alcancé a balbucear.

Daniel respondió:

—Paredes de cartón, ¿recuerdas? —Hizo un gesto hacia la pared que dividía los departamentos del profesor y el mío. Así que habían estado escuchando todo.

—¿Cómo se atreven? —incredulé al grupo, indignada, recuperando mi espíritu.

—¡Te lo mereces por ocultarme que vivías junto al profe Erian! —respondió Jo, cambiando su actitud protectora una vez que me vio recuperada—. ¡Tu lealtad debe estar conmigo!

—Creímos que sería interesante que protagonizaras una sórdida

escena de celos —se burló Esteban—, además de poner en apuros al profe... pero parece que ese tipo tiene poderes sobrenaturales sobre las mujeres —Esbozó el intento de una mueca de desprecio.

—Estoy cansada —repliqué—. Me voy a dormir. Estudien ustedes.

Estaba enojada, así que me encerré en mi habitación.

Dormí por unas horas. Cuando desperté y salí de mi cuarto, los chicos aún estudiaban, en silencio. En el pequeño mesón de la cocina había un pastel de trufa gigantesco y no pude evitar babear cuando lo vi.

—Es nuestra forma de pedirte disculpas —dijo Daniel.

—Perdón —se sumó Esteban.

—Se nos pasó la mano —terminó Jo.

—Lo sé —dije.

Los resultados de aquellos exámenes no fueron los mejores de nuestros estudios.

—Me alegra que te encuentres mejor y volvieras a clases —Sonrió Jo, cuando me vio entrar a la sala.

—Todo va bien —respondí y me acomodé a su lado—. Estrés superado... por ahora —bromeé.

—¿Cómo van las cosas con tu jefe? —preguntó, como que no quería la cosa.

—Bien —respondí lo más escuetamente posible.

En ese instante, apareció el profesor Aibreán, entró y cerró la puerta tras de sí. Puso sus carpetas sobre la mesa y, cuando estaba a punto de empezar la clase, se dejaron oír unos golpes en la puerta. El tiempo se congeló, todos dejamos de respirar.

—Parece que todavía hay algunos que no aprenden... —me susurró Daniel, que estaba en la fila detrás de mí.

La puerta se abrió y se asomó una chica morena preciosa, de cabello castaño larguísimo e imposiblemente liso, la había visto anteriormente, pero no recordaba su nombre. Se acercó tímida a la mesa del profesor. Eso era un doloroso deja-vú.

—Buenos días, señorita Klenner.

La miró de esa forma que yo bien conocía. De pronto, se volvió hacia la clase y preguntó:

—Entonces, ¿he de permitir la entrada a la señorita Klenner,

considerando que llegó tarde, faltándole el respeto a quienes lo hicimos a tiempo?

El deja-vú llegaría hasta allí.

—Sí —dije con voz firme. En un segundo fui el centro de atención. Daniel me miraba como si me hubieran salido antenas. El rostro de sorpresa de la chica bordeaba lo cómico, pero lo que me hizo arrepentir de inmediato, fue la mirada de aquellos ojos celestes. El hielo se había derretido y la mirada de interés era genuina.

—¿Sus razones, señorita Zuroan? —habló suave, en un tono neutro.

—Creo que ella debería entrar... porque fue lo suficientemente valiente como para insistir, aun conociendo sus reglas, profesor. Eso demuestra que está realmente interesada en aprender lo que usted tenga que enseñar. Creo que la perseverancia y valentía deben ser recompensadas —terminé con un tono que me pareció suficientemente seguro, aunque me ardían las mejillas.

Meditó por un segundo, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios. Algunas chicas contuvieron la respiración y uno que otro chillido. La sonrisa se convirtió en una suave carcajada mientras se sentaba en su escritorio, todo aquello sin quitarme los ojos de encima.

—Entonces, vamos a premiarla. Adelante, señorita Klenner, puede entrar a mi clase... gracias a la señorita Zuroan... y su idealismo.

La tensión se esfumó, la chica pasó volando hacia la parte de atrás de la sala, y el resto de las estudiantes comenzó a susurrar y tener orgasmos. Fue la clase en la que me sentí más participativa.

—¿Sabes que lideraste un motín en mi clase? —fue lo primero que dijo cuando entré a su oficina, en mi horario de ayudantía. Estaba sentado frente a su escritorio y revisaba unos papeles.

—No fue mi intención...

—Pude haberlo tomado como un desafío directo a mi autoridad.
—Seguía mirando los papeles.

—Pero creo que, si usted nos pregunta, nos da derecho a opinar. Solo hice uso de esa oportunidad. —Había pensado mil y una respuestas para lo que se me venía y estaba soltando la que me pareció más sensata. Guardó silencio, yo sabía que estaba molesto, pero no hizo ni el más mínimo gesto

para demostrarlo.

Me acomodé en los sofás y comencé a trabajar en la revisión de algunos talleres. Estaba en el número quince, cuando noté que se removía, inquieto, en su silla.

—¿Quiere café, profesor? —ofrecí, solícita. Debía hacer alguna cosa que aliviara su mal humor.

—Sí, gracias.

Puse el hervidor y saqué la reserva de grano molido que siempre guardaba para esos tediosos días de trabajo intenso, preparé la taza mientras pensaba en la posible inmortalidad de una cucaracha.

—Señor, su café. —Le serví y esperé. Sabía que me quería decir algo, así que me preparé, estaba dispuesta para lo que viniera... o casi. Lo probó y se mordió el labio inferior, saboreándolo.

—Bueno, como siempre.

El reconocimiento me hizo sonreír.

—Un talento innato —bromeé.

—¿Por qué...? —Había empezado a hablar, pero se detuvo.

—El café es de buena marca, además, trabajé como mesera cuando era más joven.

—Hablo de por qué defendiste a esa chica, no parecen ser amigas, y lo que es más extraño, no tenías que hacerlo. Nadie te defendió a ti aquel primer día. —Rodeó la taza con ambas manos, miró absorto el contenido. Una punzada de vergüenza me atravesó completa al recordar aquella vez. Mis mejillas me delataron.

—Yo... me sentí terrible aquella vez. Pero lo que más me dolió, no fue haber sido regañada por usted, sino el hecho de sentirme sola. Nadie se atrevió a levantar la voz por mí. No es que no me pueda defender o que crea que merezco ser defendida, es solo que, no quiero que alguien más sienta esa sensación de soledad, si es que puedo evitarlo. —Fui totalmente sincera y dije la verdad; sin embargo, el poner aquellos sentimientos en palabras me hizo pensar en el desamparo que muchas veces había experimentado en mi niñez. Miraba hacia el suelo, no me atreví a verle a los ojos por miedo a que me leyera el pensamiento. Sentir pena por mí misma era una mala costumbre que no quería que él descubriera. Mis zapatillas estaban sucias y no había podido comprarme las nuevas; la electricidad, el agua y el gas, se llevaban todo mi sueldo...

—Entonces, ¿planeas enfrentarte a mí cada vez que uno de tus compañeros llegue atrasado? ¿Para eso volviste a mis clases? —dijo con tono burlón. Se puso de pie, se había acercado tanto, que me sorprendí por no notarlo antes. Me dirigió una mirada intensa, con una media sonrisa bailándole en la boca.

—S... sí —respondí, insegura.

Su sonrisa se ensanchó, miró hacia el lado en un intento por ocultarla. Luego volvió a mirarme desde arriba y mordió su labio inferior.

—No deberías provocarme —finalizó. Tomó su chaqueta y salió de la habitación sin decir una sola palabra, aún sonriendo. Me quedé con el corazón al galope y la cara roja.

¿Me estaba coqueteando? ¡Ja, ja, ja! Sí, claro; un hombre brillante, exitoso y atractivo, coqueteando con una estudiante promedio, sin ningún atractivo aparente. Por un momento me pregunté si la marihuana que había fumado en el pasado me habría afectado el cerebro de manera permanente.

CAPÍTULO 5

Junio

Junio llegó frío y lluvioso, mi vida continuó su ritmo normal. La rutina de siempre: ir a la universidad, las clases, las tareas, la ayudantía, trabajos esporádicos de tutora o en algún supermercado. Mi realidad era la de cientos de estudiantes de pregrado.

Mis amigos parecían estar ocupados con sus vidas tanto como yo. Esteban hacía continuas visitas a mi departamento, esperando ver a Luain, quien no se había aparecido desde aquel altercado, lo cual me tenía un poco intranquila... su ausencia me traía esa sensación como de la calma antes de la tormenta. Jo había viajado a ver a sus padres los últimos fines de semana, por lo que solo coincidíamos en algunas clases y ambas andábamos siempre corriendo, así que nuestro contacto era, más bien, superficial. Daniel... era Daniel. A veces estaba, otras... solo él sabía, aunque en uno de esos esporádicos encuentros que tuvimos, me contó que estaba con mucho trabajo, debido a que tocaba con su banda en un pub por las noches, de jueves a sábado, incluso me regaló algunas entradas que podía validar cuando yo quisiera. Lo único que había cambiado algo eran las relaciones con algunos de mis compañeros. Por un lado, la chica morena del cabello liso me saludaba siempre sonriente y se detenía a preguntarme como estaba, cosa que hasta antes de mi discurso pro-valentía en la clase de Aibreán, no había sucedido. Por otra parte, algunos compañeros me miraban como la valquiria de la clase, mientras que algunas compañeras no perdonaban mi osadía por haberme enfrentado al dios al que rendían culto, motivo por el cual me evitaban y miraban mal cada vez que se les presentaba la oportunidad.

Si bien, mi vida no era algo envidiable y muchos otros con gusto se hubieran suicidado antes de vivir como yo, me sentía satisfecha, especialmente desde que las relaciones con mi profesor estaban yendo perfectamente. No es que de pronto nos hubiésemos vuelto amigos, sino que hacíamos un buen equipo de trabajo; estaba aprendiendo mucho y disfrutaba nuestras conversaciones, algo más informales, en los momentos que tomábamos algún descanso en su oficina, ya que, por razones obvias, no había vuelto a su departamento. Habíamos creado una regla tácita, no habíamos utilizado ni palabras ni nada, pero sabíamos que no podíamos cruzar la línea de nuestras respectivas puertas, pues comprendimos que dejábamos de ser profesor y alumna cuando eso sucedía y teníamos claro que eso era peligroso, así que decidimos olvidar aquellos incidentes y ser

compañeros de trabajo: una talentosa alumna y su sabio maestro.

—Profesor... —me atreví a acercarme una tarde, mientras descansábamos un momento en su oficina—. Su café.

—Gracias. —Lo recibió y lo probó, haciendo ese gesto de morderse el labio, que me colapsaba. Me quedé de pie a su lado un momento, pensando de pronto en que a las seis ya estaba oscuro y quería volver temprano a mi casa.

—¿Necesitas pedir algo? —me sobresalté al darme cuenta de que lo estaba mirando directamente desde arriba, aunque no me había percatado de hacerlo. Parpadeé varias veces antes de tomar aire y soltarlo.

—A veces creo que usted lee la mente, señor. —Fruncí profundamente el ceño mirando a otro lado.

—¿Qué necesitas? —preguntó, intentando ocultar una sonrisa.

—Yo... bueno, no tenemos tanto trabajo hoy y... quería saber si... —Carajo, se me estaba haciendo difícil.

—¿Qué? —Frunció el ceño, prestando atención a unos papeles que había cogido de la mesa frente a él.

—No, nada. —Me asustaba su tono, así que me mordí la lengua y regresé a mi asiento para seguir trabajando. Pasaron diez minutos de silencio, cada uno trabajaba en lo suyo. En un momento, lo miré con el rabillo del ojo, me hizo un gesto, pero lo ignoré.

—Vivianne, ven aquí —Su voz sonó tan autoritaria, que no pude evitar levantarme y obedecer. Estaba afirmado sobre su escritorio, hizo un ademán para que me acercara. Automáticamente, lo hice.

—¿Sí, señor?

Una alarmita se disparó en mi cabeza. Una molesta voz interna, que sonaba como la de mi madre, comenzó a hablar: “Seguro, cometiste un error... y te va a regañar. Eres tan tonta... tan fea... tan corriente... no mereces estar a su lado”.

Intenté controlar el miedo que crecía en mi interior. Me paré frente a él, hundí la cabeza entre mis hombros y contemplé mis zapatillas, luego la alfombra, que estaba impecable; después, mis sucias zapatillas de nuevo. No lo miraba, pero sentía su presencia abrumadora, lucía imponente... no parecía tener veintisiete años, como lo había visto (por pura casualidad, lo juro) en una ocasión en uno de sus expedientes.

—Lamento haber perdido la paciencia e interrumpirte —se disculpó.

Me tomó por sorpresa y cometí el error de mirarlo de frente. Al encontrarme con sus ojos claros, mi cara ardió.

—He, he... —se me escapó una risa nerviosa—. No se preocupe... está bien. Es mi culpa por... —Mi disculpa se diluyó. Era mi culpa por... ¿hablar?... ¿respirar?... ¿por ponerme nerviosa?

—¿Por qué? ¿Eh?... ¿por hablar?... ¿por intentar encontrar las palabras correctas para hablarle al tipo más odioso que conoces? —Completó por mí. Este tipo realmente sabía leer mentes.

—Ahora sí me asusta, señor... —Lo miré con sospecha. Se llevó dos dedos a los labios intentado no reír. Tosió para aclarar su garganta.

—Dime, ahora, ¿qué querías pedir?

—¡Ah!, bueno... la verdad es que, quería pedirle permiso... para irme algo más temprano. Está oscureciendo y vivo algo lejos.

—A la misma distancia de mi casa, lo sé —asintió, acomodándose los anteojos.

—Pero usted tiene auto y vive ahí porque quiere. Si yo pudiera escoger... viviría al lado del campus, definitivamente —respondí, resignada.

—Sí, supongo que no es justo —concedió.

Se encogió de hombros. Lo miré a hurtadillas, estaba realmente increíble; aquella tarde se había dejado el cabello desordenado y los anteojos le daban un aire de guapo intelectual. La forma despreocupada en que se recostaba sobre el escritorio le confería un aspecto relajado y la mirada, perdida en la alfombra, lo hacía parecer algo taciturno.

—Termina el trabajo. Nos iremos tarde, pero te llevo en mi auto. —No era un ofrecimiento, sino una orden.

—Sí, señor —respondí.

Una hora y media más tarde, habíamos terminado todo lo pendiente.

—Vámonos a casa. —Tomó su chaqueta y comenzó a organizar su maletín—. Ordena tus cosas y regresemos. —Me dio la espalada, mientras se ponía la chaqueta con un elegante movimiento.

Las últimas palabras resonaron en mi cabeza y entraron en mi corazón como una estocada. Habían sonado como si compartiéramos el mismo hogar. ¿Era posible que, a pesar de la vida que había vivido, aún quedara en mí una soñadora? Espanté la fantasía, pero, de pronto, mis ganas de llegar al solitario y oscuro departamento se habían ido. Hubiera preferido

quedarme en la impersonal oficina, viéndolo trabajar; sin embargo, mi casa tenía una ventaja... nuestras camas estaban pegadas a la misma pared, por lo que, si me concentraba, durante la noche podría escucharlo respirar, y eso era suficiente para espantar mi soledad. Patético, lo sé, pero me había enamorado de aquel hombre y, sabiendo que nunca lo tendría, me aferraba a cualquier detalle.

&

—Bien, te dejo entonces. Aún tengo cosas que hacer en el centro —me dijo el profesor mientras bajaba de su auto.

—Gracias por traerme.

—Te hice trabajar hasta tarde, es el pago.

—Hubiera preferido el dinero de las horas extras —repliqué.

—No te aproveches —advirtió, mirándome de reojo y torciendo la comisura de la boca en una imperceptible sonrisa.

Cerré la puerta y el elegante Hyundai gris acero, aceleró hasta perderse en una esquina. Suspiré y caminé hasta el departamento. Me estaba acercando a la puerta, cuando vi una silueta.

—¡Daniel!, ¿qué haces aquí a esta hora?

—Supuse que si no venía por ti, nunca harías valer tu entrada

—Apuntó el estuche de guitarra que llevaba a la espalda.

—Oh... —De pronto me entusiasmó la idea de no estar sola y le ofrecí mi mejor sonrisa. —Está bien, hoy te veré tocar... Pasa, pasa, ¿quieres un café mientras me cambio?

El lugar en el que Daniel tenía que tocar, estaba lleno y apestaba a humo de cigarrillos. Mi amigo me presentó a los miembros de su banda. Creo que eran mayores que él. No recordaba haberlos visto en la universidad, pero me resultaron simpáticos, todos dispuestos a reír y pasarlo bien, sin preocuparse por los quehaceres del día siguiente. ¿Hacía cuánto no me sentía así? No recordaba lo relajante y adictiva que era esa sensación de olvido.

Solo había bebido un par de cervezas, intentando mantener bajo control la situación. Aun así, me encontré saltando y gritando al ritmo de la pesada batería y los rasgueos de la poderosa guitarra de Daniel, divirtiéndome, hasta que sentí una punzada en la cabeza. Comencé a ver todo algo borroso. Me afirmé en una de las rejas del escenario, cuando alguien me tomó de los hombros.

—¿Estás bien?

—¡¡¡Daaaanniiii!!!... ¡Estuviste genial! —arrastraba las palabras. No entendía cómo era posible que, sin haber bebido en exceso, me sintiera tan inestable.

—Te llevo a tu casa.

Me dejé guiar, ya que ni mi cuerpo ni mi mente estaban en estado

de contestar. Así, fui arrastrada dentro de un taxi, di las indicaciones al chofer y pronto me encontré en la puerta de mi departamento.

—Dame las llaves, yo abro por ti. —Hice lo que se me ordenaba. Mi cabeza era un caos, todo daba vueltas y no veía con claridad.

—No enciendasssss lasssss lucesssss... —mascullé—. Mi cabeza... da vueltasssss... —Solté una carcajada sin sentido.

Mi compañero se rio por lo bajo.

—Ssshhhhht, los vecinos... son quissssquillosossss... —Volví a reír, tapándome la boca.

La puerta se cerró detrás de nosotros. Me arrastré a mi habitación y me dejé caer, de espaldas, sobre la cama. Sentí el peso de un cuerpo sentarse a mi lado, pero estaba muy cansada como para darle importancia. Estaba empezando a quedarme dormida, cuando sentí unos labios presionados sobre los míos, abrí la boca para reclamar, pero una lengua entró de forma brusca. Volteé la cara, pero el peso de aquel cuerpo sobre el mío me tenía inmobilizada. Con una mano sostuvo mis muñecas por sobre mi cabeza y con la otra buscó mi sostén.

—¡No!... ¡No! —Forcejeé, la alarma en mi cabeza había sonado demasiado tarde—. Tú no eres Daniel... ¿Quién eres?! —grité mientras luchaba contra el peso del cuerpo que me dejaba sin aliento.

—Hubiera preferido que siguieras pensando que era Daniel —respondió una voz desconocida.

No era mi amigo, era un desconocido y mucho más fuerte que yo.

—¡Déjame!... —volví a gritar.

Esta vez, la mano se deslizó hacia la parte inferior de mi cuerpo, tirando mi pantalón de camino.

—¡No...! ¡Nooo...!

Me revolví entre forcejeos otra vez, logré soltar uno de mis brazos, y le enterré las uñas en la cara. El tipo se quejó y dejó de hacer presión sobre mí. Intenté escapar, pero me tomó con mucha facilidad y me lanzó contra la pared, el golpe me dejó sin aliento, las náuseas aumentaron. Comencé a vomitar.

—¡No actúes como una niña virgen!.., gatita —rugió. Su risa se volvió escalofriante y supe inmediatamente que mi pasado volvía por mí. Únicamente las personas del grupo con las que me juntaba cuando era adolescente, me llamaban así. Ese tipo me conocía de aquel pasado que no

quería recordar, pero que parecía querer devorarme.

En un quejido, aclaré más para mí que para él:

—¡Déjame en paz! Ya no soy esa chica.

—Eras demasiado deliciosa... aún lo eres, como para dejarte ir.

Fue la cruel respuesta. Quise gritar con todas mis fuerzas, pero de mi garganta, ácida por el vómito, solo salió un graznido. Se abalanzó de nuevo hacia mí. Al intentar defenderme enterrando mis dedos en sus ojos, me levantó de forma violenta y dejó caer un brutal golpe sobre mi rostro, haciéndome sangrar nariz y boca al instante. Sentí un agudo silbido en los oídos, mi cara estaba adormecida por el golpe. La sangre comenzó a inundar mi paladar y corría de mis labios hasta la barbilla. También sentí correr un tibio hilillo de sangre por mi ceja; supuse que me había roto la frente.

Sin darme tiempo para tomar aire, nuevamente me lanzó contra la pared, caí sobre mi estómago, frente a él. Esta vez no pude levantarme. Mi cuerpo se entumecía, pero la adrenalina aún mantenía mi cabeza alerta. Cuando se acercó de nuevo, me cubrí la cabeza y, al momento en que me volteó, ajusté una patada en su entrepierna, con todas las fuerzas que me quedaban. Nunca fui muy atlética, pero si hubo algo que aprendí en las calles, fue a defenderme como fuera. Tuve suerte, ya que la patada le dio al tipo en los testículos, lo que me ayudó a inmovilizarlo por un momento, dándome oportunidad de escapar.

Me arrastré lejos de él mientras me maldecía e intentaba sujetarme, pero al verme libre, una ira desquiciada se apoderó de mí, me incorporé y le di con furia una segunda patada, esta vez en la cara, reventándole la nariz. Desde el piso, dejó de intentar atraparme. Lo volví a patear.

La angustiada sensación de querer escapar fue reemplazada por el deseo de acabar con él, así que volví a golpearle la entrepierna, la espalda baja, y cuando iba por una patada en la nuca, para asegurarme de que no volviera a intentar violar a nadie más, unos brazos me rodearon, apresándome y levantándome del piso. Un nuevo terror se apoderó de mí al pensar que esa bestia había traído compañía y me había atrapado. Me retorcí con desesperación mientras gritaba insultos a mi opresor.

Fui incapaz de soltarme y las náuseas del miedo me provocaron nuevas arcadas.

—Anne... —oí—. Soy yo... —La serenidad de quien hablaba me calmó—. Quédate quieta —era la orden de una voz autoritaria, una voz que

conocía muy bien—. Estás a salvo. Ya no se puede levantar.

Erian me puso en el piso con suavidad, sin dejar de abrazarme. El alivio de sentirme a salvo fue tanto que dolió, afirmé la espalda contra él y comencé a temblar incontrolablemente, al punto de parecer un ataque de epilepsia.

—Lo siento... lo siento... lo siento... lo siento... lo sien... —No sabía por qué me disculpaba, pero creí que tenía que hacerlo—. Fue mi culpa, creyó que era la misma de aquel tiempo... aquel maldito tiempo.

—Estás a salvo, no volverá a tocarte —aseguró Erian.

Guardé silencio, no me atrevía a mirarlo.

Cuando dejé de temblar espasmódicamente, me levantó del piso. Me tomó en sus brazos, como a una niña, y me llevó a la cocina. Limpió mi cara con un paño mojado.

—Mírame —pidió en un susurro.

No obedecí, a pesar del dolor y el miedo, aún estaba lo suficientemente consciente como para saber que olía a alcohol, vómito y sangre... Sentí pena y asco de mí misma. Volvió a acunarme en un abrazo, percibí el paño frío y húmedo recorriendo mi cara con mucho cuidado. Solo en ese momento abrí los ojos, me encontré con los suyos a escasos centímetros. Su mandíbula estaba apretada, evidenciando su ira. Levanté mi mano y recorrí su mentón, desde la mandíbula hasta los labios, dejando mis dedos en este último lugar.

—Ya no soy la misma de entonces... —lloré.

Tomó mis dedos entre los suyos y se los llevó a los labios, comenzó a besarlos y acariciarlos.

—Juro que he cambiado. No soy aquella chica —balbuceé.

—Sé que esto no es tu culpa —respondió él, apretando aún más mi mano contra sus labios, frunciendo el ceño con expresión de dolor—. Sé que no es tu culpa —repitió.

Ambos temblábamos y así, abrazados, nos encontraron mis amigos y la policía.

&

La luz hería mis ojos a través de los párpados. Intenté abrirlos, pero conseguí abrir solo uno, por alguna razón que no recordaba, el otro quedó cerrado. Me dolía todo, como si me hubiera caído de una moto a doscientos kilómetros por hora y rebotado en el asfalto. Instintivamente me llevé la mano al rostro, lo tenía hinchado.

—Tardará unos días en regresar a la normalidad —me informó una suave voz masculina.

Intenté hablar, pero las palabras no salieron.

—No te fuerces, llevas dormida dos días.

Miré en la dirección desde donde venía la voz, y unos suaves ojos verde-miel me miraron preocupados.

—Eric —Intenté sonreír, pero mi mandíbula dolía.

—Erian me contactó... el guapo príncipe de la puerta de al lado. —Mi amigo me guiñó un ojo queriendo parecer divertido, pero su expresión de lástima me apuñaló.

Eric era el dueño del departamento donde me había estado quedando, mientras él viajaba y hacía su vida en otro lugar. Desde niño había tenido un espíritu libre y aventurero, por lo que su sueño había sido siempre viajar y conocer el mundo. Una temprana declaración de homosexualidad ante padres homofóbicos apresuró su independencia y rápida salida del hogar paterno. Lanzado a la vida, conoció a su primer amor, quien, para su suerte, era piloto de aerolíneas comerciales. Hizo realidad su sueño, aprendió diferentes idiomas y, finalmente, años después, logró estabilidad económica en una agencia de viajes y turismo dentro del país. Como prefería los climas cálidos, se instaló en una casa lujosa en una ciudad balneario, lo cual me permitía vivir en el departamento que le pertenecía, sin molestarlo.

Eric y yo habíamos sido amigos desde niños. Luego de cada viaje, volvía con un regalo para mí. Decía que yo era la familia que tenía y necesitaba, que éramos almas gemelas (que probablemente habíamos sido madre e hija en una vida pasada o algo así), y yo llegué a creerlo, ya que, gracias a él ahora tenía una vida y había podido dejar atrás mi cuestionable pasado y malas decisiones.

—De haber sabido que vivía un tipo así al lado, me hubiera venido a vivir contigo hace rato —siguió bromeando.

Sonreí y me ardió la cara.

—Perdón —Rio divertido ante mi mueca de dolor—. No te esfuerces. Oye, hay gente que quiere verte afuera...

Me imaginé quienes eran, pero no iba a soportar las caras de sufrimiento y lástima que iban a poner mis amigos, así que negué con la cabeza.

—¿No los quieres ver?

Negué, nuevamente.

—Ya veo. Oye, no conozco la historia de la fuente directa, o sea tú, pero creo que armé una, bastante coherente. Escucha: saliste con tu amigo, se emborracharon, de hecho, a él lo drogaron. Por lo que me dijo, despertó horas más tarde cerca de la estación del tren, semidesnudo... una pena que yo no lo encontrara, así, llegamos a ti dejando entrar a tu casa a un chico que creíste era tu amigo. Luego el tipo se pasó de listo, pero tienes un príncipe en la puerta de al lado que llamó a la policía mientras tú le pateabas el culo al suplantador. ¿Voy bien?

No fui capaz de moverme.

—Bien, entonces... si el único malvado aquí fue la bestia sin pelotas, buenas patadas, cariño,...—acotó dándome unas palmaditas en el brazo y continuó— ¿Por qué no quieres ver a los que se preocupan por ti? No tienes nada de qué avergonzarte, no fue tu culpa.

Ante mi silencio, continuó:

—Sigues con la misma carga desde hace cinco años. Cometiste errores, pero tienes que perdonarte. No te sigas culpando o disculpando por cada cosa mala que pasa a tu alrededor. No es tu responsabilidad —recalcó eso último.

—N` ehtoy tan hegura... (no estoy tan segura) —intenté hablar, pero apenas podía abrir la boca, tenía el paladar seco y la mandíbula me dolió de manera infernal. Contuve un sollozo. ¿No había sido mi culpa emborracharme a tal punto que llevé un desconocido a mi casa?

—Eres alguien nuevo, alguien maravillosa. Atraes gente buena... afuera hay al menos tres personas que quieren saber de ti. Debe ser por algo, ¿no?

Sonreía mientras me secaba las lágrimas que corrían, gruesas y calientes, por mis sienes. Hice un puchero, no podía evitar volver a ser niña cuando Eric aparecía. Era mi madre, mi padre, mi hermano mayor, mi mejor amigo.

“Dile a Daniel que no es su culpa”, intenté decir, pero solo escupí las palabras desarticuladas; vacilé un momento y agregué, sabiendo que mi amigo podría entender mis balbuceos:

—Y dile al profesor Aibreán que me discul... —Pero mis lágrimas arreciaron, y no pude terminar.

—Vivianne... —Suspiró paciente—. Creo que a él no le debes una disculpa, sino un “gracias”.

Mis lágrimas aumentaron, Eric sonrió.

—¿Sabes?, tuve un novio oriental una vez. Ya sabes cómo son ahí: sabios y profundos. —Esbozó una sonrisa pícara, recordando qué tan sabio y profundo había sido aquel novio—. En fin, él me dijo una vez que, a veces, un simple “gracias” puede ser más valioso y encerrar más significado que un “te amo”. —Me guiñó un ojo.

CAPÍTULO 6

Finales de Junio

Una semana después, estaba completamente recuperada de mis heridas externas, excepto por una cicatriz aún abierta en mi labio superior, cerca de la comisura izquierda, que, según el doctor, con el tiempo se tornaría tan pálida, que apenas la notaría. Así, con Eric cuidándome, recuperé mis fuerzas y volvimos a casa. Allá me esperaban Jo, Esteban y el pobre Daniel, que estaba todo pálido (más de lo acostumbrado).

—¡Luces genial!... La gelatina del hospital hizo milagros por ti —chilló Jo, apenas me vio entrar.

—No te recomiendo esta dieta... —acoté un poco sombría, mientras me dejaba abrazar.

—Estoy seguro de que te hiciste la cirugía: nariz, mentón y arrugas, ¿no? —Esteban insistía en buscar las cicatrices de mi rinoplastia, mientras me daba la bienvenida.

—Solo algo de botox —respondí, y me toqué los pómulos. Soltó una de sus agradables y contagiosas carcajadas.

—¿Estás bien? —preguntó Daniel, tímido.

—Mejor que tú. Ya deberías cambiar la cara. Recibiste mi mensaje, ¿no? —El chico asintió, bajando la mirada—. Hombre, ¿es que acaso no fuiste víctima también? Creo que si algo de culpa tenías, ya la purgaste al dar un espectáculo tirado, semidesnudo, en el horario punta de la mañana, ¿no fue así? —Jamás había visto a Daniel perder la compostura, pero en ese momento hasta sus orejas estaba rojas.

—¡Te trajimos mucha comida... y dulces! —gritó Jo entusiasta—. ¡Nada de jaleas!

Estábamos todos riendo, ya acomodados, cuando sonó un timbre. Salté de la impresión... no recordaba tener timbre.

—Es tu nueva puerta —informó Eric—. Tiene timbre y cerradura eléctrica. La cambié después que cierto superman la echó abajo para luchar por la justicia.

El comentario hizo reír a todos menos a mí. Mi amigo abrió la mejorada puerta, presionando un botón en una especie de comunicador que ahora ocupaba el lugar de mi colgador de llaves, junto a la entrada.

—Hola, muñequita —saludó Eric, y dio espacio a un arreglo de flores y frutas que venía entrando. Vi pasar las flores y la canasta, hasta llegar a la mesa, donde las depositó Luian, que apareció tras el arreglo.

—Hey. —Supuse que el saludo era para mí—. Este es un regalo de parte de Erian y mío. —La hadita hizo un mohín con su pequeña nariz.

—¿Y el profesor? —Jo preguntó lo que yo no me atreví.

—Está ocupado, con todas las cosas de la universidad y fin de semestre, ustedes saben... pero dijo que más tarde se daba una vuelta por acá.

—Perfecto —expresó Jo complacida, ganándose la mirada de rivalidad de Luain.

&

Erian cumplió su palabra. Cuando tocó el timbre, la mayoría de mis visitantes ya se había marchado, menos Jo y Luain, que se mantenían firmes en sus puestos de batalla, mientras Eric servía café, así que fui yo quien se levantó a abrir la puerta.

Creí estar preparada para todo, pero cuando abrí, me asomé y vi a Erian vestido informal: ropa, cabello, expresión...

—Hola —saludó con una sonrisa.

El sentimiento que me provocó el verlo, me sobrepasó. Por un instante tuve el irracional impulso de refugiarme en su abrazo, de hundir mi cara en su cuello, sentir el aroma de su piel. Respiré agitada, repetidas veces sin poder controlarme, mis mejillas ardían. Luego, recordé las circunstancias en que nos habíamos visto por última vez y no pude mirarlo a la cara.

—¿Prefieres que me vaya? —preguntó casi en un susurro, devolviéndome a la realidad.

—N... no. —Me abracé a mí misma para tranquilizarme. Funcionó, sin embargo, ya no podía mirarlo—. Pro... profesor... yo... tengo... tenía que... tengo que decirle...

—¿Qué es tan importante para que lo tengas afuera en el frío, eh? —gritó Luain desde adentro.

—¡Lo... lo siento! —grité a mi vez— Pa... pase, por favor —lo invité, sin mirarlo, y le cedí el paso. Hizo ademán de entrar, pero cuando parecía a punto de hacerlo, sujetó la puerta con una mano y con la otra tocó mi espalda un poco más abajo de mi cuello, empujándome suavemente, haciéndome entrar primero, pero antes de retirar la mano, sus dedos recorrieron mi columna desde el cuello hasta mi cintura en una suave y fugaz caricia. Casi me descompensé.

—¿Café? —ofreció Eric, muy oportuno, levantando la cafetera nueva que estaba estrenando, en dirección a Erian. Él asintió—. Viv, ¿cómo lo prefiere el profesor? Debes saber cómo le gusta, ¿no?

Mi pícaro amigo sonrió dulcemente, pero yo lo conocía bien, era obvio el doble sentido. Luain me miró con desprecio y Jo, a su vez, miró a Luain con una sonrisa triunfante.

—Erian prefiere su café negro —aseguró Luain, dándose por satisfecha.

Guardé silencio y miré a mi profesor, quien se había quitado la

chaqueta y la estaba colgando en un perchero nuevo que, al parecer, también era parte de la remodelación.

—Negro servirá, gracias Eric —El profesor sonrió.

Para el agotamiento de mi maltrecho corazón, decidió sentarse junto a mí en el sofá recién adquirido por Eric, quien se había dado el gusto de llenar todos los espacios durante mi estadía en el hospital, Luain me miró e hizo un puchero.

—¿Qui... quieres sentarte aquí? —ofrecí, haciendo ademán de moverme de donde estaba, pero fui interrumpida por Eric, quien preguntó, más fuerte de lo necesario, si se nos apetecía algo de comer.

—Luain, compórtate —fue la orden de mi jefe, ante la actitud de la muchacha.

—Puedo preparar algo de comer... —ofrecí.

—No es necesario... tómate las cosas con calma —me tranquilizó Eric—. Sonreí. Se sentó junto a mí, también, del otro lado del sofá y me palmeó cariñosamente la cabeza. Lucía bien, se notaba que había encontrado su propia felicidad. Se veía guapo con su piel morena, su dulce sonrisa que dejaba a la vista sus dientes blancos y perfectos, su cabello castaño claro y sus ojos verde-miel. Su cuerpo delgado y musculoso denotaba vitalidad.

La conversación fue relajada. Todos evitaron, delicadamente, el asunto que nos había llevado a reunirnos. Por un momento, miré a mi alrededor; me vi rodeada de amigos que se preocupaban por mí, incluidos Erian y su hermosa compañera. Creí que la tormenta había pasado.

—¿Cuál es la relación que ustedes tienen? —fue la repentina pregunta de Luain, que interesada, nos observaba a Eric y a mí.

—Somos familia y punto. —Sonrió.

Aquella promesa la habíamos realizado cuando Eric, hecho un mar de lágrimas el día que decidió irse de su casa, me aseguró que nosotros seríamos capaces de ser una familia, que, si nos llegábamos a sentir solos, formaríamos nuestro propio hogar. Seríamos hermanos, padre e hija o lo que hiciera falta. Aquella promesa me había salvado la vida la última vez que llegué a un hospital. Eric había estado ahí, sujetando mi mano mientras me recuperaba de una casi mortal intoxicación alcohólica, y no me había abandonado ni en los peores momentos de mi rehabilitación.

—¿Cuál es tu relación con Erian? —preguntó Eric, a quemarropa, sacándome de mis recuerdos.

Jo no disimuló y escupió el café descaradamente, Luain hizo un gesto encantador.

—¿Estás interesado en Erian? —contraatacó. Miró a Eric como si lo estuviera midiendo—. No te lo daré —respondió, mostrándole la lengua.

—Compórtate —ordenó el profesor una vez más y, solo entonces, noté que la autoridad con la que le hablaba no era la de una pareja; más bien, parecía su padre.

—¿Es que no se los habías dicho, Luain? Somos hermanos —informó, con la mirada puesta en Eric.

La voz suave y educada de Erian me sobresaltó. Volteé a mirarlo. Parecía cómodo y relajado, con las piernas elegantemente cruzadas, una mano sosteniendo su taza de café y la otra descansando en el respaldo del sofá, pero su mandíbula estaba tensa y su mirada clavada en Luain.

—Ellos no me preguntaron —alegó ella en su defensa y luego, encogiéndose de hombros, nos sonrió candorosamente.

—Todo este tiempo creímos que ustedes eran novios —dijo Jo, con una sonrisa imborrable.

—Alguien debe proteger a Erian de sí mismo. Tiene pésimo gusto con las mujeres —dijo Luain, en tono ofendido, acomodando su primorosa falda de encajes.

Se ganó otra mirada de advertencia de su hermano, que se movió para depositar la taza de café sobre la mesa en un movimiento natural con la mano derecha, mientras con la otra, que quitó del respaldo del sofá, rozó casualmente mi espalda. El movimiento pasó inadvertido para todos los presentes, menos para mí; hizo que mi corazón se derritiera y fuera a parar a mi estómago. Ese hombre estaba acabando con mi sistema nervioso. En ese mismo momento, sonó mi nuevo timbre. Todos miramos en dirección a la puerta, “¿quién más podría ser?”. Todos lo que conocía y quería ya estaban conmigo.

—Esa debe ser mi sorpresa para ti, Vivianne... —gritó Jo, mientras se dirigía rauda y entusiasmada hacia la puerta. Eric y yo la imitamos.

—¿Quién es? —pregunté temerosa, nunca me habían gustado las sorpresas.

—Llamé a tus padres... para que te vinieran a ver —me dijo encantada, con una amplia sonrisa.

Me puse de pie violentamente. Olvidé todo y comencé a temblar,

mis manos se helaron y mi rostro debió cambiar tan drásticamente que Erian y Luain se miraron y se levantaron en el acto. Comencé a retroceder y a alejarme de la puerta, no pude ocultar mi desesperación. Me volví hacia Eric quien, también en pie, tenía el ceño fruncido, profundamente preocupado.

—Eric... —gemí, con un hilo de voz.

Se adelantó un paso y puso su brazo alrededor de mis hombros.

—Estoy aquí. Nada va a pasar.

Intenté mantener la calma, pero cuando la voz de mi padrastro se dejó oír con un: “Buenas noches”, mi cuerpo no pudo evitar los temblores de terror. Pero pensé en mis amigos, así que, por su bien y el mío, respiré hondo. Cuando me volteé, mi expresión parecía serena, lo que tranquilizó a las muchachas, pero no a los hombres.

—Buenas noches, señor —saludé, mirando de frente a la figura que se había encargado de hacer mi estancia en la casa de mi madre un infierno de insultos cada día, hasta que no soporté más y escapé.

—Vinimos a ver qué pasó —explicó mi madre, que apareció detrás de él.

Mi madre, una mujer pequeña, delgada y morena, fumaba como loca. Tenía una tristeza constante en los ojos y amargura en los labios, reflejada también en su voz.

—Pasen, por favor —invité.

Era el momento que tanto había temido desde mi salida de la clínica. Era el momento de enfrentar mis fantasmas. Tomé aire y me volví hacia Eric, que parecía tener un ataque de ansiedad.

—¿Podrías acompañar a mis vecinos y a Jo hasta sus casas, por favor?

Mi amigo movió sutilmente la cabeza, negando.

Mi expresión fue suplicante.

Eric maldijo por lo bajo.

—Está bien, vamos chicos. Jo, es tarde para que andes sola y para que Luain esté despierta. ¿No tenía unos exámenes que revisar Erian?

Las miradas de todos me interrogaban, confusas, cada una a su modo. Jo, con los ojos abiertos desmesuradamente, Luain sorprendentemente quieta y tensa, Erian me clavó la vista insistentemente, pero solo pude mantener los ojos apartados. La sonrisa con la que intenté acompañar mi expresión era tan forzada, que mi farsa no lo convenció y continuó pidiendo

explicaciones con miradas furtivas, hasta que cerré la puerta tras él.
Me preparé para la noche más dura de mi vida.

CAPÍTULO 7

Invierno

Cuando todos se habían retirado, un denso silencio se apoderó de la habitación.

—¿Qué ocurrió? —El tono de mi madre no denotaba preocupación, sino acusación. Me quedé callada y se adelantó unos pasos hacia mí, fingí no verla.

—Nada importante —mentí.

—¿Y por nada importante nos enviaste a buscar?

—Yo no envié a nadie... —dejé las palabras en el aire. No tenía sentido explicarles. De nuevo el silencio reinó.

—Sarita... —intentó mi madre de nuevo, en un tono más conciliador. Aquel nombre me apuñaló el alma, pero guardé silencio. No comprenderían que Sara ya no existía.

—¿Qué te pasa que no me hablas? —se enfadó—. ¿Es que no he sido buena madre? No nos puedes culpar. —Siempre adoptaba esa postura defensiva, aun cuando no la acusara de nada—, es decir, tu padre jamás te ha tocado un pelo. —insistía en que llamara padre a su pareja, cosa que nunca consiguió—. Fuiste tú la que huyó de nosotros... ¿Por qué te haces la ofendida ahora, hija? ¡No entiendo! Te perdono que fueras rebelde, que tiraras tu vida a la basura... —Su voz había adquirido ese tono chillón, que tanto me molestaba.

—Estoy bien ahora, mamá.

—No pierdas el tiempo —intervino mi padrastro—. ¿No ves que ahora vive entre lujos? Somos muy poca cosa para ella, que está en una universidad... —finalizó con enfado.

No esperaba que estuvieran felices por mí, pero fue inesperado darme cuenta de que mi éxito les dolía.

—Sara... —habló mi madre nuevamente—. Dime qué pasó.

—Nada grave, mamá —Sonreí a la confundida mujer que tenía ante mí, que se debatía entre compartir la rabia de su hombre, o ceder al instinto maternal.

—Que no te engañe, se hace la víctima —escupió mi padrastro—. Oh, sí, pobrecita ella... un tipo malo intentó hacerle algo, ¿no...? ¿Te emborrachaste? ¿Lo trajiste aquí y después te arrepentiste? ¡Fue tu culpa! ¡¿Qué más iba a hacer el miserable, si te le ofreciste en bandeja?!

Estaba claro que Jo los había informado, obviamente, con buenas

intenciones, pero el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones.

—Borracha, drogadicta mal agradecida... ¡Siempre serás mierda! —gritó, luego se dirigió a mi madre—. Te dije que no viniéramos. —Me miró—. Esta basura sigue siendo la misma puta drogadicta de antes. Debiste haber hecho algo bueno en tu maldita vida y morirte.

—¿Qué pasó? ¿Eh? ¿Te golpearon? ¿Te violaron? ¿O solo te volviste a drogar? —gritó mi madre fuera de sí, envalentonada por los años de amargura y los insultos de su esposo.

—¿Qué importa? ¿No ves el lujo en que vive? Ese marica asqueroso y esta drogadicta de mierda... ¿Cómo crees que se ganan el dinero? —insinuó el hombre, despectivo.

—Por favor, no hablen mal de Eric —hablé bajo. Soportaría lo que viniera en mi contra, pero con Eric era otra cosa. Aun así, el miedo inculcado por años de maltrato físico y psicológico no era fácil de superar.

Cuando venían estas oleadas de odio transformado en palabras me sentía tan indefensa como cuando tenía ocho años, época en que la que papá dejó de golpearme, pues murió de una intoxicación por alcohol. La vida tiene un macabro sentido del humor.

—¿Qué? ¿Vas a defender al maricón? Pero claro, si siempre te ha importado más la escoria que tu propia familia. Intenté ser una buena madre para ti, pero siempre has hecho lo que has querido, eres una callejera, inútil.

Yo seguía con la cabeza baja, sabía que nada de lo que dijera traspasaría la armadura de la imagen que se habían formado respecto a mí. Era cierto que, de adolescente, había cometido errores graves y ahora estaba pagando las consecuencias de aquellas malas decisiones. Era el blanco de toda su frustración, les había dado motivos suficientes como para que se descargaran conmigo, y lo hacían cada vez que podían. Ninguno de mis actuales logros les haría reflexionar acerca de mi nueva vida, debido a que les quitaría lo único que les hacía sentir mejor a ellos mismos: pensar que yo tenía la culpa de todo. Pero no había problema, podía cargar con eso ahora.

—¿Te quedas callada? ¿Nos das la razón? —gritaba mi madre, mientras se acercaba a mí, amenazante—. ¿Cómo conseguiste este departamento, ah?... ¡Responde! ¿Te prostituyes, o es que te conseguiste algún tipo mayor para que te mantenga?

—A lo mejor era ese tipo que estaba aquí —insinuó mi padrastro,

haciendo referencia a Erian. Reaccioné de inmediato, mirándolos desafiante.

—Él es mi vecino y mi profesor —lo defendí, mi respiración se aceleró.

—¿Por qué lo defiendes? ¡Dime la verdad! —gritó mi madre, histérica—. ¿Eres su puta? ¿Te da dinero para que te revuelques con él?

—Mamá... no grites... estas paredes son...

Me había paralizado de terror frente a la idea de que Erian pudiera escuchar. Luego recordé que, probablemente, había ido a dejar a Luain donde se estuviera quedando, lo que me alivió en algo la carga de la discusión.

—¿Te atreves a defenderlo? ¡Puta mal agradecida!

Mi madre me golpeó tan duro como le fue posible, me dejó la cara ardiendo. Pude notar que sus fuerzas habían disminuido con los años... o quizás me había hecho más fuerte; aun así, mi oído comenzó a zumbar dolorosamente.

—Si ya dijeron todo lo que querían... pueden irse. Y no se molesten en volver —ordené. Mi voz sonó áspera y algo pastosa, pues tenía la garganta seca. Percibí un sabor salado. No supe si mi madre me había roto la boca con el golpe o yo misma me había mordido por el estrés, pero estaba tragando sangre.

—¿La escuchas? —se burló mi padrastro—. ¡Esta puta de mierda nos está echando!

—Nos vamos —dijo mi encolerizada madre—. Lo único que queríamos decirte, es que no vuelvas a recurrir a nosotros. De ahora en adelante, estás muerta. Eres una desgracia... una vergüenza... tú y todos los que te rodean. Háganles un favor a todos y muéranse. ¡La gente trabajadora y esforzada no necesita basura como ustedes en el mundo!

Mi madre salió primero y mi padrastro la siguió. Cerró de un portazo tan fuerte, que hizo temblar todo dentro del departamento.

Habían sido los minutos más intensos de mi vida, estaba hecha polvo. Había resistido bien, no les había gritado de vuelta como lo hubiera hecho antes, no había llorado como lo hacía cuando niña, y no sentía odio hacia ellos. Pero la tristeza que me inundaba era tanta, tan dolorosa y profunda, que creí que me iba a tragar, como una tormenta en el océano.

Me desplomé de rodillas sobre el piso y las lágrimas comenzaron a fluir sin que pudiera detenerlas. Mi cuerpo se sacudía, convulsivo, y no podía controlarlo, mientras gemía como un perro agonizando.

La puerta se abrió y mi reacción inmediata fue ponerme de pie, dispuesta a defenderme de quién fuera. Esta vez no iba a ser dócil. Busqué protección detrás del mesón.

Entró Erian. Nos miramos fijo por un segundo. Sus ojos celestes me observaban, contrariados.

—Escuchaste... —balbuceé, aunque sabía que la pregunta estaba de más.

Claro que lo había oído todo. La vergüenza me desesperó y me cubrí la cara con ambas manos, mientras gemía una y otra vez.

—¡No, no, no! —negué con desesperación, intentando alejarme. Le di la espalda. ¿Qué podía ser más humillante que exponer lo peor de mí, mis más oscuros y vergonzosos secretos, a la persona que menos debía enterarse en el mundo?

—Mírame —ordenó de pronto.

—¡No! —grité desde detrás del mesón de la cocina, que había convertido en mi trinchera.

—Mírame, por favor. —El tono autoritario había sido reemplazado por uno suave y tranquilizador, lo que me tentó a dejarme llevar por su voz—. Anne, mírame —pidió de nuevo y me volteé sin pensarlo.

—Ya está. Ya conoces lo peor de mí. Ahora vete —le dije con una rabia nacida desde la vergüenza.

—¿Qué te han hecho? —En su rostro se veía un dejo de ira y preocupación—. Anne, ¿qué te han hecho? —repitió, mientras acercaba su mano a la mejilla que mi madre había golpeado.

—No te acerques. Déjame sola —supliqué. Ya había sido suficientemente humillada.

—No me voy a ninguna parte. No te voy a dejar sola en este momento —respondió, testarudo.

—No te necesito. ¡Quiero estar sola! —grité esta vez—. Si no te vas tú, me largo yo —amenacé dirigiéndome a la puerta, pero su metro ochenta y cinco me bloqueó el paso.

—No necesitas huir. Estás a salvo aquí —dijo con una tranquilidad impresionante.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté, retrocediendo ante su altura—. ¿Acaso no comprendes que todo lo que oíste es cierto? Fui drogadicta y me prostituí por eso. Mi madre me odia y no la culpo...

No permitió que continuara, me arrastró hacia él, apretándome con tanta fuerza que me dolieron las costillas. Luché para liberarme, pero fue en vano, Erian era impensadamente fuerte. Me sentía sucia frente a él, ahora que ya sabía lo bajo que había caído; sentí vergüenza y asco de mi pasado.

—¡No quiero tu lástima! —grité, aún intentando escapar de sus brazos.

—No es lástima. No es desprecio. Solo quiero estar aquí, contigo.

—Déjame ir...

Mis súplicas se convirtieron en llanto.

—No tienes que huir. Tu pasado es solo tuyo y nadie tiene derecho a juzgarte por él.

Dejé de luchar por liberarme de su abrazo.

—No quiero que sufras pensando que yo, o cualquiera cerca de ti, te despreciará por lo que viviste. —Buscó mi rostro escondido en su pecho—. Deja que Sara descansa en paz —susurró—. A quien quiero consolar ahora, es a la adorable Anne.

Mis sollozos se convirtieron en un llanto desgarrador. Lo abracé fuerte, dejando que su calor me envolviera. Lloré hasta que me sentí lo suficientemente deshidratada como para separarme un poco. Él cedió para darme espacio, pero no me soltó.

—¿Qué necesitas? —preguntó con cautela.

—Agua...

Con calma, me tomó de la mano y me condujo hasta el refrigerador, sacando una botella helada; la abrió y me la acercó con cuidado a la boca, como si fuera una niña pequeña. La bebí casi toda. Mojó un paño de cocina e hizo que me recostara en el sofá, puso la compresa fría en mi cara lastimada. Comencé a sentirme mejor.

—Estoy dispuesto a escuchar, si quieres hablar de lo que sea, cuando sea. No voy a escapar. Y no voy a dejar que escapes —aseguró, estrujando mi mano.

—Suenas como un acosador —respondí con voz nasal, había llorado mucho.

—Bien, ya comenzaste a bromear. Es un avance. —Besó mis dedos y sus labios acusaron una sonrisa.

Eric llegó unos minutos más tarde. Me encontró, aún descansando en el sillón con el paño sobre la cara, y a Erian sentado en el piso,

sosteniendo mi mano como si se le fuera la vida en ello.

Como estaba hecha un desastre, decidí que una ducha caliente me relajaría los músculos, así que los dejé para prepararme mentalmente. Al terminar, me vestí con ropa cómoda y salí a verlos.

—Hay una historia que quiero que escuches, Erian.

&

Mi padre no quería a mi madre. Fue obligado a casarse con ella por haber quedado embarazada. Era alcohólico y tenía mala borrachera, por lo que la más mínima excusa bastaba para que dejara escapar toda su ira, descargándola contra su esposa no deseada. Así que, desde que estuve en el útero materno, fui maldecida por mis progenitores. Mi niñez no fue diferente. Ambas, mi madre y yo, vivimos aterradas por el comportamiento de mi padre cuando estaba ebrio, hasta que un día fue hallado muerto por intoxicación alcohólica.

Esa fue la siguiente fase de mi niñez. Mi madre comenzó a trabajar, mientras yo pasaba mis días entre el colegio, donde increíblemente obtenía excelentes calificaciones, y las calles. Mi grupo del barrio se encargó de enseñarme un par de cosas sobre licor, cigarrillos y marihuana. No eran malos amigos, solo estaban tan abandonados y descuidados como yo. Me protegían a su manera.

Las cosas se pusieron pesadas en mi pre adolescencia, cuando mi madre trajo a vivir con nosotras a mi padrastro. Se sentía sola, la vida la había desgastado, la había secado por dentro, y ese hombre era un respiro para ella, al menos no la golpeaba, pero se encargaba de sacarnos en cara cada moneda que traía a casa por considerarnos “inútiles”. Me restregaba que estuviera en la calle, me trataba de vaga y drogadicta, mi madre lo secundaba en sus acusaciones. Habían encontrado un punto en común: su desprecio por mi existencia, dio sentido a la suya.

Fue entonces cuando encontré el consuelo que ofrecían ciertas sustancias. Dejé de ir a la escuela y, en su lugar, me encontraba en las calles, probando lo que fuera que me ayudara a olvidar mi propia existencia. Tuve sexo a cambio de drogas. No recuerdo quién fue el primer hombre en mi inicio sexual, porque estaba demasiado ida como para recordarlo. Tampoco sé cómo fue.

Cuando Eric se fue de su casa toqué fondo y, aunque prometió volver por mí, me perdí en el camino. Un año más tarde, cuando volvió, me encontró moribunda en la cama de un hospital, olvidada por todos. En una fiesta de bar, había mezclado demasiadas sustancias y mis compañeros de juerga me dejaron tirada en la calle, dándome por muerta. No supe cómo llegué al hospital, pero fue Eric quien tuvo compasión y acudió a rescatar lo que quedaba de mí.

Habría acabado en la cárcel o en un cementerio, de no haber sido por mi amigo. Gracias a él pude salir de ese infierno, rehabilitarme, encontrar motivos para vivir. Así, terminé el colegio. Encontré un trabajo de mesera y postulé a una beca para entrar a la universidad. Cambié mi nombre, incluso, tomé su apellido. Él me dio la seguridad de pertenecer a una familia y eso fue todo lo que necesité para empezar de nuevo.

Aquel fue el comienzo de una nueva vida, en la cual no había cabida para mis padres y su desprecio.

CAPÍTULO 8

Julio

El domingo que siguió a mi revelación, Eric me consintió el día entero, sin preguntar nada. Jo llamó para disculparse por haber cometido el error de contactarse con mis padres y juró que me compensaría con un tour por los castillos europeos cuando fuera millonaria. Nos quedamos charlando sobre esos planes por un buen rato, hasta que se sintió mejor, o menos culpable.

El lunes, la rutina me calmó. Tenía que dar mis exámenes de fin de semestre, aprobarlos y terminar mi ayudantía, de la que solo quedaban un par de semanas.

Pero había pecado de inocente. De alguna forma, la universidad completa se había enterado de lo que me había sucedido, por lo que las miradas raras y los comentarios en voz baja aparecían tan pronto me asomaba a la esquina. No quería contestar preguntas, así que me las arreglé para parecer lo suficientemente ocupada, hasta que llegara la hora de mi trabajo. Rogaba para que Erian estuviera en una reunión, mientras subía las escaleras hasta la oficina. Tuve suerte, había dejado una nota donde indicaba mis deberes para esa tarde; para mi desaliento, eran bastantes, lo que me impediría llegar temprano a casa y estar un poco más con Eric antes de que llegara nuestra despedida, pues sabía que él había dejado mucho para cuidar de mí otra vez, y ya no podía retenerlo más.

Así, fue que me dieron las siete de la tarde en la oficina del dictador trabajólico más grande que había pisado esa universidad, revisando los exámenes escritos con los cuales había torturado a los novatos. Entonces sonó mi teléfono, era Eric.

—Hola —respondí animada y agradecida de la distracción.

—¿Aún trabajas?

—Sí, me quedan unos cuantos exámenes más y termino —dije mirando las cinco últimas pruebas que me esperaban.

—Bien, ¿te gustaría que te fuera a buscar y saliéramos por ahí a buscar un lugar de comida deliciosa? ¿O prefieres que compre algo y nos quedamos en casa? —ofreció, animado.

—En realidad, no me importa lo que hagamos, mientras estemos juntos. Eso para mí es suficiente.

—¡Esa es mi pequeña! —Rio del otro lado—. Cuando termines, me avisas y te llamo de vuelta.

—Sí, nos vemos. —Suspiré mirando el teléfono y pensando en los planes que habíamos hecho juntos durante el día anterior. Quedaba poco para separarnos. Sabía que cuando Eric se marchara, perdería parte de mi fuerza... pero él no debía enterarse o no se apartaría de mí, y eso podía costarle su relación con Alex, su esposo, con quien compartía un hogar hacía cinco años. Yo sabía que Eric estaba enamorado y no quería perjudicar su felicidad por mis caprichos de niña. Nadie más que Eric merecía ser feliz, y yo protegería esa felicidad todo lo que pudiera.

—¿Qué te ocurre? —dijo una voz familiar que me hizo pegar un brinco y ponerme de pie al instante.

—Eri... Profe... ¡Profesor! —articulé por fin—. ¿Ha... hace cuánto está ahí? No lo oí llegar, ¿qué tal estuvo esa reunión?

Me había puesto nerviosa, comencé a andar de aquí para allá, ordenando todo. Recordé lo vivido el fin de semana anterior y la forma en que cuidó de mí. Volví a conmoverme, me puse tan neurótica que no supe cómo actuar.

—¿Quiere algo de beber? —pregunté, en tanto recogía la chaqueta que había tirado sobre el sofá; la sacudí, la puse en un colgador y este, en el perchero. Luego caminé hacia la cafetera y me puse a preparar su café—. ¿Tiene hambre? Si está cansado, puede tirarse un poco en el sillón y...

Me percaté de que me observaba, riendo en silencio para no interrumpirme. Cuando lo miré, me hizo un gesto con la mano.

—Continúa, continúa... luego me dirás que nuestro niño está durmiendo, que trajo excelentes calificaciones del colegio y que necesitamos cambiar la lavadora por una que tenga secadora... ¿no? —Sonrió, levantando una ceja.

Me quedé estupefacta. Se estaba burlando de mí con dulzura. Por un instante, la situación me avergonzó y estuve a punto de disculparme, hasta que recordé la reflexión de Eric sobre que agradecer es también amar. Erian notó mi cambio de expresión.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Gracias, profesor —dije finalmente en voz alta y mirándolo fijo, como nunca me había atrevido. Sabía que mi rostro había comenzado a enrojecer, pero no me importó, era lo que debía hacer.

Su expresión fue divertida, estaba confundido.

—¿Y ahora, por qué?

—Por no escapar ni juzgarme, aun conociendo la parte más oscura de mi vida... —Quiso decir algo, pero no dejé que me interrumpiera—. Agradezco su valen...

No pude terminar de hablar, sus brazos me rodearon apretándome tan fuerte, que me sacaron el aire de los pulmones. Me arrastró hacia él y fui a dar contra su pecho. No dijo nada, solo me abrazó. Nos quedamos así unos minutos.

Se había sentado en su escritorio para quedar un poco más a mi altura, yo había quedado pegada a él, pues acomodó su cuerpo al mío para dejarme espacio en el hueco de sus brazos.

Realmente no entendía qué podía estar sintiendo él, pero su calidez, su aroma y su respiración cerca de mi oído, me habían acelerado el pulso. Mi corazón amenazaba con dejar de latir de un momento a otro.

—Anne... —susurró en mi oído. Comenzó a acariciarme el pelo y la mejilla con los labios—. Anne... —repitió con algo de ansiedad.

—¿Sí? —Yo estaba casi sin aliento.

Pero la respuesta no llegó, en lugar de ella, sus manos levantaron mi cara y su boca buscó la mía con un dejo de desesperación. Sentí el calor de sus labios, que presionaban y acariciaban los míos. Su beso comenzó delicado, sutil, como si ese momento fuera un sueño del que despertaría al hacer un movimiento brusco, pero pronto, el calor entre nosotros aumentó y la punta de su lengua me supo dulce, haciéndome temblar. Me atreví a abrazarlo y atraerlo más a mí, profundizando el beso. Nuestros cuerpos estaban cada vez más cerca, más juntos. Estuvimos así lo que pareció una hermosa eternidad, hasta que, un golpe en la puerta nos sacó de ella.

Nos congelamos, me separé de él. Su expresión me desconcertó. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, me miraba con espanto, como si hubiese descubierto algo terrible. Volvieron a golpear la puerta. Me dirigí a abrir, escapando de su intensa expresión.

El manager de limpieza nos informó que era hora de dejar el edificio. Agradecí la información y mientras iba por mi mochila para marcharme, oí un violento portazo. Giré a mirar; estaba sola. Me pregunté qué lo habría asustado tanto.

—Me encantó pasar tiempo contigo, cariño —se despidió mi amigo. Lo había ido a dejar al aeropuerto, en una perfecta despedida trágica.

—¿Bromeas? Me salvaste otra vez. —Me reí.

—Esta vez no fui yo. —Sonrió de manera traviesa, guiñándome el ojo. Guardé silencio. Eric notó mi estado melancólico—. ¿Tienes miedo de creer que él pueda sentir algo por ti? —Su sexto sentido no dejaba de sorprenderme—. ¿O tienes miedo de admitir que estás enamorada? ¿Es que... crees no merecer que él te quiera?

—Sí.

—¿Sí a cuál?

—A todas.

—No seas idiota, eres perfecta tal como eres... y estoy seguro de que él lo sabe. Si ambos se enamoran, ¿qué es lo peor que podría pasar?

Sonreí ante la simplicidad con que Eric planteaba las cosas.

—Ya no soy una niña perdida. Me doy cuenta de que algunas cosas son un poco más complicadas de lo que parecen.

—Vivianne... el miedo y el dolor son parte de enamorarse. No puedes tener amor verdadero sin los otros dos. Es simple, lo complicado es aceptarlos a los tres. —Me abrazó fuerte, una última vez—. Llamaré a Alex... me quedaré un poco más contigo, ¿te parece?

—¡No! —negué con vehemencia—. Estaré bien —prometí, sonriendo.

Eric guardó silencio, sabía que estaba mintiendo, pero prefirió confiar en mi fortaleza para superar la situación y aceptar mi esfuerzo. A pesar de que me quería, también extrañaba a Alex.

—Mi avión... —dijo sin mucho entusiasmo al escuchar nombrar un vuelo por los altoparlantes.

—Buen viaje. —Sonreí y lo abracé una vez más.

—Espero buenas noticias —me dijo sonriente, mientras se encaminaba al pasillo de abordaje.

Me limité a observarlo hasta desaparecer por el corredor. No le quise decir que tenía un mal presentimiento respecto de mi futuro amoroso.

Y así, con el despegue de aquel avión, volví a estar sola.

El trayecto a casa se me hizo largo y tedioso, para cuando llegué estaba oscureciendo. Sacaba la llave de mi puerta, cuando noté la presencia de alguien, miré con el rabillo del ojo. La hermana de mi vecino estaba afuera

de su apartamento.

—Hey —saludó sin sonreír.

—Hola, Luain.

—¿Eric se fue? —preguntó con voz triste.

—Sí, regresó a su hogar. —Forcejeé con la nueva cerradura.

—Oye, fea... —Se acercó a mí con una expresión mortalmente seria—. Por tu propio bien y por el de mi hermano, hay algo que debes saber.

CAPÍTULO 9

Julio

La gravedad en la expresión de la hadita malévolas me dio a entender que el asunto no sería fácil de tratar. Entró en mi casa, como si fuera la suya propia, y se dejó caer muy poco hadamente en el sofá.

—Agradecería un poco de café, dulce y con crema —pidió, mientras jugaba a balacear sus pies—. Tráete uno también.

Una vez servidos los tazones de café y yo sentada frente a la hermosa muchacha, acomodó su primorosa faldita y me miró de frente.

—No te enamores de mi hermano —soltó a quemarropa y tomó su taza de café, enfriándolo a delicados soplidos.

La miré, creyendo haber oído mal.

—No te hagas la idiota —me dijo entre soplo y soplo—, se te nota hasta en la respiración que te enamoraste de él.

—Lo... siento... —No sabía qué responder.

—Todavía no lo sientes lo suficiente —replicó de inmediato. Definitivamente, a pesar de su apariencia dulce, tenía una personalidad arrolladora, más que la de su hermano—. Erian tiene una debilidad por las mujeres en problemas, y tú, eres la emperatriz de ellas. Tu existencia está confundiéndolo y lo único que hará será traerle infelicidad.

—¿Confundiéndolo? ¿Cómo podría yo...? —apunté totalmente desconcertada.

—Conozco tu historia, Vivianne —me detuvo—, te investigué. Sé que intentas rehacer tu vida y de verdad intentas ser una buena persona. Erian también quiere hacerlo, por eso se vino a este país. Aún está destrozado y tu presencia lo está matando aun cuando no se dé cuenta. —Bebió otro sorbo de café caliente y le costó tragarlo. Estaba recordando algo profundamente triste—. Si tienes sentimientos por él... déjalo ir. Es un hombre admirable que ha sufrido demasiado por culpa de una mujer a quien todavía tiene en su corazón.

—Pero... ¿Qué tiene que ver su pasado conmigo? —dije después de un rato de silencio en el que nos dedicamos al café y, en el que un presentimiento oscuro se extendió dentro de mí como una mancha de petróleo en un mar claro.

—Tengo que protegerlo... incluso de él mismo —reflexionó la muchacha—. Erian solía ser encantador, risueño, divertido, dulce... hasta que conoció a Anne. Ella le arruinó la vida... No creo en el karma, ni en el

destino, pero cuando tú apareciste, Vivianne... —Hizo una pausa demasiado larga para mi corazón—. Tú eres la réplica idéntica de la mujer que destrozó la vida de mi hermano.

Sentí la garganta seca. Demasiada información. Lo que Luain me decía iba cobrando sentido mientras más pensaba en ello... El hecho de que un hombre atractivo y exitoso como él, se dejara encantar por una estudiante ordinaria, parecía demasiado bueno para ser verdad, a menos que dicha estudiante se pareciera al amor de su vida. Ahora comprendía por qué en ocasiones demasiado íntimas solía llamarme Anne y el solo pensarlo me devastó.

—¿Qué sugieres que haga? —me encontré preguntándole, sin pensarlo, aunque tenía claro lo que debía hacer.

—No soportaría ver a Erian destruido de nuevo... no sé si podría levantarse esta vez si es que se obsesiona contigo, porque tu parecido con Anne... —Su apariencia de hada, había sido reemplazada por la de una anciana aplastada por el peso de los recuerdos.

—Pero... ¿y si yo pudiera hacerle feliz? ¿Has pensado en ello? —Intenté hacerle ver una realidad alternativa, mucho más optimista. Mi intento desesperado por aferrarme a este recién nacido amor.

—¿Realmente podrías estar con Erian, sabiendo que cada vez que él te mira es en otra mujer en quien está pensando? —replicó con brutal sinceridad. ¿Qué podía responder a eso?

Un sonido de campanitas se dejó oír. Creí que había enloquecido. Luain se removió en su asiento y respondió su teléfono. Lo hizo en su idioma y no pude comprender lo que decía, pero la voz del otro lado era masculina y se escuchaba enojada. La muchacha cortó la llamada y se levantó. Había regresado a ser la hadita descarada de siempre.

—Viene por mí. —Sonrió, levantándose y caminó hacia la puerta—. Te voy a pedir discreción con esta conversación... Lo que pasó con Anne es el gran secreto de mi hermano, vino aquí para escapar de su infierno allá en casa. No arruines su nueva oportunidad. Adiós, feúcha. —Movié la mano como gesto de despedida y salió cerrando la puerta suavemente tras ella.

No alcancé a lavar las tazas de café, cuando una llamada a la puerta me interrumpió. Al abrir, me encontré de frente con Erian Aibreán. Parecía agitado.

—Perdón por el comportamiento de Luain... —empezó a decir

apresuradamente al ver mi expresión, perpleja ante su súbita aparición—. ¿Te dijo algo desagradable?

Dudé, lo miré atontada y sonreí a mi pesar.

—No, solo quería saludar. —Me encogí de hombros, protegiendo a Luain y el secreto que me había revelado.

—Necesitamos hablar —dijo, sin rodeos—. ¿No me ofrecerás algo de beber? —preguntó, aún en la puerta.

—¿Café? —ofrecí de manera automática.

—Sí, gracias.

Pasó por mi lado, dirigiéndose al sofá, donde se dejó caer con elegancia.

Después de un rato de beber café en silencio, preguntó:

—¿Has estado bien?

—Sí —respondí dando un sorbo a mi segundo café de la noche. Procuré sentarme frente a él, lo más lejos posible. No era momento para que la lujuria, que me hacía sentir, me nublara el juicio.

—Lamento haberte besado tan inesperadamente el otro día —dijo de pronto—, pero no estoy arrepentido —agregó con una sonrisa, para mi pesar. Su expresión cuando me miraba se tornaba dulce.

Aun cuando quise detener el pensamiento, este apareció igual: ¿estaría pensando en su Anne? El dolor que me produjo esa idea casi me hizo aullar de dolor. Luain tenía razón. No podría vivir sintiendo esa agonía constante, preguntándome a quién miraba cuando me veía.

—¿Cuánto dura la beca de miss Hellen? —pregunté intentando cambiar el tema.

—Un año. —Sonrió distraído.

Pensé que un año de esa situación sería una tortura para ambos. Nos quedamos en silencio, él parecía relajado y a gusto, yo estaba tomada de los nervios. Para mi suerte, sonó su teléfono.

—Es Luain, me tengo que ir. —Se puso de pie, me besó en la boca fugazmente, no me lo esperaba. Caminó hacia la puerta con elegancia, algo usual en él—. Nos vemos mañana.

Se despidió sonriente, dejándome sola lidiando con mi corazón roto, y con la responsabilidad de tener que tomar una decisión que podría cambiar mi vida.

&

Al día siguiente, cuando llegué a la oficina, no encontré a Erian. Me dispuse a trabajar; ordené, limpié y revisé. Cuando organizaba las carpetas sobre el escritorio, quise acallar los pensamientos que susurraban en mi cabeza. Encendí el reproductor de música, puesto que el computador tenía conectado un iPad. Comenzó a sonar una canción en piano. El sonido era suave, dulce, era una canción de amor... La visualización del nombre de la melodía decía: Anne composing for Erian.

Una nueva puñalada me atravesó. No podría con ello.

—Anne...

Escuché su voz desde la puerta. Giré para verlo avanzar hasta mí, su expresión era alegre.

—No —lo detuve, antes de que me tocara.

Algo sorprendido, obedeció.

—¿Estás bien? ¿Anne?

Cada vez que lo hacía, más me convencía de que no era a mí a quien hablaba, sino al recuerdo de su gran amor.

—Yo no soy Anne... —Mi voz se quebró—. En todo este tiempo, ¿has visto quién soy realmente, Erian? —pregunté con tristeza, secándome de un manotazo las lágrimas que caían por mis mejillas—. ¿¿Recuerdas al menos, cuál es mi nombre?!

El golpe fue certero. Bajó la vista, su sonrisa se borró y fue reemplazada por una expresión de culpa.

—Vivianne —respondió, casi inaudible.

—No es a mí a quien quiere, profesor Aibreán. Nunca lo fui. Yo lo comprendí, usted también debería hacerlo.

Salí de su oficina. No intentó detenerme.

CAPÍTULO 10

Farewell

Lo había decidido, Eric me había ofrecido ir a vivir con él y acepté.

Las despedidas siempre son difíciles, así que el último día de exámenes fingí que nada pasaba y dije adiós a mis compañeros de la forma más casual que pude; sin embargo, no pude evitar tener la sensación de que no los volvería a ver y que los cuatro años de recuerdos se irían destiñendo con el tiempo hasta no ser más que manchurroneos nebulosos en el espejo de mi memoria. Me iba lejos, Jo partiría al extranjero a continuar sus estudios, Esteban anunció que abandonaba la carrera porque entraría a las fuerzas armadas, y Daniel seguiría con su vida como hasta ese momento.

Nadie dijo una palabra acerca de futuros encuentros ni hicimos promesas acerca de llamarnos y mantener el contacto; preferimos dejárselo a la vida. No obstante, todos insistieron en verme partir del aeropuerto; supuse que, después de todo, los ritos de cierre de ciclos son necesarios en el ser humano.

Dos días después del último examen, mi vuelo salía hacia la ciudad donde vivía Eric. Esa mañana me había levantado temprano, a pesar de que debía abordar en la tarde. El departamento que me había visto renacer, oído llorar, gritar y reír, ahora me veía partir. Lo sentía solitario, devolviéndome el eco de mis pasos sobre el piso desnudo de baldosas. Suspiré y arreglé los últimos detalles, el silencio era pesado.

Aquella tarde, luego de descubrir que, para Erian, jamás sería más que la sombra de Anne, lloré amargamente. Cerré los ojos y suspiré en un intento por espantar al fantasma de la tristeza.

—¿Te vas? —preguntó una voz profunda desde mi puerta, que me hizo temblar.

No lo miré.

—Es lo mejor para ambos —aseguré.

—No conoces la historia completa —intentó explicar.

—Todo lo que has hecho por mí... ¿ha sido porque me parezco a tu Anne? La amabilidad, la protección, el consuelo... incluso el cariño que parecías sentir... era por ella... para ella. Me enamoré de ti sin darme cuenta, debido a todos esos detalles de cada día... todo lo que hiciste por mí, pero que no era para mí... ¡¿Tienes idea de lo que se siente?! —incredulé, mirándolo por fin.

—Tienes razón... No quiero hacerte daño. Ya te han herido bastante

—dijo, pasándose las manos por la cara, en un intento por aliviar su confusión.

Nos quedamos en silencio, inmóviles por un momento, incapaces de decir las palabras finales.

—Sé que no eres Anne... —admitió por fin—, y creo que esto que siento y que he mantenido guardado... le pertenece a ella. —Lucía devastado.

—Lo sé —dije en tono de consuelo—. Ojalá algún día lo superes y puedas seguir adelante. Deseo para ti, toda la felicidad del mundo —dije en tono seguro, pero con el alma rota. Cogí mi mochila y salí por última vez de ese apartamento—. Gracias, profesor —fueron mis palabras de despedida.

Erian no me siguió como en las películas.

La despedida en el aeropuerto no fue tan terrible como creí. Ahí estaban mis tres amigos de la universidad. No hubo palabras de más, ni promesas vacías. Solo un fuerte abrazo a cada uno.

Hice mi mayor esfuerzo por no pensar que, quizás, esa sería la última vez que los vería; sin embargo, cuando caminaba hacia la puerta de embarque, no resistí mirar hacia atrás y grabé sus imágenes en mi mente: Daniel, con un largo abrigo negro, me miraba con expresión desesperanzada; Esteban sonreía, pero su mueca que intentaba ser juguetona, se desperfilaba y le daba a su rostro la expresión de un payaso triste; Jo, en medio de ambos, reía pero tenía los ojos húmedos y ondeaba el brazo con tanta energía que temí se dislocara el hombro. Les hice señas de vuelta y les envié un beso. Los tres sonrieron.

“Gracias...”, fue mi último pensamiento antes de mirar hacia delante y seguir con mi vida.

AGOSTO

SEPTIEMBRE

OCTUBRE

NOVIEMBRE

DICIEMBRE

—¿Queda algo más por desarrollar? —preguntó Sandi, una vez que entregamos el informe que nos había llevado todo el semestre redactar y organizar con evidencias, trabajos, etc.

—Mmm.... —me sorprendí a mí misma con la respuesta—. No, era lo último... somos libres —dije riendo, sabiendo de sobra que ambas nos habíamos eximido de todo posible examen.

Sandi se había transformado en mi única amiga en la nueva universidad a la que me había transferido. Al llegar, hicimos amistad de inmediato. Su carácter era dulce, risueño, dispuesta a pensar bien de todos, jamás entrometerse en nada y nunca juzgar a nadie. Sandi era capaz de oírme alegar contra el mundo, por horas, sin cansarse, acompañarme a llorar sin preguntar la razón de mis lágrimas, o reír junto a mí, de buena gana, por chistes sin importancia ni gracia. Definitivamente, ella me ayudó en una etapa oscura.

El cambio fue más difícil de lo que había imaginado. No porque me disgustara estar con Eric y Alex, o por la ciudad donde vivíamos, ya que teníamos océano y playas, sol por diez meses, temperaturas que jamás bajaban de los quince grados y no iban más allá de los veinticinco, sino porque extrañaba, con el alma, mi pequeño refugio y a quien vivía al lado. Durante todo ese tiempo no me había atrevido a nombrarlo ni en pensamientos, huyendo de su recuerdo como de una pesadilla muy mala. Incluso me había encargado de no tener tiempo libre.

Había temido mucho ese momento. Era libre de las responsabilidades de la universidad y tendría demasiado tiempo para pensar. Tuve miedo de que asomaran mis sentimientos y me dejaran ver el estado en que tenía el alma después de todo lo que había pasado.

—¡Vamos al cine! —me invitó Sandi. Me pareció una idea excelente—. ¿Qué harán para navidad? —preguntó cuando estábamos sentadas en un restaurante de comida rápida, haciendo hora para la función de la tarde de una película de superhéroes.

—¿Navidad? —repetí, sorprendida. Saqué la cuenta y solo entonces noté la cantidad de tiempo que había pasado en mi vida—. ¡Cierto! —exclamé—. ¡Solo falta una semana!

Recordé el pequeño arbolito que Eric había adornado, de manera tan chic. Era un pino blanco que parecía hecho de algodón, con todos los adornos rojos, situado estratégicamente en uno de los ventanales de la casa.

Me sentí culpable por no haber notado los detalles del magnífico arbolito y la decoración a juego, había ignorado el esfuerzo de Eric y no me lo iba a dejar pasar. Prepararía algo realmente especial para ellos el día de Navidad, a modo de disculpa.

—¿Lo conoces? —me preguntó Sandi con un susurro mientras miraba disimuladamente a un costado.

—¿Ah? —exclamé, inquieta—. ¿A quién?

—Al hombre que está a dos mesas de nosotras. Es alto y bien parecido.

Mi corazón dio un brinco tan fuerte que me mareé y me pitaron los oídos. La idea que inmediatamente tomó forma en mi cabeza incendió mi corazón y me atravesó el estómago como un afilado puñal. No, no era posible... ni siquiera me atrevía a albergar tal esperanza, era una locura y, sin embargo, después de todo ese tiempo y las cosas que había pasado, podría pensar que quizás... tal vez... ¡No! A esas alturas yo no debía estar pensando en algo tan absolutamente absurdo como...

Me giré de una vez y mi expresión de tortura cambió a una de verdadera sorpresa. Sí, definitivamente lo reconocía, aún con el pelo largo, más liso y vestido de colores agradablemente claros. Por supuesto que reconocía a Daniel, y él, a su vez, también me reconoció.

—Estoy de gira con mi banda... no esperaba encontrarte, es una gran sorpresa —dijo una vez que estuvimos sentados todos juntos. Sus amigos eran graciosos, formábamos un grupo bastante alegre, en el que Sandi y yo nos encontrábamos muy a gusto, a pesar de no conocer bien a los muchachos.

—Lo sé, es una increíble coincidencia —respondí con sinceridad y me quedé sin ideas para continuar la conversación.

—Solo nos queda un último año y terminamos por fin.

—Sí —respondí, dejando escapar un suspiro. Sonreí.

—¿Qué piensas hacer después?

—No estoy muy segura... conseguir trabajo y... no lo sé. —No me había puesto a pensar en el futuro, había estado ocupada con el presente... y el pasado—. ¿Y tú?

—Supongo que es lo mismo para mí, aunque estoy decidido a hacer música y vivir de ello.

Parecía algo avergonzado, pero sonó convencido. Envidié la claridad con que tomaba el destino en sus manos.

—Creo que ella es una candidata perfecta para las becas de post grado —dijo Sandi—. Esta chica es brillante. —Sonrió.

Respondí con una sonrisa avergonzada.

—Lo sé... —Daniel me miró de reojo—. ¿No ha cambiado, entonces? —preguntó dirigiéndose a Sandi.

Ambos rieron.

Comenzaron a hablar entre ellos, haciendo bromas a mis expensas, lo que me dejó un momento para pensar. Daniel estaba más guapo, aunque mis estándares habían quedado demasiado altos, por lo que me pregunté si me podría llegar a sentir atraída por alguien de nuevo. ¿Sería posible que llegara a enamorarme de otra persona alguna vez?

—Sí, fue increíble cómo se le enfrentó esa vez... ¿te acuerdas? —Daniel se dirigía a mí, Sandi me miró expectante. Supuse que había relatado algún suceso que me incumbía, pero no había oído la conversación.

—Aquella vez, cuando te enfrentaste al profesor Erian para que dejara entrar a esa chica a clases... ¿te acuerdas? —Claro que me acordaba.

—Sí... Me gané un buen regaño por eso después.

—Creo que ese profe te respetaba, te trataba, mmm... —dudó un instante—. Distinto...

Me alarmé ante las implicancias de su comentario e intenté bajarle el perfil.

—Era su ayudante... tenía que hacerlo —Me fingí ofendida.

—No, quiero decir... no te trataba solo como una estudiante... más bien, te trataba como a un igual. La forma en que te hablaba; pedía tus opiniones y respondía a tus comentarios... era como si te considerara a su nivel. Ya ves que a los demás nos trataba como basura ignorante... lo cual era cierto la mayoría de las veces. —Rio.

Sandi rio con él y ambos esperaron mi comentario. Yo estaba demasiado atontada por los recuerdos como para pensar coherentemente. Nunca me había percatado de cómo veían los demás la relación que Erian y yo teníamos.

—¿Tú crees? —balbuceé—. Creo que exageras.

—Puede ser... Además, vivían uno al lado del otro. Eras la envidia de la universidad, ¿sabías?

El terreno se estaba poniendo demasiado peligroso, no me había dado cuenta de que Daniel era tan observador. Sandi me miraba algo

perturbada, mi expresión había cambiado a medida que mi ex compañero hablaba y no estuve muy segura de cuál sería mi cara a esas alturas.

—No tenía idea —grazné, intentando reír—. Su hermana resultó ser una maravilla que, por cierto, se notaba bastante interesada en ti... —Sonreí maliciosa—. ¿Qué ocurrió con eso?

La estratagema barata surtió el efecto deseado, los amigos de Daniel comenzaron a bombardearlo con preguntas y bromas. De pronto, un toquecito discreto en el brazo llamó mi atención.

—¿Estás bien? —susurró Sandi a mi oído, con cara de preocupación.

—¿Eh?... Sí... ¿Por qué preguntas? —susurré también.

—No me gusta ser entrometida, pero... es que cuando Daniel te recordó aquel asunto, parecías a punto de llorar.

¡Mierda! Tenía que conseguir amigos menos perceptivos si quería ocultar los recuerdos de mi corazón roto.

—Estoy bien... algún día te hablaré de eso —aseguré.

Sí, quizás algún día sería capaz de poner en palabras todo lo vivido, sin sentir ese vacío desgarrador en el pecho... pero en ese momento, solo podía evadir el tema, hasta sentirme preparada. No obstante, la caja de Pandora ya estaba abierta y quería mirar en su interior... ¿Habría regresado a su hogar...? En ese momento, me di cuenta de que todo el tiempo transcurrido había estado esperando conocer la respuesta a esa pregunta para poder continuar... Como si los continentes de por medio fueran la seguridad que necesitaba para olvidar todo y reconstruirme.

—¿Aún hace clases? —pregunté de forma que sonara desinteresada, pero mi cuerpo se estremeció al esperar la respuesta.

—¿Aibreán? Pues no sé ahora... el segundo semestre cambié de sección. Pero mis amigos comentaban que era un desgraciado, inflexible, frío y calculador.

Fingí una risa, que sonó más a ladrido, ante las palabras de Daniel. No había conseguido saber lo que quería y tampoco me atrevía a preguntar más.

—Vivi... la película debe estar por comenzar —me susurró Sandi, quien parecía leer cada uno de mis estados de ánimo.

Esa fue la señal para dejar a mi amigo, con la promesa de volvernos a encontrar durante la semana.

CAPÍTULO 11

Verano

Los años jamás pasan en vano. Se producen cambios, los quieras ver o no, los busques o no, te gusten o no.

El tiempo había pasado implacable y la vida seguía su curso. Yo no había cambiado mucho; trabajaba en la misma universidad en la que me había graduado y me preparaba para terminar un PhD. Mi trabajo era mi gran pasión y ocupaba la mayor parte de mi tranquila vida.

El resto del tiempo lo dividía: iba a ver a Eric y a Alex, quienes aún no me perdonaban el hecho de ya no vivir con ellos en su inmenso departamento, yéndome a un pequeño emplazamiento cerca del parque japonés de la ciudad. Disfrutaba de la compañía de Sandi, Daniel y su pequeño bebé, que pronto cumpliría dos años. Estos tres se habían convertido en parte importante de mi vida y también eran mi familia.

Me sentía, por qué no decirlo, realizada; a pesar de las contantes burlas acerca de mi apatía por el romance. Como estaban todos emparejados, no podían entender que alguien pudiera sobrellevar la soledad y su añadido celibato, de forma serena y feliz.

Así, se me pasaron cinco años. A mis veintisiete era independiente, tenía un buen empleo, seguía avanzando en mis estudios, tenía una gran familia de la cual preocuparme, tranquilidad económica y emocional... Vivía tal como deseaba, y era feliz.

Mi mente volvía a perderse en la inmersión, cuando sonó mi intercomunicador, devolviéndome a la realidad.

—Vivianne... —Era mi asistente—. Sandi viene a verte.

—Hazla pasar, por favor.

—Recuerda tu reunión con los profesores de la conferencia.

—Lo sé... lo sé, gracias Luisa. Dile a Sandi que pase.

Lucía hermosa, la maternidad le venía perfecta. Siempre había sido una belleza de piel morena, chispeantes ojos oscuros y mejillas rosadas; ahora, además, su sonrisa radiante le confería un aspecto dulce.

—Necesito tu ayuda —habló, suplicante, una vez que hubo dejado todo el aparataje materno a un lado y acomodado a Aidan en su regazo.

—¿Qué ocurre? —pregunté, haciéndole caras al bebé.

—Tengo que ir a una reunión extraordinaria en la oficina... fue algo de último minuto, y sabes lo importante que es ese trabajo para nosotros —dijo mirando a Aidan.

Claro que lo sabía, con Daniel, aún intentando ganarse la vida

como músico, las entradas monetarias eran pocas. La seguridad financiera la otorgaba el trabajo de Sandi.

—¿Podrías quedarte un momento con Aidan?... sé que es incorrecto hacer esto, ya que también estás en tu trabajo, pero... serán solo quince minutos... lo que Daniel se demore en llegar a recogerlo, ¡por favor!

¿Podía negarme a algo que ella me pidiera, después de todos esos años en que había sido mi soporte y consuelo?

—Tranquila. Yo me quedo con él un rato... ya sabes cómo nos amamos —ofrecí mis brazos al pequeño, quien me respondió en seguida, estirándose para alcanzarme—. ¿Ves? —dije una vez que lo tuve en mi regazo—. No será problema.

Mi amiga me abrazó con cariño y besó a su hijo en la frente antes de salir disparada, dándome aún instrucciones sobre la leche y los pañales. Me reí, encantada de poder compartir algo de tiempo con el bebé, que tenía la piel blanca y el cabello ensortijado de su padre, y las mejillas rosadas y expresión alegre de su madre.

—¿Se te antoja un postre? —pregunté a Aidan.

Me respondió con un gorjeo de felicidad.

—Bien, vamos.

Cuando pasamos por el pasillo, cerca del escritorio de Luisa, esta me miró con reprobación.

—Recuerda tu reunión...

—Lo sé, lo sé —me escabullí—. Llámame si llega Daniel a buscarlo, por favor.

Fuimos a la cafetería a comprar los postres, el día estaba tan delicioso que Aidan y yo nos quedamos un buen rato en los prados de la universidad.

Mientras le daba de comer, me hacía reír con sus caras graciosas o expresiones serias y graves, como las de su padre.

De pronto, sonó mi teléfono, dejé al bebé sentado a mi lado en el pasto, para responder.

—¿Olvidaste tu reunión? —dijo Luisa, con un tinte de histeria en la voz.

—¿Qué hora es? —Rebusqué la agenda entre mis cosas, sabía que tenía reunión, pero no estaba segura de con quién.

—¡Estás diez minutos atrasada!

“¡Mierda!... Bueno, bien podrían comenzar sin mí”.

—¿Llegó Daniel? —pregunté, alarmada.

—No —fue su seca respuesta.

¿Qué iba a hacer? ¿Alegar problemas urgentes familiares?, lo cual era verdadero, hasta cierto punto.... ¡Aaaaaarghhh, Daniel! ¡Nunca supiste llegar a tiempo!

Encontré la bendita agenda enredada entre mis otros dos teléfonos, repletos de llamadas perdidas y mensajes de texto. La abrí y... claro, mi reunión era con el consejo evaluador de becas al extranjero. Dios... mi retraso no sería un buen precedente si deseaba hacer una pasantía fuera del país.

—Estoy ahí en cinco minutos, sirve café y pastelitos... —alcancé a decir, cuando vi un cuadro que me heló la sangre.

Aidan había gateado hasta la parte más alejada del prado que terminaba en una pendiente aguda e intentaba ponerse de pie sosteniéndose, precariamente, de una barandilla que marcaba el final del terreno seguro para bebés y universitarios ebrios.

—¡¡¡Aidan!!!

El grito escapó antes de que pudiera contenerme, y había cometido un grave error, ya que, al llamarlo, el bebé reaccionó y se giró para verme, perdiendo el equilibrio. Me lancé en su dirección, a toda la velocidad que el corte de mi elegante falda me permitía, perdí mi alma al comprender que no llegaría y la recuperé otra vez cuando unos brazos atentos lograron lo que yo no pude y sujetaron al niño con seguridad y delicadeza.

Al llegar hasta el niño, lo abracé con tanta efusividad que lo asusté y se puso a llorar. Intenté consolarlo lo mejor que pude, sin embargo, yo también lloraba. El susto había hecho colapsar mis nervios.

—Lo siento, cariño... lo siento... no volveré a perderte de vista... —susurraba al pequeño y lo besaba intentando calmarlo. Estaba tan aliviada, que las lágrimas no paraban de correr. De pronto noté que la persona que había ayudado a Aidan seguía junto a nosotros, y yo, en la confusión del incidente, le había dado la espalda groseramente al arrebatarme al niño de los brazos.

—Gra... —Me di vuelta para agradecer a quien salvara la vida de mi ahijado, cuando el brillo acerado en unos ojos celestes, me azotaron, dejándome inmóvil.

Aquel hombre alto, atractivo y elegante me miraba con una expresión impenetrable en su rostro, aquella mirada que yo había aprendido a amar años atrás. Lucía aún más guapo que como me atrevía a recordarlo, pero su rostro había adquirido una dureza que no había visto antes. Llevaba el cabello corto y vestía formal; el traje gris, hecho a su medida, le confería un aire de modelo absolutamente fuera de lugar en aquel ambiente académico. Mi corazón se detuvo por un instante.

—Pro... Pro.... ¡Profesor! —le llamé inconscientemente— ¿Qué es lo que...? —No alcancé a preguntar, ya que un nuevo ataque de llanto de Aidan me interrumpió. Centré mi atención en el bebé—. Aidan... cariño, tranquilo —me disculpé y lo abracé. La distracción me sirvió para reponerme—. Gracias por salvarlo —expresé una vez más, mirándole hacia arriba. Noté que era capaz de mirarlo y hablarle sin que mi corazón corriera desbocado. Me sentí un poco más madura.

—No recuerdo que fueras tan descuidada en asuntos importantes. —Su voz era grave y educada, a pesar de que me había hablado informalmente.

El comentario iba dirigido a mí, pero miraba significativamente a Aidan, quien, en mis brazos, le devolvía la mirada al llamativo extraño. Mi ex profesor, que no parecía haber envejecido ni un día, volvió discretamente su vista hacia mí, pero no volvió a emitir comentario alguno. Aidan se había calmado y me abrazaba enrollando sus dedos entre los rizos de mi cabello. Suspiré dando gracias porque el niño estaba bien. Me disponía a marchar cuando noté la mirada abrasadora de Erian sobre mí. No pude saber qué estaba pensando, pero temí que de nuevo estuviera viendo a alguien más en mí.

Erian abrió la boca para decir algo, cuando una voz a mis espaldas lo detuvo; era Daniel.

—¡Lo siento, Vivi, lamento haber llegado tarde! El tráfico a esta hora es una mier...

—Daniel... —lo miré con reprobación—. Aidan no necesita oír tus palabrotas...

—Perdón. —Mi amigo sonrió y luego, percatándose de quién estaba conmigo, exclamó: ¿Qué... qué es esto? ¿Profesor Erian? —Rio algo nervioso, sin saber qué hacer.

—Gusto en verle de nuevo, señor Berdoain —contestó el modelo,

cortésmente.

Aidan se estiró para alcanzar a su padre, quien lo recibió con los brazos abiertos.

—Hola, amor —saludó a su hijo—. ¿Ya conoció a Aidan, señor? Es mi hijo —lo presentó orgulloso.

Erian me miró con curiosidad y luego al pequeño.

—Se parece a ti.

Daniel rio ante el halago.

—¿En serio? Yo creo que se parece a su madre —besó al pequeño—. También espero que sea tan responsable, ordenado y trabajólico como ella. —Sonrió y me besó en la frente, para despedirse. Luego se volvió hacia Erian. —Adiós, señor, fue un placer.

Los vi alejarse, contenta de que el bebé estuviera bien. Aclaré mi garganta para hablar.

—Gracias de nuevo, profesor —dije sin mirarlo, y haciendo gala del temple que los años me habían otorgado, agregué—: Espero disfrute su estadía aquí. Nos vemos.

Le di la espalda y me alejé sin volver la vista, sintiendo que mis piernas no podrían sostenerme un segundo más.

Camino a la reunión me percaté de cosas que, hasta ese momento, jamás habían ocupado lugar en mi tiempo o mis pensamientos: pasé lista a mi apariencia externa, preguntándome qué había visto Erian al encontrarnos de nuevo.

Seguía exageradamente atractivo a sus treinta y dos. Yo, por mi parte, estaba algo más voluptuosa de lo que deseaba, había dejado crecer mi cabello libremente por lo que ahora los rizos castaños me caían alrededor de la cara y por la espalda, a pesar de que intentaba atarlos a una coleta para que me dieran un aspecto más formal. Durante estos años, me había reinventado, me sentía orgullosa de las curvas y del estilo pin up con el que les sacaba ventaja. El pensamiento de que podría resultarle atractiva a ese hombre puso una sonrisa amplia en mi cara y mi corazón. Mi paso se volvió más seguro, aun, cuando sentía que flotaba.

—¿Qué haces aquí? —gritó mi asistente, histérica—. ¡Debes entrar inmediatamente! ¡Corre!

Aún olía a la leche del postre de Aidan, llevaba el cabello revuelto, el traje arrugado y, en mi cabeza, solo estaba la imagen de unos ojos celestes

acerados que me miraban calcinantes.

Arreglé mi apariencia lo que pude y con toda la dignidad que me fue posible, entré al salón de conferencias. Un deja vu me paralizó.

El pesado silencio que se produjo luego de mi entrada se me hizo familiar, igual que el tenso ambiente. Lo peor vino cuando encontré frente a mí los ojos celestes de mi recuerdo. Erian estaba sentado en la mesa de la reunión y me miraba impasible. ¿Cómo demonios...? ¿Qué diablos hacía él ahí?

—Lamento la tardanza. Es inexcusable de mi parte —me disculpé mirando a todos los presentes, menos a uno.

—No te preocupes —dijo el director del departamento en que yo trabajaba—, no me sorprende dada la cantidad de trabajo que te damos. —Mi jefe sonrió y luego se dirigió a los presentes—. Ella es invaluable en este lugar, debe ser casi omnipresente —continuó, para mi vergüenza, mientras tomaba asiento en el único lugar disponible, frente a Erian.

Por suerte, el deja vu había llegado hasta ahí.

—Es por eso que la vamos a extrañar, señorita Zuroan.

Alarmada, miré al director

—Tranquila —me calmó—. Has sido seleccionada como beneficiaria de la pasantía en el extranjero. De hecho, ya habías sido escogida hace un tiempo, pero estábamos esperando confirmar la noticia con el mismísimo director de la universidad adonde irás. —Miró a Erian, quien respondió con un leve asentimiento.

Mil emociones y pensamientos se agolparon en mi cabeza. Había ganado la beca, me iría y cumpliría mi sueño al fin, pero a una universidad que le pertenecía a él. Si aceptaba, haría realidad mi sueño, pero...

—Agradezco la confianza que han depositado en mí para asignarme la beca —dije mirando a mi jefe y haciendo una inclinación hacia Erian, sin mirarlo—. Gracias, una vez más. No sabía que el profesor Aibreán había sido ascendido a rector. Felicitaciones. —Sonreí profesionalmente para ganar tiempo.

—Gracias —fue la seca respuesta del aludido, quien no se molestó en devolverme la sonrisa.

—Debes preparar todo y avisarnos cuándo tomarás esa pasantía, Vivianne —recomendó mi jefe.

—Así lo haré. Gracias.

Cuando estábamos a punto de dar por finalizada la reunión, Erian, que permanecía impassible, habló:

—Por supuesto que, mientras antes tome el cupo, mejor será para todos. Hay cincuenta postulantes a esta beca en todo el país. No tendremos problemas en asignársela a alguien más, si la señora tiene inconvenientes para organizarse.

Su comentario fue una bomba que dejó el ambiente tenso. Me hizo arder la sangre enseguida.

—¿Qué tal si el Lunes nos volvemos a reunir y nos comunicas tu respuesta? —preguntó mi jefe, dirigiéndose a mí, para romper el silencio.

—Me parece bien. —Sin poderme resistir, agregué con una encantadora y falsa sonrisa—: No podemos hacer esperar a esos cincuenta postulantes ansiosos, ¿verdad? —pregunté mirando a Erian, cuyo rostro reflejaba una expresión glacial.

CAPÍTULO 12

Enero

Luego de la reunión, salí rauda hacia mi oficina, donde comencé a dar vueltas como leona enjaulada, haciendo caso omiso de las llamadas de mi asistente, hasta que el timbre me colapsó.

—No atenderé a nadie esta tarde, Luisa... ah, y necesito un batido de maracuyá con crema, mucha crema —encargué, dando por terminada la conversación, sin embargo, mi asistente aún tenía algo que decirme.

—Alguien quiere verte. —Noté que su voz sonaba suave y tímida como de adolescente idiota, no como la voz de la Luisa que yo conocía.

—Te dije que no atenderé a nadie.

Se oyó un traqueteo al otro lado y mi puerta se abrió de pronto, dando paso a una figura que me parecía familiar. Mi asistente entró detrás de él.

—Lo siento, Vivianne... —insistió, con cara de disculpa, pero manteniéndose firme en su lugar.

La admiré, ya que pocas podían resistirse al aura de aquellos ojos cuando querían encantar.

—Ya, no importa, déjalo —la tranquilicé—. Ve por mi encargo, querida, por favor —finalicé con un gesto.

No quería tenerla fisgoneando mientras hablaba con Erian, quien cerró la puerta tras la valiente, pero encandilada asistente.

Me llevé la mano al entrecejo, mi cabeza latía amenazando con doler terriblemente. Suspiré intentando calmar la adrenalina que hacía latir mis sienes.

—Asiento, profesor —ofrecí señalando unos elegantes y cómodos sillones, a un lado de mi escritorio.

—Gracias.

—¿Café? —pregunté, más por cortesía que otra cosa.

—Sí, gracias.

No me había atrevido a mirarlo. Me encaminé hacia la cafetera instalada en mi oficina, ya que no aceptaba comprar los mega calóricos cafés saborizados de la cafetería, prefería preparármelos yo misma. Un hábito que se me había quedado de cuando era estudiante.

—Lo que acaba de hacer fue muy descortés, ¿sabe? —dije dándole la espalda, ocupada con el café, intentando parecer profesional.

Silencio. ¿Se habría marchado? Me volteé desconcertada y, para mi

horror, él estaba a escasos centímetros de mí con una expresión que no supe interpretar. Me paralicé. Aun cuando no invadía mi espacio personal, parecía abarcar toda mi oficina. Me sentí intimidada.

—Entiendo que con un niño pequeño es difícil querer marcharte, pero es una oportunidad única para tu carrera... debiste saberlo cuando enviaste la postulación —dijo con una fría indiferencia.

“Actúa madura, actúa madura, actúa madura”, me dije. Me cuadré de hombros, le di la espalda de nuevo, terminé de preparar el café en silencio y lo serví.

Me senté tranquilamente y esperé a que él hiciera lo mismo. Me imitó en silencio. Bebí un sorbo que me supo más amargo de lo que esperaba. Erian hizo otro tanto y se mordió los labios de forma inconsciente, ese gesto tan sexy del que ni siquiera se percataba y que años atrás me había provocado muchas noches de insomnio.

—Más fuerte que el habitual, pero sabe magnífico —murmuró; a mi pesar, sonreí complacida—. Acepta la beca, necesito que me prepares el café allá.

Nos miramos por un momento, completamente serios, pero no pude evitar reír ante la broma.

—Está bien, pero eso será dinero extra en compensación —dije finalmente—. Por cierto, profesor... no tengo hijos. Soy madrina de Aidan, no su madre —aclaré sin mirarlo y me levanté para revolver unos papeles sobre mi escritorio, como una gallina rascando la tierra sabiendo que no encontrará nada.

—Veo que estás ocupada —se levantó también, dirigiéndose a la puerta.

No hice nada para detenerlo.

—gracias por el café.

—Cuando guste —respondí lo más cordial que pude, pero sin dejar de rasquetear entre los papeles. Estaba siendo grosera, pero no tenía salida, no sabía lo que podía pasar si se quedaba más tiempo.

—Nos veremos pronto —se despidió y salió sin dirigirme una sola mirada.

Cuando la puerta se cerró tras él, me desplomé en mi asiento, sin saber si reír o llorar. La determinación que había construido todos esos años se había esfumado con solo un café.

&

—¿Te acostarás con él? —preguntó Eric, fuerte y claro, una vez que le conté lo ocurrido. Mi respuesta fue un silencio obstinado—. Puedes enfadarte conmigo todo lo que quieras, pero admite al menos, que te gustaría.

Eric y sus razonamientos indiscutibles, eran más de lo que podía tolerar a esas alturas de mi agitado día.

—No creo que Vivianne esté pensando en eso, después de cinco años de intentar superarlo —intervino Alex para mediar en la conversación, mientras nos servía la cena—, pero concuerdo en que, quizás, necesites algún tipo de cierre de ese capítulo en tu vida.

—El sexo siempre sirve —apuntó Eric trozando una papa— ¿Sigue igual de guapo? —preguntó luego, con su sonrisa descarada.

Me llené la boca de vegetales para evitar responder.

—¿Aceptarás la beca? ¿Te irás con él? —insistió.

Le hice notar que ambas eran cosas diferentes y no se implicaban una a la otra. Me miró como si estuviera loca.

—El destino lo pone nuevamente en tu camino... ¿y tú lo estás dudando? —argumentó fervoroso—. Indudablemente terminarás con él en la oficina y en la cama... y no en ese preciso orden.

—No es como si hubiera estado esperando que el tipo apareciera, para lanzarme sobre él —dije molesta—. ¿No crees que puedo tener un poco más de dignidad? He vivido muy bien estos últimos años sin Erian Aibreán en mi cama —finalicé.

—¿Y en tu corazón? —preguntó mi padre adoptivo, con esa precisión tan propia de él.

Me quedé callada sin saber qué contestar. Eric podía ver en mí más cosas de las que me hubiera gustado. Alex estaba mudo, en un discreto segundo plano, ya que no quería verse obligado a tomar un bando.

—Lo siento. Me tengo que ir. Gracias por la cena. —Tomé mi chaqueta y salí disparada, antes que alguno de los dos alcanzara a reaccionar.

Di vueltas en mi moto a una velocidad que me permitiera mantener la atención enfocada en la conducción y el tráfico, en lugar del tema que me tenía inquieta. Pero la ansiedad no disminuía, así que me detuve en un bar que hacía rato quería visitar. Era un lugar acogedor y caro, pero, qué diablos... había pasado mucho tiempo desde que había probado el alcohol por última vez. Esa noche podía darme ese lujo. Me senté en la barra y pedí

crema de whisky, la apuré de un trago y me arrepentí, el dulzor me empalagó y el alcohol me quemó la garganta y la nariz. Aun así, pedí otro.

—¿Mal día? —preguntó el barman.

—Ni te imaginas —respondí mirando el fondo de mi vaso, que volvía a estar vacío. Suspiré y se lo tendí. Hizo una mueca, dudoso.

—Podrían despedirme por esto, pero... creo que ya estás lista. No es recomendable que bebas más, a menos que andes acompañada o esperes a alguien. —Sonrió. Me fijé en él con más detención; era guapo, tenía labios llenos y un rostro cuadrado suavizado por grandes ojos azules y pómulos sonrosados. Me miraba expectante, solo entonces me percaté de que el chico me estaba coqueteando.

—Tienes razón, podrían despedirte... así que no comentes y límitate a lo que te pido —terminé, cortándole las alas. Parecía menor que yo y no estaba dispuesta a pasar mis penas como una solterona ebria que intenta ligar con un hombre menor... tampoco sería la vieja con dinero que es presa fácil de un joven ambicioso lleno de testosterona.

—Una mujer con carácter, ¿eh? —Rio juguetón, sin sentirse amedrentado ni una pizca. Luego se inclinó sobre el mesón, quedando a escasos centímetros de mi rostro, lo que me tomó por sorpresa—. No conduzcas ebria... yo puedo hacerlo por ti... si me lo pides.

Su sonrisa me deslumbró, se alejó guiñándome un ojo.

“Mocosito engreído”, pensé, pero no pude evitar sonreír ante la idea de que un chico tan guapo se fijara en mí. Me di cuenta de que ya no era la niñita universitaria, sino que los demás me percibían como una mujer atractiva y fuerte. Y si lo era, ¿cómo la sola mención de Erian en mi vida me había puesto a temblar? Suspiré amargamente de nuevo. Supuse que los tres tragos me hacían estar más sensible a los pensamientos irracionales, así que no pude evitar dejar caer un par de lágrimas de rabia contra mí misma.

—Mierda —mascullé.

—Haces una escena más bien patética —comentó una voz a mis espaldas. Al girar, me encontré de frente con Erian, que me miraba con expresión seria. Siempre había tenido pésimo hígado para el alcohol después de la intoxicación, por lo que a esas alturas mi entendimiento no trabajaba apropiadamente.

Lo miré con curiosidad. ¿Sería real? Y si lo era... ¿qué tenía el destino en mi contra? ¿Es que casi catorce mil putos kilómetros de distancia y

cinco años de ausencia no eran suficiente para sacarlo de mi vida? De pronto, tantas coincidencias imbéciles me causaron gracia y comencé a reír. Me tapé la boca para aminorarla, pero el ataque fue peor de lo que me esperaba, y terminé sujetándome el estómago debido a los espasmos. Cuando la risa cesó, lo miré fijo.

—Tú, ¿por qué no te quedaste en tu país? Eres lo peor que me ha pasado en la vida. —Me volví hacia la barra y llamé al chico para pedir otro vaso.

—No deberías estarte emborrachando.

—Vete al infierno —mascullé—. Me quedaré aquí hasta que ese chico bonito salga del trabajo —apunté con la cabeza hacia el barman, que miraba a Erian con desconfianza—. Luego me lo llevaré a casa y bueeeno, tú sabes...

Reí tontamente, guiñándole un ojo al barman, quien me devolvió una sonrisa torcida.

—Muy bien, espero que estés segura de lo que haces. —Su voz destilaba hielo, pero me sorprendió lo que vino a continuación—. Porque esta vez, no estaré en el departamento de al lado para ayudarte.

Me congelé. Fue una estocada a traición. Me volteé creyendo que se habría ido, pero estaba aún a mis espaldas. Mejor que mejor. Lo miré sin poder creer que usara ese recuerdo tan doloroso contra mí. Le crucé el rostro con una cachetada tan fuerte que mi mano se acalambró y los de alrededor se giraron a mirar. Dejé dinero sobre la barra y me largué sin decir una palabra. Aún no había caminado media cuadra fuera del bar cuando Erian me dio alcance, sujetándome un brazo y dándome la vuelta bruscamente... Sí, igual que en las películas.

—Yo te llevo. No puedes conducir en ese estado.

—Qué te importa, hijo de.... —Me mordí el garabato ya que las náuseas me impidieron decir más. Tenía razón, no era capaz de conducir en ese estado. —¿Qué te puede importar? —ladré al fin.

—Lo siento, lamento haber sido tan idiota allá adentro, pero no se me ocurrió otra forma de sacarte de ahí más que provocándote.

—Pues funcionó, imbécil. ¿Feliz? —le escupí mientras intentaba soltarme de su agarre. Al no lograrlo, me sentí tan débil que me mordí los labios, pero las lágrimas salieron de todos modos. Maldito alcohol.

Guardó un prudente silencio mientras yo controlaba la respiración

para contener las lágrimas. Finalmente lo conseguí. Me relajé un poco; sin embargo, él seguía sujetando mi brazo como si colgara en un precipicio del Everest.

—¿Por qué? —pregunté de pronto con tono cansado.

Me miró confundido.

—¿Por qué volvimos a coincidir... en la universidad, mi trabajo, mis estudios... hasta en mi borrachera?

Más silencio. Luché por zafarme, pero era más fuerte que yo y estaba sobrio. De pronto, la situación me pareció ridícula y solté una risa amarga. Quería herirlo.

—¿Será que aún me ves como tu Anne? —El comentario surtió el efecto que buscaba, la presión aminoró, soltó mi brazo, pero sujetó mi muñeca con delicadeza.

—Hablemos en un lugar más privado. Te llevo a tu casa —se comportaba como un adulto que enfrenta el berrinche de un niño.

—¡No! —En verdad me comportaba como una niña, pero estaba demasiado irritada como para evitarlo—. ¡Ya no eres mi jefe! —lloriqueé—, y no lo serás... ¡A la mierda tú y tu estúpida beca!... A la mierda todo...

De pronto, sus labios se cerraron sobre los míos de forma violenta. Me estaba castigando.

Luché por separarme de él, pero me abrazó más fuerte y se apretó más contra mí. Nuestras respiraciones se agitaron, sacudidas por la ira de ambos. Podía sentir su rabia, su fuerza despiadada, el poder de su magnetismo. No noté el momento en que había dejado de luchar y me dedicaba únicamente a sentir sus labios tibios sobre los míos, el compás de su respiración, el aroma de su perfume. Tampoco me percaté de cómo mis manos se habían aferrado a su nuca con fuerza, mientras mis labios se abrían para probar los suyos. Cuando las puntas de nuestras lenguas se encontraron, no pude reprimir un gemido de placer, él se estremeció de forma tan evidente, que reí para mis adentros. Lo deseaba tanto o más que hacía cinco años, tanto, que todo lo demás parecía no importar... tanto, que hubiese vendido mi alma por prolongar ese momento. De súbito, tomó mis manos y las apartó de su nuca.

—Vivianne —susurró sobre mi boca.

—No... no rompas la magia —supliqué, y me lancé en busca de sus labios. Él respondió sujetándome las manos a la espalda, alejándose un poco.

—Vivianne... —volvió a repetir. Su voz sonaba lejana, como al despertar de un agradable sueño—, contrólate... estamos en la calle.

Gruñí una negativa, con los ojos cerrados aún, pero el hechizo se había roto.

—No podemos ir más lejos.

Maldito, siempre había sido un aguafiestas. Me rendí y abrí los ojos.

—¿Por qué no? —Mi voz sonó suplicante—. Se agachó y lanzó una palabrota en otro idioma, luego me miró, ceñudo y contrariado.

—No podemos, porque... —Parecía frustrado. No le dejé responder, precisamente en ese instante, el mundo dio un brusco giro y el piso se movió. Erian se volvió una mancha borrosa—. ¡Te pusiste verde! ¿Estás bien?

—No —respondí—. Voy a vomitar.

CAPÍTULO 13

Mediados de Enero

La luz de sol hacía arder mis párpados. Percibí movimiento, a pesar de que tenía los ojos cerrados. Tenía sueño y un mal sabor en la boca. ¿Qué día era?... ¡No!... ¡la oficina!

Me levanté bruscamente de la cama y descubrí que no me encontraba en mi habitación: vestía una camisa que dejaba a la vista mis piernas y una buena parte de mis pechos... y no estaba sola.

—¿Qué diablos pasó? —pregunté en voz alta, luego me percaté de la presencia de Erian, recostado en un elegante sofá a la orilla de la cama. Vestía un pantalón oscuro y una camisa blanca desabotonada a la altura del cuello, su cabello estaba húmedo y desordenado. Lucía tan guapo que casi tuve un orgasmo.

Yo, por otra parte, debía lucir desastrosa, pero eso no me preocupó tanto como estar casi desnuda frente a él. Volví a la cama y me tapé con las sábanas. Me siguió con la mirada. Una vez que estuve arropada hasta el cuello, apartó la vista y miró por la ventana.

—Te emborrachaste, vomitaste tu ropa y te desmayaste. Te traje a mi hotel.

Sabía que decía la verdad, así como también que no me había tocado un solo cabello. Escondí la cabeza debajo de las sábanas, deseando no haberme despertado.

—¿Por qué visto tu camisa? —pregunté débilmente.

—No podía dejarte desnuda en la cama.

“Sí, sí podías”, pensé rebelde... “pero eres demasiado correcto para hacerlo”.

—Una mucama te desvistió —aclaró.

Suspiré, luego me senté otra vez y hablé sin mirarlo.

—Lamento las molestias que te causé anoche. Esto es muy vergonzoso, así que, si me indicas dónde está la ducha, podré asearme y volver a verme presentable. Luego desapareceré de tu vida para siempre.

Mientras hablaba, empuñaba la sábana, mirando obstinadamente los diseños del elegante cubrecama de plumas.

—Es la puerta a mi espalda —respondió.

Me levanté arrastrando las sábanas conmigo, intentando cubrirme. El corto trecho entre la cama y el baño me pareció eterno. Sabía que me miraba y detestaba ser un espectáculo patético, tal como él me había llamado la noche anterior.

Entré a la ducha. El chorro de agua tibia me reconfortó. Me tomé mi tiempo, utilicé el delicado jabón perfumado y el caro champú. Apuesto mi colección de primeras ediciones de Austen, a que el hotel era cinco estrellas; adiviné. Al salir de la ducha, me percaté de que no tenía mi ropa a mano, así que me enfundé en una bata de baño tan mullida que podría haberla usado de frazada. Busqué en el tocador, este confirmó mis sospechas sobre la alta categoría del lugar, pues había cepillos dentales de marca exclusiva del hotel. Tomé uno, lo abrí, le puse pasta dental y me cepillé los dientes con lentitud y cuidado. Intentaba hacer tiempo para que Erian se fuera a donde quisiera y me dejara sola. Era la única opción que se me ocurría para salir de la situación con algo de dignidad.

Al terminar de estrujar mi cabello, suspiré y salí del baño. Erian no estaba en el dormitorio, por suerte. Necesitaba mi ropa y me puse a buscarla, no estaba en el guardarropa, ni en el clóset, así que me aventuré fuera de la habitación. El piso tenía sala de estar, cocina, incluso una oficina. Crucé la suite y me encontré con una mesa en la que había café recién hecho, agua mineral embotellada, un delicioso desayuno y medicamentos para la resaca.

El aroma del café siempre me traía recuerdos de Erian. El detalle de la medicina me hizo sonreír. Me acerqué ubicándome en el taburete frente al puesto servido. Me bebí el agua y el medicamento.

—¿No deberías comer antes de tomar esa medicina? —dijo Erian.

—Si lo hago, devolveré el desayuno antes de poder tomar el medicamento —instruí—. ¿Nunca has tenido resaca?

—No —respondió muy serio. Se sentó frente a mí y tomó un tazón de café.

—Te odio— dije mientras probaba el mío—. Eres Erian “Mr. Perfecto” Aibreán.

—No lo creo. —desvió la vista y ocultó una sonrisa tras su taza.

—Siempre haces todo bien —continué. Tomé un panecillo dulce. Cuando estaba a punto de morderlo, una frase de Erian me dejó con el bocadillo a medio camino.

—No sabes si hago todo bien —declaró con sus ojos puestos en mí. Estaba sonriendo, directa y provocativamente.

¿Estaba flirteando? Ni mi torpe silencio ni mi rostro desconcertado lo amedrentaron.

—¿Estás coqueteando? —pregunté, más por asombro que esperando

una respuesta.

—Quizás. —Su sonrisa se ensanchó, formando hoyuelos en sus mejillas. Me sorprendí de no haberlo notado antes—. ¿Quieres que lo haga?

De no haber estado sentada, me hubiera ido de espaldas.

—Tu broma está yendo muy lejos —respondí, seria—. Pásame la mantequilla, por favor —pedí, intentando tomar el control de la incómoda situación. Me extendió lo que le pedía, sin perder el buen humor.

—No respondiste mi pre...

—Si yo ocupé la cama, ¿dónde dormiste?

—Contigo, en la cama —respondió como si fuera obvio.

—¿...?

—Ok —accedió sonriendo—, en el sofá.

—No recuerdo dónde dejé mi moto... —pensé en voz alta, mientras me terminaba el pan con mantequilla—. Tendré que llamar al bar...

—Eric la tiene.

—¿Qué?

—Lo llamé para avisarle que te traía conmigo. Le pasé tus llaves y se llevó tu motocicleta.

—¡¿Y por qué demonios no me llevó con él?!

—Dijo que confiaba en mí para cuidarte.

Terminé de masticar el resto de pan y negué con la cabeza

—Gracias por el desayuno —dije con la boca aún llena, me puse de pie, encaminándome a la habitación—. ¿Dónde está mi ropa? —grité desde la puerta hacia la cocina.

—En la lavandería —respondió avanzando hacia mí con una mano en el bolsillo y la otra en su tazón de café—. ¿Por qué tenía que parecer un maldito modelo? Retrocedí, terminando entre la cama y el ventanal del balcón. Me cerró el paso, recostándose en el marco de la puerta—. La traerán a las diez— Miró su reloj y agregó—: Nos queda una hora, ¿cuáles son los planes? —me miró, travieso.

Aún no sabía si realmente me estaba provocando o tomando el pelo con un sádico sentido del humor.

—Dímelos tú, ya que parece tener siempre el control —escupí, cruzándome de brazos.

—He estado hablando con Eric... —Su expresión adquirió cierta seriedad.

—Ya me lo dijiste...

—No. He estado hablando con él durante todo este tiempo.

—¿Qué?! ¿A qué tiempo te refieres?! —mi voz se tornó desafiante.

—Estos últimos tres años, al menos —reconoció colocando la taza de café sobre una repisa al lado de la puerta.

Eric jamás lo mencionó. Me sentí traicionada. Le di la espalda y me dejé caer sentada en la cama.

—Yo le pedí que no te dijera.

—¡Pero su lealtad debe estar conmigo! —grité, con los dientes apretados de rabia. Luego de un silencio hice la pregunta que me quemaba por dentro—. ¿Por qué lo contactaste sin que yo supiera?

—Quería saber de ti.

Se había sentado al otro lado de la cama.

—¿Saber de mí? —repetí bajito y una furia desconocida me brotó desde las entrañas y se apoderó de todos mis sentidos—. ¿Saber de mí?! —grité encarándolo. Se mantuvo impasible—. ¿Qué te podía importar, si me rompiste el puto corazón, maldito imbécil?! —Le lancé una almohada que atrapó con facilidad—. ¿Qué mierda te podía importar, si aún amabas a otra mujer?! —Más almohadazos—. ¡Detestable egoísta!

Transformé una de las frazadas en látigo, se cubrió de mi ataque con las almohadas.

—¡Nunca más me pude enamorar, por tu culpa, cretino!

Seguí golpeándolo, hasta que se me acabaron las fuerzas y caí sentada en la cama de nuevo, con la cara roja por el esfuerzo y llena de manchurroneos de lágrimas.

Erian salió de su escondite.

—Estás hecha una salvaje. —Se ganó una mirada amenazadora.

—Te odio.

Le di la espalda

—Te deseo...

Me giré a verlo, espantada. ¿Había oído bien?

—Te digo que te odio, ¿y tú quieres tener sexo conmigo?

—No fue eso lo que dije, pero es una muy buena idea —respondió, mortalmente serio—. ¿Qué quisiste decir con que no te pudiste volver a enamorar por mi culpa? —preguntó con un dejo de interés en su voz.

¿Había dicho eso? Maldición, se me había escapado por el calor del

momento. De todas maneras, no podía admitir que la razón por la que no había intentado enamorarme de alguien en todo el tiempo transcurrido, era porque él todavía estaba en mi corazón. Ahora lo veía claro, con él frente a mí, la verdad se había revelado transparente, poderosa e innegable.

—Está bien, tengamos sexo —dije impulsivamente, en un intento por desconcertarlo—, luego no volverás a cruzarte en mi camino.

—Vivianne... —Su voz me causó escalofríos—. No funciona así para mí.

Se acercó. Noté cómo mi ira se había convertido en franca excitación, su cercanía me hizo temblar. Pronto, estuvo a escasos centímetros de mi boca.

—No soy Anne. —Solo entonces, me di cuenta de que mi tiempo se había congelado en ese pensamiento, cinco años atrás, y su posible respuesta me llenó de terror. En lugar de sorprenderse, me sonrió.

—Lo sé. —Lamió ligeramente mis labios.

—¿Aun así, vas a...?

Su lengua entró en mi boca, comencé a gemir como nunca lo había hecho.

—Es justamente por eso que voy a tomarte... —Me inclinó hacia atrás y abrió la bata, dejándome expuesta a su mirada lasciva— porque eres tú y solo tú, Vivianne.

Ya no me importaba si era a Anne o Vivianne a quien veía. Lo deseaba más que antes, y si todo entre nosotros tenía que terminar, al menos me quedaría con aquel recuerdo. Lo tendría para mí solo por esa vez y luego le dejaría ir... para siempre.

Se quitó la camisa. Lo miré desde la cama. Me tenía atrapada las piernas entre sus rodillas, y me observaba desde arriba. Pude notar su erección presionando contra la tela de su pantalón. Fui a desabrocharlo, pero sostuvo mi mano.

—No voy a preguntar si estás segura de esto... porque no estoy dispuesto a dejarte escapar, ¿lo entiendes?

—Sí —respondí con un hilo de voz. Solo entonces dejó que mis manos comprobaran cuánto me deseaba.

Se tendió sobre mí, puso ambas palmas en mis pechos y buscó mi boca mientras de su garganta emergía un rugido de deseo. Bajó por mi cuello, recorriéndolo con la lengua hasta llegar a mi pecho, luego a mis pezones,

lamiéndolos con suavidad para después ponerlos en su boca por completo, devorándolos.

Cuando sus rodillas me liberaron, abrí instintivamente las piernas y me amoldé a su cuerpo abrazándolo con fuerza, lo tomé del pelo y lo apreté contra mi pecho.

No podía evitar empujar mis caderas contra las suyas, lo deseaba dentro de mí. Quise apurar aquel juego que parecía disfrutar tanto. Llevé una de mis manos a su pecho y comencé a bajarla por su estómago y el bajo vientre. Introduje mis dedos en su pantalón; pude sentir el suave vello naciente en su pelvis. Se tensó y contuvo el aliento, estaba húmedo y podía sentir las palpitaciones provenientes desde más abajo.

Tomé impulso y ágilmente quedé sobre él, lo despojé de la ropa que le quedaba, dejándolo desnudo, a mi merced.

Recorrí su cuerpo con caricias lentas, lamiendo desde sus hombros hasta sus caderas, observando su abdomen plano y definido, el pecho sin vello, su espalda amplia y musculosa. Me incliné hacia él, tragó saliva y cerró los ojos cuando mis dedos comenzaron a incitarle. Respirábamos agitados, su aliento me rozaba los labios. Cuando pretendía cambiar la estrategia de estimulación, abrió los ojos y buscó mi boca para introducir de nuevo su lengua, salvaje y sensual. Hizo un rápido movimiento que lo dejó sentado sobre la cama, me alzó y entrelacé mis piernas alrededor de su cuerpo. Sentí la presión de su erección, dispuesto a traspasarme. Me abracé a él y permití que lo hiciera; me ancló a su cuerpo sujetándome por las caderas, mientras se movía en mi interior, lento, profundo.

—Hani... —gemía en mi oído, en cada vaivén.

Tumbándolo de espaldas en la cama, volví a colocarme sobre él. Disfrutaba tener el control, ver su expresión cambiante dependiendo de cómo me moviera y le apretara.

De pronto, me tomó con fuerza de las caderas y levantó la suya, lo sentí dentro de manera tan profunda, que no pude reprimir los gemidos. Una oleada de placer se expandió por todo mi cuerpo, haciéndome contraer cada uno de mis músculos. Caí sobre él, olvidando todo.

Me recibió en un abrazo y me llenó de besos, repitiendo Hani una y otra vez. Pasados apenas unos segundos, rodó sobre mi cuerpo y quedamos frente a frente. Ahora era yo quien lo miraba desde abajo. Se acopló a mí de tal forma, que le permitía entrar y moverse a su antojo. El placer que había

sentido sobre él adquiriría ahora una nueva dimensión volviendo a apoderarse de mí.

Sus movimientos profundos se hicieron cada vez más rápidos y fuertes, hasta que el incontrolable temblor de su cuerpo y el gemido intenso que dejó escapar, entre placentero y doloroso, me indicó que había alcanzado tanto placer como yo...

&

Me levanté intentando hacer el menor ruido posible, era el momento de irme, si no lo hacía en ese instante, no tendría fuerzas para hacerlo después. Era el final. Todos esos años solo había ansiado una cosa y ya la había tenido. Era el momento de dejarlo atrás. Podía... No, debía dejar ir ese amor y continuar con mi vida. Y así él podría hacer lo mismo.

Asumí mi decisión como adulta, no había daños colaterales. Había sido sexo entre dos personas que habían extendido demasiado tiempo su mutua tensión sexual... Muy buen sexo y mucha tensión sexual...

—¿A dónde crees que vas? —preguntó desde la cama, girándose a mirarme, cortándome la huida.

—Al baño... —murmuré de espaldas a él, cubriéndome con la sábana que habíamos tirado fuera de la cama.

—¿Y después? —Había dado en el centro de mis intenciones.

—A casa.

Tras mi respuesta hubo un tenso silencio.

Me escabullí con rapidez y cerré la puerta tras de mí. Mi corazón estaba dividido entre la emoción de haberlo tenido para mí y la inmediata sensación de que, quizás, nunca lo tuve.

Eché a correr el agua de la ducha, me metí debajo por segunda vez en el día y dejé que el agua caliente relajara mis músculos y se llevara todas las emociones. Era necesario ser práctica, no podía darle más vueltas a algo que había decidido en el momento en que decidí acostarme con él. Salí de la ducha, cepillé mis dientes cuidadosamente otra vez, me envolví en otra de las costosas batas de hotel y abandoné el baño.

Erian estaba sentado en el borde de la cama, que daba justo frente a la puerta en la que yo estaba de pie.

—El baño es tuyo —avisé, sin mirarlo.

Me dirigí hacia la cocina, mientras el profesor Aibreán tomaba su turno en la ducha. Llamé al servicio para que llevaran mi ropa. Me dijeron que habían intentado avisar que la ropa estaba lista en varias ocasiones, pero que nadie había respondido. “Como si nuestros gritos nos hubieran dejado oír algo”, pensé.

Agradecí que se demoraran solo un par de minutos en traérmela. Me vestí, luego salí corriendo de la habitación y del hotel, como si mi vida dependiera de ello.

CAPÍTULO 14

Enero aún

—¿Por qué no me dijiste que mantenías contacto con Erian? —grité a Eric cuando llegué a su casa y me abrió la puerta.

—No lo consideré necesario —respondió en el umbral, sin inmutarse.

—¡Yo soy tu familia!

—Por lo mismo —razonó—. Preferí respetar tu decisión de olvidarlo y valorar tus esfuerzos. Si te lo hubiera dicho, no habrías podido llegar a ser tan fuerte como ahora.

—¡Mentira! —grité, rebelde.

—No te mentaría en algo como eso.

—Así que... ¿fue para protegerme?

—Sí.

—¡Pero si de todas formas me acosté con él! —lloriqueé al final.

—¡Felicidades! —me abrazó, riendo, mientras yo me deshacía en llanto.

—Por fin —secundó Alex, saliendo de su escondite en la cocina, y me abrazó también.

—¿Por qué están tan felices? —repliqué, berreando.

—Ese muchacho te ha esperado por tres años —declaró Eric—. Durante todo este tiempo se ha preocupado por ti, y en cada paso que has dado. Mientras tú solo deseabas olvidarle, él buscaba la manera de volverte a ver.

—¡¿Por qué?! —chillé, con la nariz llena de mocos, aplastada entre mis dos padres.

—Deberías preguntárselo a él.

—Estoy aterrada.

—Eso está bien —replicó, comprensivo—. Tienes miedo, ya has experimentado dolor antes... entonces, de acuerdo a la receta del amor verdadero, solo te falta sentir el amor, querida.

—No lo volveré a ver. —Seguí llorando—. Me acosté con él y salí corriendo.

—Le debes, al menos, una cita al pobre —rio Eric.

—¡No es gracioso!... es... ¡patético!

—¿Por qué?

—Porque tenías razón. Después de cinco años, yo aún, aún...

No pude continuar, el hipo me lo impidió. Alex me llevó a la que

había sido mi habitación en su departamento. Una vez que terminé de llorar el alma, puso un paño frío en mi frente, me hizo beber mucha agua y pude descansar un par de horas.

A media tarde, cuando desperté, pude oler la comida que preparaban en casa, y mi estómago gruñó. Me sentía mucho más tranquila y me levanté en busca de algo para comer. Al entrar a la cocina, tres hombres almorzaban y hablaban tranquilamente: Eric, Alex y Erian voltearon a mirarme.

&

—Anne era una muchacha divertida y extrovertida, todo el tiempo que pasaba conmigo, quería hacer cosas nuevas. Fue esa energía lo que hizo que me enamorara de ella... eso y la inexperiencia que se tiene a los dieciocho años. Cada vez que nos veíamos era una aventura, Anne me hacía sentir especial. Yo era un chico tímido e introvertido y ella hizo que ganara confianza en mí mismo animándome a probar diferentes experiencias... Me ayudó a construir mi mundo adulto”.

Me encontraba sentada junto a Erian, en un café. Era una noche fresca para la estación. Mis padres (Erik y Alex), habían insistido en que teníamos que hablar en un lugar público, de lo contrario las hormonas se interpondrían en nuestros intentos por entablar cualquier tipo de comunicación verbal.

La verdad, estaba aterrada de lo que tuviera que decirme y requería de toda mi fuerza para oír, con tranquilidad, la confesión que estaba escuchando.

“Después del primer año de relación, comencé a notar ciertos aspectos en los que antes no había reparado. Pasaban semanas en las que no nos separábamos, y el mundo era maravilloso; luego venían lapsos en que, simplemente, no quería verme, sin mayor explicación desaparecía de mi vida, para luego, reaparecer, como si nada.

Un día de aquellos en que no tenía señales tuyas, decidí ir a su casa para hablar sobre el asunto, sus ausencias me confundían. Mi sorpresa fue aterradora al encontrarla en el piso, con medio frasco de tranquilizantes en el estómago. La llevé al hospital, allí lograron salvarla. Solo entonces me enteré de su condición: Anne padecía de un trastorno límite de personalidad. Después, fui descubriendo sus oscuras verdades. Su familia poseía dinero, poder, prestigio, y no lo perderían con una hija desequilibrada. Estaba sola, despreciada e ignorada, yo era todo lo que tenía en el mundo, su único lazo con la vida.

Admito que, aunque estaba aterrado, no sabía exactamente si yo había causado aquello y, por ende, fuera mi culpa que estuviera así. Me sentía enormemente responsable, así que me hice cargo de ella. La cuidé, me preocupé de sus medicamentos y de acompañarla durante sus crisis cuando

estaba en la etapa más oscura. Comenzó a recuperarse, aparentemente. Seis meses después, era otra vez la chica de quien me había enamorado.

Un día, en plena época de exámenes en la universidad, tuve algunas dificultades para ir a quedarme con ella. La llamé para disculparme y fue comprensiva, aun cuando le aterraba quedarse sola por las noches. Como no pude evitar sentir culpa por dejarla así, esa noche apuré mis estudios y logré hacerme el tiempo. Fui a su casa, la encontré eufórica. Había dado una fiesta y en ella había cocaína y alcohol. Prometió que sería la última vez que la probaría, pero no fue así. Anne me aseguraba que estas drogas la mantenían alegre y viva cuando yo no podía estar con ella. Me aseguraba que era la única forma de mantenerse viva, porque los impulsos suicidas eran cada vez peores y ni siquiera todo mi amor por ella la podía salvar.

Le creí, era sincera y estoy seguro de que intentó no recaer, pero la degradación alcanzó un límite que era más de lo que un muchacho de veinte años podía tolerar. Las discusiones, debido a su ansiedad, su rabia y su tristeza, se hacían cada vez peores. Comenzó a agredirme físicamente cuando no le permitía lastimarse a sí misma. Casi no comía, y yo pasaba noches en vela. Dejé de ir a la universidad para cuidarla, ya que, cada vez que quedaba sola buscaba consuelo en drogas o intentos suicidas. Se estaba destruyendo frente a mis ojos, la estaba perdiendo... y no podía hacer nada.

Mi estado de desesperación alteró también a mi familia. Mis padres se afligían al verme así. La dulce Luain dejó de sonreír, casi no me hablaba, y si lo hacía era con ira, sus comentarios se tornaban crueles cada vez que hablaba de Anne. La detestaba porque sabía que me estaba dañando. Incluso una vez llegó a gritarme: “No eres un superhéroe que la está salvando... estás muriendo junto con ella. ¿Y qué pasará con nosotros?”. Esa fue la última vez que me habló, mientras Anne estuvo en nuestras vidas.

Fue entonces cuando me di cuenta de cuánto daño me estaba causando, mi amor por Anne había hecho que tomara decisiones egoístas... ese deseo de creer que solo con mi amor la salvaría, estaba destruyendo lo que yo más quería: mi propia familia.

Debes entender, Vivianne, que yo la amaba locamente, estaba dispuesto a sacrificarme por ella, pero no a quienes me amaban. No podía permitir que ese comportamiento continuara. Yo quería salvarla, más que nada en el mundo... pero también quería proteger a mi familia, así que tomé una decisión. Traicioné la confianza de Anne y hablé con sus padres

pidiéndoles que la internaran en una clínica de rehabilitación.

Obviamente, el proceso se llevó a cabo contra su voluntad, pero su conducta autodestructiva estaba fuera de mi alcance; no podía manejarla.

Tuve que echar mano de toda mi voluntad para no sacarla de ahí y acurrucarla en mis brazos cada vez que llamaba suplicándome que la sacara, otras veces llamaba para amenazarme con suicidarse si no iba por ella... prometió que volvería a ser lo de antes, me maldijo y deseó mi muerte por haberla traicionado. Pasaron semanas así, hasta que, un día, simplemente dejó de llamar.

Pedí explicaciones a sus padres, ellos dijeron que la habían trasladado a otra clínica, debido a que su obsesión conmigo la había llevado a renovar las crisis destructivas. Así, fue que Anne desapareció de mi vida. Quedé devastado, con la idea de que no fui capaz de ayudarla y suplicando a sus padres por una segunda oportunidad para verla y saber que estaba bien”.

Guardó silencio, perdido en sus dolorosos recuerdos. No quise interrumpirlo, pero el mesero, ignorante de nuestra conversación, depositó un pastel de trufa frente a mí, más una botella de agua mineral muy exclusiva que no habíamos pedido; le di las gracias y, cuando iba a preguntarle por el agua, el muchacho sonrió, me guiñó un ojo y se fue. Lo miré alejarse, sin comprender del todo su comportamiento, luego miré mi pastel, sin ganas de comerlo y finalmente a Erian, quien había cambiado la actitud taciturna por una mirada entre molesta y divertida.

—Te está coqueteando —apuntó, colocando los codos sobre la mesa y cruzando las manos frente a su boca, su mirada era intensa.

—¿Quién? —pregunté, perdida en su expresión que me recordaba al Erian de antes, al que me había sacado de una clase por llegar tarde. Las cosquillas en mi estómago fueron definitivamente alarmantes.

—El mesero —respondió detrás de sus nudillos—, es el mismo chico de la otra noche, el barman que se ofreció a llevarte a casa.

—Ah... —fue mi única respuesta cuando los recuerdos volvieron. Me sentí culpable sin haber hecho nada.

—No lo culpo. —Continuó serio—. Te has vuelto una mujer muy atractiva.

Lo miré y me odié a mí misma por sonrojarme.

—¿Lo dices porque me parezco a Anne? —Volví con el recuerdo.

Después de todo, seguía siendo una mujer enormemente insegura y se manifestaba en los peores momentos.

Erian dejó su postura, estiró los brazos y alcanzó mis manos a través de la mesa. Acarició mis dedos con los suyos, cálidos... sentía que me derretía con cada roce. El toque parecía tan íntimo, tan ilegal en ese lugar, que me sentí estúpidamente inmoral. Estaba dejando mi guardia muy baja, encantada y aterrada.

—No —declaró con esa ronca voz, tan suya—. Eres atractiva porque eres tú, Vivianne —susurró—, eres la razón por la cual regresé —dijo esto último en voz alta. Las señoras sentadas detrás de él quedaron con la cuchara a medio camino.

—Que en algún momento haya creído ver a Anne en ti, no tiene nada que ver con lo que estoy haciendo ahora aquí. —Entrelazó sus dedos con los míos.

Me negué a caer en ese encanto, retirando y escondiendo mis manos, mirando por la ventana a los turistas que poblaban las calles a esa hora. Aun después de todo lo que habíamos hecho, no quería hacerme expectativas respecto a nada. Las heridas de mi corazón roto eran demasiado profundas.

—Entiendo— respondí sin creérmelo todavía.

¿Sería este el equivalente de cuando Darcy le pide matrimonio a una confundida Lizzie? Escuché algunos murmullos de indignación en las mesas cercanas.

—Me enamoré de ti, Vivianne —lo dijo sin ceremonias, y me extrañó que no aparecieran fuegos artificiales ni estallara la música de fondo, o no hubiera bailarines haciendo un flashmov. Su declaración era clara, franca, natural, mirándome con sus ojos celestes como agua brillante de océano tropical. El hielo que recordaba, en ellos, se había derretido.

Cobardemente, evadí darle la respuesta que esperaba.

—¿Qué significa Hani? —interrogué mirando a la gente pasear por la costanera, en aquella noche de luna llena, evitando una respuesta directa a esa tremenda declaración. El silencio que siguió llamó mi atención e hizo que me volteara a mirarle.

Se mordía los labios para contener una sonrisa, gesto que, como de costumbre, acentuaba aún más los encantadores hoyuelos de sus mejillas.

—Tiene muchos significados —respondió, acercándose a mí por

sobre la mesa. Puso su mano en mi mejilla—, mi favorito es: Amor mío.

Guardé silencio durante unos segundos, disfrutando el calor de su mano sobre mi piel y el ardor de sus palabras en mi corazón.

—¿Eres consciente de que hace cinco años me alejé de ti con la idea de que solo me veías como una imagen de tu amor perdido?

No había recriminación ni acusación en mis palabras, solo exponía los hechos. Se alejó de mí, pasó las manos por su cabello y luego las cruzó frente a él.

—Sí —respondió con cautela.

Yo había notado que las mesas a nuestro alrededor se volvían a mirarnos discretamente, al menos las mujeres en las cercanas; se giraban a mirarlo... quizás no tan discretamente.

—Eso me rompió el corazón —apunté más bajito. Los vecinos dejaron de fingir que no estaban interesados en nosotros y dejaron de hacer ruido para poder oír mejor.

—Comprendo —declaró sinceramente, sin percatarse de que éramos la atracción principal. Apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos, su rostro impenetrable fue traicionado por sus ojos. Mostraban miedo.

—¿Por qué habría de creer que estás enamorado de mí, y no de Anne? —solté sin importar nada. Esperé la respuesta a esa inquietud primordial, que me estaba quemando el alma.

Apretó la mandíbula, tragó saliva y respiró profundamente intentando calmarse. Sospeché que la respuesta la había preparado con mucho cuidado.

—Eres testaruda. —Sonrió, complicado.

—No quiero volver a ser herida —repliqué con franqueza y un poco más brusca de lo necesario.

—Tienes razón —admitió, recobrando el gesto serio—. Admito que, cuando te conocí, el parecido me sobrecogió —me puse tensa—. Eras como la Anne de quien me había enamorado y disfruté de verte como ella. Luego, al hacernos más cercanos, me di cuenta que... era como si la vida me hubiera dado una segunda oportunidad... debía quedarme contigo, protegerte. —Rio amargamente al recordarse a sí mismo—. Realmente fui un bastardo egoísta, haciéndolo por mí, utilizándote para aliviar mi conciencia por no haber superado lo de Anne.

No lo contradije ni lo consolé. Tenía que enfrentar sus propios demonios. Yo ya tenía suficiente con los míos.

—Pero —continuó— resultaste ser más fuerte que yo. Ya te habías levantado una vez y lo volviste a hacer sin mi ayuda. Nunca me pediste apoyo y no dudaste en alejarte de mí cuando percibiste que yo te hacía daño... —Volvió a sonreír tristemente—. Me gustaba la idea de protegerte, pero tú no necesitabas mi protección. Nunca me necesitaste, fuiste tu propia heroína. Tu fortaleza me destrozó. —Volvió a mirarme, se acercó con intención de tomar mis manos, pero se arrepintió y volvió a entrecruzar sus dedos, casi con desesperación—. Necesito pedirte perdón. Necesito que me perdones.

El silencio en el café hizo que me zumbaran los oídos. Sentí cómo se me subía la sangre a las mejillas y los ojos comenzaron a picarme, respiré hondo varias veces. Apreté la mandíbula para que el mentón no me temblara.

—No te pido que sea ahora —continuó, y se rompió su perfecta expresión de control, dejando a la vista todas sus emociones contenidas hasta ese momento: tristeza, frustración, desesperanza... miedo.

Erian Aibreán estaba tan aterrado como yo de estar enamorado, pero a diferencia mía, era mucho más valiente, ya que, a pesar de que también le habían destrozado el alma, estaba frente a mí, regalándome las palabras más hermosas que alguien me hubiera dado jamás.

—Pero al menos... al menos déjame demostrarte que, quiero esperar por ti, Viv... todo lo que haga falta. Déjame darte el amor que deseas.

CAPÍTULO 15

Febrero

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó Eric durante el desayuno del domingo.

—Nada. —Alex y Eric pusieron los ojos blancos, claro gesto de exasperación—. Tuvimos que salir del café porque las chicas que se habían detenido a mirar a Erian comenzaron a armar alboroto. Fue como si vieran a una celebridad y abarrotaron el lugar para tomarse fotos con él.

—¿Es una broma? —preguntó Alex, realmente asombrado.

—No.

Estallaron en risas, que cesaron al sonar el timbre. Alex se levantó a atender, mientras Eric se secaba las lágrimas y me pedía detalles de la curiosa situación.

—¿Y luego, qué respuesta le diste?

—Ninguna —Erian contestó por mí, entrando a la cocina.

Sonrieron y se estrecharon las manos cálidamente.

—Gracias por aceptar mi invitación a desayunar con nosotros —dijo Eric—. Es un placer volver a verte.

—Eres muy amable —respondió Erian, con cortesía.

—No, de verdad... —atajó mi padre con una chispa de coquetería—, es un placer mirarte —lo escaneó de pies a cabeza, asintiendo—. Será una maravilla tenerte en la familia —soltó al final. Alex solo rodó los ojos, Erian rio encantado.

&

—Entonces... —intervino Eric, una vez que habíamos desayunado y estábamos en la sala disfrutando de su café—. ¿Cuáles son los planes?

Casi se me salieron los ojos, le lancé una mirada reprobatoria, pero no se dio por aludido.

—Es muy pronto aún —reconoció Erian, mirándome con un dejo de tristeza.

—Creo que ya han perdido mucho tiempo —opinó mi padre, con su franqueza habitual.

—No voy a presionar. —El aludido sonrió—. No tengo derecho.

—Es cierto —concedió Eric—. Ella es demasiado buena para cualquiera —agregó, cambiando su expresión relajada por una seria, algo muy poco usual en él. Fue la primera vez que le oí hablar como un verdadero padre.

—Lo sé —admitió Erian, poniéndose derecho y aclarando la garganta—. Prometo cuidarla como mi más grande tesoro, si ella me acepta.

—Sé que lo harás.

—¡Hey!, ustedes... —me levanté del sofá—. Dejen de hablar como si yo no estuviera aquí.

—Lo siento —dijo riendo Eric—, es la costumbre. Han sido años hablando de ti sin que estés presente.

En ese momento, comprendí que Erian no llevaba esperando mi respuesta desde la noche anterior, sino desde hacía años. Lo miré y, esta vez, fue él quien me evadió, dirigiendo la vista a su café.

Sonó mi teléfono. Como el número no me era conocido, decidí responder a solas. Me excusé y fui a mi habitación.

—¿Hola?

—Buen día, ¿hablo con la señorita Sara Villen?

Hacía tanto tiempo que no oía ese nombre, que tardé en responder. Cuando lo hice, la boca se me llenó de bilis.

—Sí.

—Lamento informarle esto, señorita Villen, pero la llamo del Hospital Capital. Su madre está internada en nuestra área de oncología y desea verla.

—¿Mi madre?

—Así es. Su condición empeoró. El diagnóstico es terminal, unas

semanas, máximo. Ella pidió verla y por ello nos hemos contactado con usted.

—Comprendo, gracias —dije de manera automática.

Volví a la sala, los presentes parecían charlar de algo agradable, la brisa de verano entraba por el balcón y el sol brillaba con fuerza, pero yo temblaba... sentía como si mi sangre se hubiera congelado.

El primero en levantarse al verme fue Erian, quien me sujetó por los hombros para sostenerme, pues mis rodillas habían cedido.

—Hani... Hani... —Me abrazó. Tocó mi cara y mi frente. Yo lo miraba sin poder enfocar bien la vista—. ¿Qué te ocurre, Hani?, ¿Quién te habló? ¿Qué te dijeron? Viv... Hani... —me llamaba angustiado, mientras yo intentaba armar las frases de manera coherente.

—Mi madre... —balbuceé—, mi madre está muriendo de cáncer y quiere verme.

Los tres parecieron ser golpeados por el mismo impacto que yo.

&

—No iré a Finlandia —confesé a Eric, cuando íbamos de regreso en el auto desde la clínica oncológica.

—No te apresures a tomar una decisión así —me recomendó él con cautela—. No tires tu futuro a la basura por...

—Es mi madre. Me quedaré con ella hasta el final. —Lo había decidido al verla tan disminuida y tan sola en aquella cama de hospital—. Habrán más oportunidades para mí —dije con un nudo en la garganta, pero segura de mi decisión.

—Tienes que hablarlo con Erian —me respondió con un tono sombrío.

—Retrasar la beca era una de las opciones.

—No me refiero a hablarlo como su colega... sino como tu...- dejó incompleta la expresión.

—¿Mi qué? —hablé con más dureza de la necesaria—. No hay nada entre nosotros. No somos nada.

—Dudo que él lo vea de esa manera —insistió.

—¿Por qué no? Solo fue sexo.

—A estas alturas, ya deberías convencerte de que Erian está aquí por algo más que eso.

Guardé silencio. Claro que lo sabía.

—No me lo hagas más difícil —dije en un susurro. Se me quebró la voz.

—Lo siento, cariño.

&

No había llorado a pesar de la triste y desesperanzadora situación.

Al llegar al hospital, noté que la habitación era fría y pequeña, de un color amarillo deslavado. Mi madre estaba tendida, lánguida, con los ojos cerrados. Apenas respiraba, conectada a varias máquinas. Mi padrastro había muerto el año anterior en un accidente laboral y le había dejado los recursos suficientes para tratarse, pues ya sabían del cáncer que la aquejaba.

Al abrir los ojos, me vio de pie junto a su cama. No alcanzó a decir una sola palabra antes de comenzar a llorar. Las lágrimas fueron silenciosas, su expresión de dolor me destrozó. No había sido una mala madre, había hecho lo necesario para que sobreviviéramos, y luego, cuando no pudo más, se protegió a sí misma. Algo que también yo había aprendido a hacer y que me había ayudado a sobrevivir.

Si alguna vez no me sentí lo suficientemente amada, después de verla llorar tan desgarradoramente, de ver en su expresión un profundo arrepentimiento, tuve que olvidar mi propio dolor de hija no deseada y consolar a esa madre que nunca había sido madre, y que en ese momento yacía frente a mí.

&

Estaba organizando mi semana, un domingo por la noche, en mi departamento. No iría a trabajar, tenía que informar a mi jefe sobre la necesidad de tomarme un tiempo y de que no tomaría la beca. Estaba tranquila a pesar de las duras decisiones que había tomado, pues sabía que eran las correctas.

Sonó mi timbre y me preparé para lo que se venía.

—Hola —saludé a mi invitado, al abrirle y hacerle pasar.

—Hola —saludó él. Dudó antes de entrar.

Después de instalarnos en el sofá, con el café frente a nosotros, me dispuse a hablar.

—No iré a Finlandia. No puedo tomar la beca en este momento.

—¿Me lo informas como tu jefe o como tu amante? —preguntó, y cuando escuché esa última palabra, no pude evitar desearlo, culpándome por sentirme de esa forma en un momento como ese.

—No eres mi jefe —aclaré, pero no pude confirmar lo segundo, estaba demasiado abrumada para admitir que éramos amantes de manera tan abierta.

Tragó saliva y se aclaró la garganta.

—Comprendo.

Fue todo lo que dijo. Supe que lo perdería, supe que se marcharía y, a pesar de saber todo aquello desde el primer momento en que lo volví a ver, no dolió menos.

La pregunta que vino luego, fue totalmente inesperada:

—¿Quieres que me quede contigo esta noche?

Quise gritar un sí, que lo quería conmigo no solo esa, sino todas las noches por el resto de mi vida, que quería dormir y despertar con él, que deseaba hacerlo mío de todas las formas posibles... pero en su lugar, solo respondí:

—No es necesario, gracias.

—Ya veo —se levantó—. No me tienes que agradecer, tenía intenciones bastante poco puras al ofrecértelo. —Sonrió apenado y yo le sonreí de regreso, porque era inevitable para mí.

Caminó hacia la puerta. Lo vi marcharse, y me sentí absolutamente sola. Tan desesperadamente sola, que no pude evitar gritar su nombre.

—¡Erian!

Desde la puerta, se volteó sorprendido.

—No —dije en un impulso que fue frenado por el miedo.

No quería depender de él. No quería agobiarlo... No quería que me rompieran el corazón otra vez.

Pero una vez más, él fue más valiente. En tres pasos cubrió la distancia entre nosotros y se acercó lo suficiente como para besarme, pero no lo hizo.

—Pídemelo —ordenó en su lugar; habló bajito, íntimo, mirándome desde su altura, atrapándome con esos ojos maravillosos—. Pídeme lo que quieras y te lo daré. Dame una orden y obedeceré... pero dilo.

—Quédate... —Miré hacia arriba, tropezándome en las palabras—. Conmigo.

—Todo el tiempo que necesites, Hani.

Sonrió triunfal, feliz, mientras me abrazaba cubriéndome de besos. Esa noche no me dejó pensar en nada que no fuera él y la forma en que podía apoderarse de mí en todos los niveles posibles para el ser humano. De todas las noches de mi vida, hasta ese momento, esa era la que me daría fuerzas para enfrentar los días oscuros que se vendrían.

&

A la mañana siguiente, desperté temprano... estaba sola. Erian se había marchado. Mi peor terror se había hecho realidad, pero la vida seguía y nos había señalado senderos diferentes. Era inevitable.

Partí a la universidad, expliqué a mi jefe la situación, fue comprensivo, a pesar de que lamentó que no pudiera tomar la beca y accedió a darme el permiso que pedí.

De ahí, fui a la clínica. Mi madre parecía mejor, tenía más color en el rostro e incluso me preguntó por mi día. Se preocupó por el trabajo, pero le aseguré que todo estaba bien.

Pasaron un par de días en los que me enajené de mí misma. No quise saber de Erian. Supuse que habría regresado a su hogar. Estas abruptas separaciones se estaban volviendo un mal hábito para ambos, así que esperé que esta fuera la última.

El sonido de una tos seca me despertó. Me había quedado dormida en la silla ubicada al lado de la cama de mi madre. Le tomé la mano, esperando que su tos pasara, acaricié su espalda para reconfortarla. Estaba fría, tuve el presentimiento de que sus lazos con este mundo comenzaban a cortarse.

Cuando el ataque pasó, mojé su boca con hielo.

—Voy a morir —dijo de pronto, con miedo. No supe qué responder—. Me arrepiento tanto... de no... haberte cuidado.

Noté que estaba utilizando el último oxígeno que le quedaba. Pensé que, probablemente, aquellas serían sus últimas palabras.

—Lo sé.

—¿Me... perdonarías? —pidió, aferrándose a mi mano con desesperación.

—Sí, mamá. Estoy bien ahora. Soy muy feliz —respondí, acariciando el escaso cabello lacio, lleno de hebras blancas.

—¿De verdad?

—Sí, mamá, tranquila. Sé que hiciste lo mejor que pudiste. Te lo agradezco mucho —aseguré a la vez que plantaba un beso en su frente fría.

Un par de lágrimas cayeron por sus sienes mientras cerraba los ojos, y una expresión de paz se dibujó en su rostro. No me soltó, a pesar de que su respiración se fue haciendo más y más débil... hasta cesar completamente.

—Adiós, mamá —dije sin soltar su mano inerte.

Me quedé con ella hasta que las enfermeras y el doctor llegaron, alertados por la alarma de los aparatos que ya no mostraban signos vitales.

Una enfermera me tomó para levantarme de la silla y me sacó de la habitación. Me encontré sentada en el sillón de la sala de espera, sin saber qué hacer. Tenía que organizar el funeral, pero no tenía fuerzas. Cerré los ojos.

—Hani... —La voz de mi dulce Erian resonó en mi cabeza—. Hani, amor... Viv. —Me sorprendí al verlo, arrodillado frente a mí, mirándome con profunda preocupación.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin comprender.

—Me demoré un poco en salir de las reuniones en la capital, pero ya regresé. —Me sonrió, mientras tomaba mi cara entre sus manos.

—Creí que te habías ido... para siempre.

Abrió desmesuradamente los ojos, alarmado.

—Hani, lamento no haberte acompañado durante estos días. Las reuniones eran necesarias para poder quedarme un poco más. Te dejé una nota en el velador... —Solo entonces me di cuenta de que no había ido a dormir a mi casa en todos esos días—. Ya puedo acompañarte, Hani. —Me abrazó y me levantó en sus brazos—. Perdón por llegar tan tarde.

Lo abracé desesperadamente.

—Mi madre murió.

En ese momento, abrazada a ese hombre fuerte y afectuoso, me di permiso para llorar.

—Lo siento mucho, amor. —Me apretó contra él y no me dejó ni un instante por el resto de esa semana.

No se separó de mí cuando tuve que firmar el acta de defunción, ni cuando organicé el funeral o cuando estuvimos en la ceremonia de entierro, acompañada de mis amigos y mis padres. Fue la mano de Erian la que me sostuvo en todo momento. Durante todas esas noches, fueron su calor y su abrazo los que me mantuvieron tranquila. Así comenzó a sanar mi agotado corazón.

CAPÍTULO 16

Invierno y su Verano

—¿Hani...? —llamó Erian, ayudándome a secar el último plato de la cena.

Durante los últimos meses, me había acostumbrado a que me llamara así, por lo que respondía automáticamente.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —La pregunta fue directa, en su estilo.

—Sí —respondí sin mirarlo, ordenando los cubiertos. Él había notado mi humor, más taciturno que de costumbre. De seguro quería saber qué me ocurría, pero no quería presionar. Era otra de las características que amaba de él.

Habían pasado dos meses desde la muerte de mi madre y Erian se había quedado a mi lado. Trabajaba desde la universidad a modo de convenio con la suya en Finlandia. Se había quedado porque yo se lo había pedido, pero sabíamos que esa situación no podía prolongarse mucho más. Era momento de avanzar, de dejar de huir y enfrentar mis propios sentimientos. Una vez más, tomaba el destino en mis propias manos.

—Erian... —llamé y me volteé para ver su expresión.

—¿Necesitas algo, Hani? —Sonrió, secándose las manos con el paño de cocina. Esa escena tan cotidiana, casi rutinaria, me encogió el corazón.

—Sí. —Me acerqué a él y se me puso la piel de gallina al tenerlo tan cerca. Por su parte, se mostró sorprendido, pero complacido; puso sus manos alrededor de mi cintura.

Sin pensarlo mucho, lo acorralé contra el mueble de la cocina. Esos arranques de deseo eran tan comunes entre nosotros, que debíamos tener cuidado de no tocarnos o besarnos en lugares públicos, para no terminar haciéndolo en algún café, cine o restaurante.

—Quiero decirte algo importante —dije para detenerlo, cuando comenzó a besarme el cuello.

—Te escucho. —Me miró con una sonrisa a medias. Aparentaba estar relajado, pero la tensión en su mandíbula, que tan bien conocía, me indicó que, después de todo, realmente lo ponía nervioso saber qué era lo que debía decirle.

—Creo que... hay altas probabilidades de que me enamore de usted, profesor Aibreán.

En toda mi vida, jamás imaginé, ni en mis más locas fantasías, que disfrutaría despertar en pleno invierno, en uno de los lugares más fríos y septentrionales del planeta, cubierto de nieve día y noche por cinco o seis meses... y que sería la felicidad plena para mí.

—Erian... tu alarma no sonó —advertí, aún con sueño, hundiéndome más entre las cálidas frazadas.

—Hoy es domingo... incluso aquí se descansa los domingos. Sigue durmiendo.

—Tenemos que ir a almorzar con tus padres —le recordé, bostezando.

—Aún queda tiempo para dormir... duérmete —dijo, abrazándome por la espalda para darme calor y oler mi cabello.

Dos horas después, desperté sola en la cama. Una notita en mi velador me informaba, con la impecable letra de Erian, que su autor había salido a comprar el desayuno.

Me vestí muy abrigada, el invierno en Helsinki era mi pesadilla, con sus montañas de nieve y temperaturas que no subían de los cero grados centígrados, tenía que recordarme constantemente por qué estaba ahí; una razón era la beca de post grado que había aceptado con un año de retraso y, la otra, el hombre que me había pedido una oportunidad para enamorarme.

Preparé café, llevábamos dos meses viviendo juntos en ese apartamento. Visitábamos a sus padres todos los fines de semana, una pareja divertida y adorable, que me había aceptado sin ninguna condición. Durante las tardes recorríamos los lugares interesantes de la zona y sus alrededores, o teníamos cenas románticas y hablábamos en un intento por recuperar el tiempo perdido.

Era tan feliz... que me asustaba.

El timbre sonó, asumí que Erian había salido sin llaves. Presioné el botón para abrir la puerta del edificio y esperé ansiosa. Al poco rato, golpeó la nuestra. Corrí para abrir, pero... no fue a Erian a quien me encontré, sino a una hermosa mujer de cabello oscuro y cortos rizos de niña. Sus ojos cafés me miraron con legítimo interés, desde un rostro delgado y pálido, pero cuidadosamente maquillado.

—Hey —saludó.

—Hello —respondí en inglés, de manera automática.

—Tú debes ser Vivianne... —sonrió, tímida—, Luain me dijo que nos parecíamos...

Vino la revelación, destruyó mi mundo perfecto en mil pedazos, sentí que se hundía el piso bajo mis pies.

—Anne... —susurré aterrada.

—Sí —confirmó y estiró su mano para estrechar la mía.

Había regresado. Ella había regresado, probablemente, por Erian.

&

No supe cómo me encontré, de pronto, en las calles nevadas de la capital vagando entre los turistas, estudiantes y trabajadores. Acostumbrada a las estaciones en el hemisferio sur, mi mente se confundía al pensar que en pleno febrero hicieran diez grados bajo cero. Mis manos y pies lo resentían, a pesar de la ropa térmica y la caminata furiosa que llevaba por plena Mannerheimintie, la calle principal de la ciudad. No me interesé en el museo nacional, ni en el de arte contemporáneo, ya los había recorrido con Erian.

Me sentí idiota, más de lo usual. Había huido del departamento. Anne me había dicho que necesitaba hablar con Erian y la dejé ahí, esperando por él. No luché, no la enfrenté, no quise oír lo que tuviera que decirle. No me correspondía, era un asunto entre ellos. Tendría que aceptar lo que sucediera después de aquel encuentro.

Llegué al Sodra Esplanaden, el parque de la explanada y, a pesar de ser un invierno crudo, los turistas vagabundeaban y se tomaban fotos. Busqué un lugar para sentarme y congelarme a gusto.

¿Qué opciones tenía? Si Anne venía a hablar con él y quería retomar lo que habían dejado, ¿cuál sería la reacción de Erian? Si se encontraba con Anne y se daba cuenta de que aún estaba enamorado de ella, yo tendría que salir de la escena. Como fuera, la situación no se veía muy auspiciosa. Erian me había asegurado que Anne era un capítulo cerrado en su vida, pero... yo había pensado lo mismo respecto de él y era cosa de ver cómo había terminado eso.

Escuché las campanas de una iglesia, quizás ya era mediodía. Recordé que teníamos una cita con los que hasta ese momento creía mis suegros, y pensé en llamarlos para disculparme, pero noté que no había llevado el teléfono conmigo y, aún peor, que quizás ya no importaba, porque el hombre de mi vida estaba en ese preciso momento reencontrándose con su primer amor.

La nieve comenzó a caer, tenía que admitir que, aunque odiara el frío, el espectáculo era hermoso. Me cobijé más en el abrigo y decidí no morir congelada, así que me encaminé en busca de mi café favorito en el centro para llenarme de calorías. Agradecí profundamente que los finlandeses amaran los dulces.

El café y el runebergintorttu (tarta de almendras y ron rellena de mermelada de frambuesa con azúcar glasé) que pedí para desayunar, me

levantaron el alicaído ánimo. Ya entrada en calor y con el estómago lleno, el futuro no parecía tan dramático. Tenía que admitir que no dejaba de pensar en qué era lo que todos habían visto de parecido entre Anne y yo. Color de pelo y color de ojos... No pude encontrar otro parecido. Ella era una digna representante de su raza: alta y esbelta, de facciones finas y piel de porcelana. Yo, por otro lado, era más bien voluptuosa, con caderas y pechos generosos, mi piel, que en mi país era considerada clara, entre las caucásicas finlandesas era más bien morena. Quizás, a los dieciocho podríamos habernos parecido en algo, pero hoy en día, no podíamos ser más diferentes. Suspiré, pagué la cuenta y regresé a la calle.

No había dado cuatro pasos fuera del café, cuando una vocecita me llamó. Mi sorpresa fue enorme al ver a Luain caminando hacia mí, con expresión de molestia.

—Aquí estás, ruma. ¿Por qué no me extraña que estuvieras comiendo? —Llegó hasta mí y levantó su índice frente a mi rostro, antes de que alcanzara a responder. Tecleó en su móvil y esperó una respuesta—. Sí, afuera del Salmiakki... Ok. —Cortó.

—Deberías dejar de llamarme fea.

—Tienes razón —concedió, parándose frente a mí con los brazos en jarra— eres más typerä que ruma.

—¿Qué haces aquí? —Preferí ignorar el hecho de que me llamara tonta.

—¿Cómo que qué hago aquí?... ¡buscándote! —respondió, indignada.

—Sí, pero, ¿por qué? —pregunté moviendo los pies, que se me helaban de nuevo.

—Mi hermano me lo pidió.

—Ay...

No quise pensar que le había pedido a su hermana pequeña que terminara conmigo porque él no había sido capaz de decírmelo de frente. No podía ser. Erian era mucho mejor que eso.

—Helsinki es demasiado grande para que él te busque solo. —La chica que parecía hadita, aún después de tanto tiempo, aclaró la intriga. —Así que salí de mi trabajo para ayudarle.

—Perdón por eso —dije, sabía lo importante que era para ella trabajar en la clínica de rehabilitación.

—¿Por qué huiste? —fue directa, al estilo de los hermanos Aibreán.

—Anne llegó al departamento buscando a Erian —informé sin emoción—. Hablaste con ella, ¿verdad?

La bella Luain perdió el rubor de sus heladas mejillas, su expresión de enojo pasó a una de culpabilidad.

—Sí —admitió y comenzó a explicar—. Apareció frente a mí un día, diciendo que buscaba redimirse. Me pidió perdón por todo el daño causado a Erian y a la familia. Lo acepté y la perdoné... pero nunca imaginé que sería tan descarada como para presentarse en el departamento de mi hermano.

—Es obvio que, si necesita redención, es a Erian a quien buscará... —Reflexioné unos instantes—. Nada se puede hacer al respecto. —Me encogí de hombros.

Luain me miró y su preocupación pareció desvanecerse.

—Tú sí sabes cómo simplificar las cosas, typerä. Mente simple, soluciones simples.

—Sinceramente, todavía no sé si te caigo bien o mal... —me quejé.

Pero antes de que pudiera decir algo más, una figura se me vino encima y con un abrazo me levantó del piso, estrujándome en el aire. Los transeúntes a nuestro alrededor nos miraron escandalizados, una muestra de afecto como esa no era habitual por esas latitudes. Una vez que estuve de vuelta en el suelo, la expresión en la cara de Erian me intrigó: una mezcla de enfado y alivio.

—¡¿Por qué te fuiste?! —gritó. Algunas personas se detuvieron a verlo con reprobación—. ¿Qué pretendías? ¿Que me diera un ataque? —Me abrazó y me volvió a soltar—. ¿Cómo crees que me sentí cuando me di cuenta de que te habías ido? Dejaste tu teléfono, tu ropa... te llevaste solo tus documentos... creí... creí... —se detuvo, respiró hondo el aire helado, cerró los ojos y frunció el ceño, claro gesto de que intentaba controlarse. Se pasó una mano por el pelo.

—Hablen en casa —intervino Luain—, además, esta typerä nunca tuvo la intención de marcharse, solo quiso salir a caminar. Ya la tienes de vuelta —dijo a su hermano con una sonrisa tranquilizadora.

Erian la miró y le besó la frente con un dulce “kiitos”. La muchacha se despidió y subió a un taxi.

—Volvamos a casa —me dijo Erian, una vez que la vimos alejarse. Intentó tomar mi mano, pero no se lo permití.

—Anne vino a casa. Quería hablar contigo. —Tenía que dejar las cosas claras antes de seguir adelante.

—Así es. —Se mostró preocupado.

—¿Y...? —pregunté yo, más preocupada aún.

—Sé que esto es importante para ti, Vivianne, pero... ¿podríamos hablar en un lugar cálido? Tienes los labios morados y el castañeteo de tus dientes me distrae. —Esbozó una de sus sonrisas a medias, ante su propia broma.

Accedí, puesto que, a decir verdad, ya no sentía los dedos de los pies.

El camino de regreso fue tenso, Erian no intentó tocarme ni acercarse ni una sola vez. Además de mantener la distancia, no hablamos. Una vez en casa, me convenció para que me metiera a la cama, encendió el calefactor y me preparó un tazón de chocolate caliente. Lo bebí, enormemente agradecida.

—Ahora... ¿me escucharás? —preguntó, sentándose sobre el cobertor, frente a mí.

—Te escucho.

—Anne quería verme, saber de mí y pedir perdón. Lleva dos años limpia y está rehaciendo su vida... encontrarme era el final de todo aquello.

—Ya veo —asentí, comprensiva—. ¿Y la perdonaste?

—Sí —respondió mirándome directo a los ojos—, ¿te molesta que lo hiciera?

—No. Es solo que, si quieres recomenzar con ella, deberías decírmelo ahora, para... —Mi voz me traicionó al quebrarse.

—No... no... Hani... —Me calmó con un abrazo. Mi mentón había comenzado a temblar mientras hablaba—. No hay posibilidades de recomenzar nada... no hay sentimientos por ella, no me emocioné, ni recordé, ni nada... solo debo perdonarla para que sea libre y continúe con su vida, como yo lo hice.

—Sí —dije, acariciando su rostro, amándolo una vez más por su corazón generoso y fiel—. Lamento no haber dejado una nota avisando que saldría. —Sollocé.

Su pecho se movió y dejó escapar una risa.

—Hace tiempo que no te disculpabas por algo... —se separó de mí y continuó, en tono serio—. Cuando llegué y vi a Anne, solo pude pensar en

dónde estabas tú... Accedí a hablar con ella solo después que me aseguré de que Luain te buscaría... y mientras hablaba... solo podía pensar en ti, si estarías bien, si tendrías frío... y a medida que pasaba el tiempo sin que aparecieras, imaginé lo peor... como te llevaste tus documentos, creí que te irías del país... pensé que me abandonarías.

—Creí que el que se iría serías tú... que elegirías a Anne...

—¿Cómo pudiste pensar algo así? ¿Es que todavía no comprendes que no podría...? —Su voz se quebró. Se aclaró la garganta antes de seguir—. No puedo imaginarme sin ti.

—Ahora lo sé. Gracias. —Acaricié su pelo. Su rostro me mostraba todas las emociones que, en algún momento de su vida, escondió tras una máscara de frialdad.

—¿Puedo meterme a la cama contigo? —pidió mordiéndose el labio inferior.

Maldita la hora en que le dije que ese gesto me encendía. Abrí las frazadas.

Unas horas más tarde se abrazó a mi espalda, como era su costumbre después de hacer el amor, y medio dormido, susurró: “Rakastan sinua, Hani”.

EPÍLOGO

Un día de Marzo

—Rakastan sinua, Hani —le repetí todas las veces que fueron necesarias, hasta que se borró toda duda, todo miedo y toda inquietud de sus hermosos ojos color chocolate.

Ella quería escapar del invierno de Helsinki y disfrutar del verano del hemisferio sur, pero no pudimos tomar vacaciones hasta Marzo. Viajamos a fines de febrero para pasar unos días con su familia.

—La cena estará en unos minutos... —avisó Alex, con su habitual calma.

—Gracias —respondí—. Me asomé a la terraza cuya vista daba a la playa, ahí estaban todos: Alex y Eric, arreglando la mesa para la cena; Sandi y Daniel, jugando con su hijo; Jo, hablando con Luain; y Vivianne, que reía junto a Esteban, seguramente de alguna loca idea que este defendía con vehemencia.

De pronto, Viv giró su cabeza hacia la terraza y me sonrió. Mi corazón volvió a derretirse. La amaba profundamente. Después de tres años de nuestro reencuentro, no nos habíamos vuelto a separar. Tres años juntos, y me sentía agradecido de cada día que pasaba con ella.

La necesitaba en cada momento, quería hacerla feliz, adoraba verla feliz. Ella era mi triunfo, mi destino, el regalo que esta vida había guardado para mí.

La luz del atardecer y la brisa de un verano que, aún insistía en quedarse, me dieron ánimo. No sabía que un día de Marzo pudiera ser tan cálido.

Metí la mano en mi bolsillo y palpé la cajita aterciopelada que contenía el anillo. Ella me llamó con un gesto y me encaminé, decidido.

ACERCA DE LA AUTORA

Karim Alejandra Zuloaga Soto, nació el 9 de Julio de 1982 en Vilcún, hermoso pueblo a los pies del volcán Llaima, ubicado en la región de la Araucanía, donde reside actualmente.

Docente de vocación y escritora por pasión, desde muy joven manifestó su amor por las letras y la literatura. Comenzó a redactar sus primeros manuscritos a los quince años. Participó en un concurso de poesía organizado por el departamento de cultura de la municipalidad de Vilcún, en el que ganó la publicación de dos poemas de su autoría en una antología poética.

Los exponentes literarios en quienes se ha inspirado para escribir sus obras, son varios. Entre los más influyentes se encuentran: el polaco Andrzej Sapkowski, en cuanto a fantasía épica; y la inglesa Jane Austen, para el romance. Forman parte de sus influencias también, numerosas autoras de novelas rosa, cortesía de la biblioteca de su madre. Karim admira, además, a destacadas autoras de manga (cómic japonés), como Yuki Yoshihara y Maki Enjouji, por su aporte a la narrativa visual y contemporánea.

Los escritos de la autora tienen como finalidad la sanación de su inquieto espíritu, por ello deposita tanta dedicación en sus personajes, los que reflejan el mundo interno y propio que desea compartir con sus lectores con el mismo fin: que obtengan felicidad y goce al momento de leer sus letras.

Contáctate con la autora a través de la [Agencia Aguja Literaria](#).